Manuel Rodriguez

Continuación de Los Talaveras y el Capitán San Bruno

NOVELA HISTÓRICA

POR

LIBORIO E. BRIEBA

1815 - 1817

OFICINAS DE «EL CHILENO»:
SANTIAGO VALPARAÍSO
Bandera Ns. 529 a 545 Condell Ns. 48 y 50

1903



CAPITULO I

UN CONSEJO OPORTUNO

Como unos tres meses antes de los sucesos que acabamos de referir, es decir á principios de Mar-zo de 1816, y á eso de las ocho de la noche, en-traba en una casa situada por el lado de occiden-te y á extramuros de la antigua ciudad de Mendoza, un joven militar que vestía el uniforme de capitán de la Lejión de Arauco

Atravesó el zaguán con pasos mesurados, y en vez de dirijirse diagonalmente por el patio á la puerta del cuerpo principal del edificio, torció á la izquierda, y fué á detenerse delante de una ventana por cuyos postigos abiertos salían algunos débiles rayos de luz.

Parado ahí, se mantuvo algunos instantes mi-rando á un hombre que con la frente apoyada en

las manos y los codos en una mesa, permanecía tan absorto en la lectura de un periodico extendido sobre ella, que ni aun el ruido de los tacos del militar en el empedrado del patio, lograron distraerlo un instante.

Tosió entonces éste con ficción, para hacer notar su presencia, y el que leía levantó vivamente

la cara con expresión de sorpresa.

Era una fisonomía intelijente y joven: ojos vivos y penetrantes, pero velados por cierto tinte de tristeza que parecía ajeno de su expresión natural, ó que sin duda provenía de la palidez ó demacración de las mejillas; facciones pulidas; escasos bigotes, que permitían ver la movilidad de una boca expresiva, y en fin, un conjunto manifiesto de franqueza y bondad.

Era de aquellos semblantes que convidan á la amistad y que inspiran simpatías á los más rudos

caracteres.

-¿Cómo va, Rodríguez? le preguntó el capitán de dragones para darse á conocer, pues la luz de una vela que ardía sobre la mesa se interponía entre ambos.

-Hola, exclamó el interpelado, capitán Maruri! Y la expresión tétrica de su rostro desapareció bajo una alegre sonrisa, al mismo tiempo que se levantaba á abrir la puerta del cuarto.

El capitán entró, y ambos se estrecharon afec-

tuosemente las manos.

-Siempre solo! siempre triste! dijo Maruri. [Qué diables! ya es tiempo de salir de este aislamiento.

Rodríguez se sonrió por toda contestación, y ofreciéndole una silla á Maruri,

-¿Cómo ha ido de visje? le preguntó. --Perfectamente. Hace ya algunos días que estoy de vuelta; pero los he pasado en el campa-mento. Con motivo de la presentación del jeneral O Higgins á las tropas de San Martín ..

-Cómo! ¡se ha venido O'Higgins de Buenos Aires?

—Justamente, he hecho mi viaje con él y otros muchos paisanos nuestros. ¡Qué diablos, ya no sabian qué hacerse en Buenos Aires! Es verdad que algunos han encontrado colocación en una imprenta y una fábrica de naipes, fundadas por chilenos con el solo objeto de protejer á los compatriotas; pero los más no hallaban como ganarse la vida: se han venido pues al ejercito, confiando en las promesas del jeneral San Martín, que asegura espedicionar sebre Chile en el verano próximo.

-¿Y qué tal va la organización de ese ejército? Blen, mui bien. El jeneral O'Higgins ha que-dado encantado. Hay ya como mil quinientos hombres de todas armas; y se espera doblar ese número en poco tiempo más. Si viera usted cómo se trabaja ahí. Pero ¡qué diantres! usted no se mueve de su casa, según parece. ¿Hasta cuando piensa llevar esta vida de anacoreta?... Vaya, vayal no creí jamás que las penas de amor pudieran hacer tanta mella en un carácter tan alegre como el de usted!

-Muy bien, dijo Rodríguez sonriéndose zy quién le ha dicho a usted que tales penas me affijen?

-Hum! todo se sabe. ¡Pero no se acuerda quo

el capitán Freire es muy mi amigo?

-En efecto, pero bien puede el haber dicho. Y á propósito ; qué ha sido de el? ; qué es de facardo Monterreal? ¡No han vuelto de la expedición al Pacifico?

-Sólo han salido de Buenos Aires en Octubre del año pasado: parece que tuvieron que perder muchos meses allá, esperando que se organizara una escuadrilla. Nada más he sabido.

-Tampoco he podido averiguar yo nada; y ten-go gran interés en saber de Ricardo, para tranqui-lizar é su familia.

-Ya lo creo! dijo Maruri con ciert e sonrisa di-

simulada. Pero nada me ha dicho usted de ellas. Están buenas?

-Creo que sí .. Hace días que no la veo, con-

testó Rodríguez finjiendo indiferencia.

-Y la señorita... Ya se me ha olvidado el nombre. Diablo de memoria!

Y Maruri se rascó la cabeza como fastidiado de

si mismo.

Rodríguez permaneció impasible.

-¿Cómo se llama, pues... la hermana de Monterreal? preguntó al fin el capitán.

-Ah! es de Corina de quien quiere usted ha-

blar, dijo tranquilamente Rodríguez.

-Caball la señorita Corina, hermosa niña á fe mía! ¿Siempre persiste en tomar el velo?

Rodríguez se ruborizó imperceptiblemente.

-No sé... dijo con cierta reticencia; á punto fijo no puedo asegurarlo.

-¡Qué diablos de determinación! Pero yo había creído oir que la mamá se oponía, y que mientras

no puedan volver à Santiago...

—¿Y usted ha tenido noticias de Chile? interrumpió Redríguez. Parece que un mensajero de usted un tal Ruperto... llegó hace dos meses de allá...

Tocóle á Maruri ruborizarse, pero de una ma-

nera visible.

-He recibido algunas noticias, dijo con embarazo; parece que los patriotas no lo pasan muy

bien por allá.

en por alla.

No me referia a eso, repuso Rodriguez tomando implacablemente la revancha. Hablo de esa joven de Rancagua... que estaba en poder de San Bruno... ¿cómo se llama? Maldita memoria también la míal...

— Usted tiene razón para perder la memoria.

Cuando se sufre es natural.

-Habla usted por experiencia propia, mi capián, dijo Rodríguez riéndose maliciosamente. Pero, en fin, es de Amelia de quien yo quiero hablar.

-He tenido algunas noticias de esa pobre joven. Pero, amigo mio, ya es preciso que usted piense en cambiar de vida... Todos tenemos nuestras penas; pero no es posible dejarse abatir hasta el punto de hacerse indiferente á lo quelmás debe preocuparnos: la salvación de nuestra patria.

-; Me habla usted francamente? Es verdad que

atribuye á abatimiento la soledad en que vivo? - Qué diablos! natural es que uno se figure

eso... -Pero nadie mejor que usted debía compren-der mi situación: yo he llegado aquí al servicio de don Josè Miguel Carrera, y sabido es que san Martín no mira nada bien á los amigos del des-

graciado jeneral.

-Hum! quimeras! El gobernador no se acuerda ya de sus desavenencias con Carrera, desde que éste se fué á Estados Unidos. Cuando habla de él, es para decir que cree muy difícil que encuen-tre allá los recursos que ha ido á buscar para volver á Chile. De manera que por esta parte puede usted estar tranquilo; el gobernador recibe mui bien á cuantos chilenos van á ofrecerles sus servicios, y principalmente cuando éstos han desempeñado, como usted, puestos públicos de alguna importancia.

-Sin embargo, ahí está O'Higgins, que no me

mira nada bien.

-Pero O'Higgins no es el jefe, y usted iría á ofrecer sus servicios á San Martin.

Rodríguez meditó un instante, y al fin dijo:

—Yo trabajaría, pero no en el ejèrcito. Yo iría á Chile, y podría hacer allá mucho más que disciplinando soldados por acá. En dónde se puede ver al jeneral San Martin! Supongo que no siempre se le encontrará en la gobernación.

—Así es: lo más del tiempo pasa en el campa-

mento. Yo me voy mañana. ¿Quiere usted que vamos juntos?

---El caso es que yo no querría encontrarme con O Higgins, ni que me vieran tampoco dar es-te paso; es cosa que me repugna el ir á ofrecer mis servicios; dirán que voy á mendigar una ocupación...

-- Ríase usted de eso: todos hemos mendigado una ocupación en este ejército, pues se trata de

ir á Chile.

Es que otros habrán solicitado con la seguridad de obtener. Pero yo conozco la terquedad de San Martín y temo un desaire. Por eso no quiero que nadie se aperciba que me acerco á él. Ademas, no iré à solicitar, sino à proponer mi cooperación desde Chile. Si la aceptan, bueno; y si no, yo trabajaré por mi cuenta. Pero de todos modos, veré à San Martin en la noche, á solas, avendo asdie lo seos cuando nadie lo sepa.

-- Pues nada más fácil: iremos mañana en la tarde al campamento, calculando llegar de noche

--- Me parece bien.
--- Es cosa decidida?

--Naturalmente. Hace tiempo que alimentaba este proyecto; y sólo esperaba el saber que los aprestos de San Martín prometían algún resultado favorable. Lo que usted me ha dicho acerca del ejercico me decide á obrar, pues hay la esperanza de que no me sacrificaré inutilmente.

Convenidos así, los dos amigos se despidieron

hasta el día siguiente, prometiendo Maruri venir en busca de Rodríguez á una hora convenida. Cuando éste quedó solo, dió algunos paseos por la habitación, como entregado á graves reflexio-

Por fin, sentándose nucvamente en la silla que ocupaba á la llegada de Maruri, estiró las piernas, se echó hacia atrás y dando un golpe sobre la

mesa, como quien adopta un partido decididamente.

—Cierto es, dijo ya era tiempo. ¿Dónde tenía yo mi cabeza que no llegado á olvidar por completo mis deberes de chileno?

Vamos! volvere á ser lo que he sido.

Qué diablos! como dice Maruri. Y es la pura verdad que me he dejado abatir por mis sufrimientos! ¡Zonceras! he sido un niño! ¡Qué dejo para Ricardo? El es más hombre, puesto que ya está en campaña, y es casi seguro que logre su intento de salvar á los prisionercs de Juan Fernàndez y á esa chica que lo enamora. He ahí una resolución juiciosa: trabajar por su patria y por su dama; hacer de un envío dos mandados; como quien dice: matar dos pájaros de una pedrada... Pero yo, hombre que me he reído en las barbas del presidente Osorio, y que he dado bastante que hacer á esa terrible fiera á quien llaman San Bruno, soy ahora un pelele, un... belitre, un... alma de cántaro!

Y acompañó esta última palabra con un fiero puñetazo en la mesa, que hizo vacilar el candelero y volcarse sobre unos papeles un tintero lleno de tinta.

Rodríguez permaneció un instante contemplando sin moverse los estragos de su arrebato, hasta que se abrió la puerta y un hombre con trazas de sirviente preguntó:

-¿Me llama usted, señor?

-Para que quites esta tinta, dijo Rodríguez levantándose.

El sirviente se apresuró á cumplir la orden. Redríguez dió nnos cuantos paseos, y al fin deteniéndose delante de la mesa: —Oye, Blas, le dijo al sirviente. Es muy proba-

—Oye, Blas, le dijo al sirviente. Es muy probable que yo tenga que ausentarme de mi casa por algún tiempo, y quisiera dejarte un encargo. El hombre interrumpió su tarea con muestras

de admiración.

-Siempre permanecerás á mi servicio, agregó Rodríguez, y ganarás tu sueldo. Pero sí, te dejaré en la casa de doña Irene. ¡No sabes? la madre de Ricardo Monterreal.

-Si. señor.

-Tú sabes el interes que tengo por la familia de este amigo. Pues bien, yo querría tener frecuentes noticias de ella para informar á Ricardo. Como tú no sabes escribir, yo te pondrè en relación con un amigo á quien deberás comunicarle cada quince días cuanto tengas que decirme. Lo que más le interesa á Ricardo es saber si O'Higgins visita su casa, y si Corina recibe sus con gusto.

-Pero el señor O'Higgins está en Buenos Ai-

res.

-Hace pocos días que se ha venido á Mendoza; está en el campamento, y es probable que no pa-se mucho tiempo sin saludar á sus amigas. ¿Conoces al coronel Las-Heras?

-Sí, señor; aquel oficial que solía venir de la

cordillera el año pasado...

-El mismo. Pues bien, á él será á quien debes dar las noticias de que te he hablado. Mañana ó pasado te indicaré á dónde puedes verlo.

-Muy bien, señor

-Te prevengo que todo esto es muy reservado, y si me valgo de tí, es porque tengo confianza en tu discreción.

-Ya lo había comprendido, señor.

-Vete, pues, á acostar y mañana cuida de dar-

le lustre á mis botas.

nudarse, sin dejar de pensar en sus nuevos pro-

dehiers to lette no he hecho hasta agur lo que debiera, se decia, pero por mi abuela, seamos justos: no hay que juzgar las cosas con tanta severidad. Mi situación no puede compararse con la de Ricardo. Sus intereses no eran encontrados. Mientras que yo tengo que optar entre los afectos de mi corazón y el servicio de mi patria. Además, èl no tiene rivales. y está seguro de ser amado!... ¡Qué cosa tan terrible son los celos!... Pero no seamos niños. Ya está dicho: vuelvo á Chile, y volveré à ser el hombre de antes; recuperaré mi buen humor, echando á un lado las reflexiones desagradables. Nada de recuerdos tristes; todo lo que sea maquinar contra los godos, engañarlos y hacerles el mal posible, serán los pensamientos que deben ocuparme. Tendré allá de tiempo en tiempo noticias de Corina; procuraré que ella misma me escriba alguna vez, y si las cosas toman mal cami-no, me haré matar por allá, y santas pascuas! Ahora lo que conviene es dormir, para tener ma-ñana la cabeza despejada. Veremos cómo nos recibe ese militarote de San Martín: buen soldado, buena espada, pero hombre que gasta pocas chanzas y pocas amistades. No pensemos en nada por

Y no obstante este propósito, el tiempo que Ro-dríguez tardó en dormirse, no pudo apartar su imajinación de lo que podría sobrevenir en casa de Corina durante su ausencia.

and the street of the poet of the local force the companies of the local force of the companies of the compa

of astimoverno chosmosticos com actuales as as

test no hay and jazger las posse con train merent dad at structor to prode comparate acre is not literate. See latereses no eran openatuados. Minetas que vo tengo que optar entre les electos di mi corezon y al servicio do mi patria. Attente di un tieno rivales y está seguro de ser anudul, disé core tan te corie sen los calost. Pero no sesuros niñas. La está dichor vieleto à Chile, "y volvesté à ser el hombre de ântest recaperare mi buent humar, cobaselo a un lado las rellaciones desagrandades. N. da de requerdos tristes; todo lo que seu dables. N. da de requerdos tristes; todo lo que seu dables. N. da de requerdos tristes; todo lo que seu

magninar contes los HodolUTIGADios y basseles el mai posible, serán los pensamientos que doben

ocuparme. Tendré allé de frempo en tiempo muli-

dana la cabera despejadal Veremos como nos reciba ese militarote de San Martin: buen solciado,

criba alguna vez, y a las cosas toman mal camino, me haré mateonno all. woll tas pascuas! Abora lo que conviene es dormir, para tener ma-

En la tarde del día siguiente Maruri llegó á la casa de Rodríguez acompañado de su asistente, que era el mismo Ruperto á quien ya conocemos.

Venían á caballo, y traía el último otro caballo midel diestro.

Rodríguez estaba listo. Al punto montó y se

pusieron en marcha.

Durante el viaje poco se habló: Rodriguez iba preocupado con la idea del recibimiento que le haría San Martín.

Maruri debía tener también en qué entretener su imajinación, pues no hizo mucho para excitar la

locuacidad de su amigo.

Ruperto galopaba detrás midiendo el paso de su caballo por el de su capitán y tratando de adivinar dor los semblantes el objeto que llevaría á Rodriguez al campamento.

La hora había sido perfectamente calculada, pues ya comenzaba á obscurecer, cuando los centinelas de avanzada los hicieron detenerse.

Maruri se dió á conocer, y siguieron adelante

internándose en un valle poblado de árboles.

Pocos momentos después desembocaban á un espacioso claro formado en el centro del mismo valle y completamente rodeado de tiendas de campaña. truss freinta d camenta sillas colocadas

Maruri guió á Rodríguez á la tienda del jeneral San Martinbool la charge chasteed and v colemna a

Apeáronse á poca distancia, y Rodríguez se

adelanto solomono mi surgit al adecades es calle

Un centinela le salió al paso terciando su fu-sil y gritando: Cabo de guardiar la cabenda y ablac

-Cabo de guardia! Acudió éste, y Rodriguez dijo:

-Quiero hablar al jeneral.

El cabo fué á la tienda contigua á la de aquél

y volvió acompañado de un oficial. - ¿Quién es usted? preguntó este a Rodríguez acercandosele bastante para examinar su aspecto á los débiles resplandores de algunas fogatas lejamas.
—Manuel Rodríguez, contestó el joven á media

El oficial hizo un movimiento de extrañeza, y luego dijo:

-¿Viene usted de parte del jeneral Carrera?

Vengo de parte mía, dijo Rodríguez sonriéndose. Don José Miguel Carrera se encuentra á estas horas á muchas leguas del país.

-Es verdad, repuso aquél. Voy á darle parte al

jeneral.

Rodríguez se quedé pensando: ten ortor an cent

-ho que yo decia: mi nombre despierta al moe mento el recuerdo del jeneral Carrera. No será de extrañar que San Martin desconfie de mi. Pero en

pocas amistades. No pensemos en nada por ahora.

I no obstante este propósito, el tiempo que Rodrigtez tardó en dormirse, no pudo apertar su imajinacion de lo que podria sobrevenir en casa de Corina durante su ausencia.

A STATE OF THE PARTY OF THE PAR

AND THE PARTY OF T

GAPITULO II

LEON I ZORRO

En la tarde del dia siguiente Maruri llegó a la casa de Rodriguez acompañado de su asi tente, que era el mismo Ruperto a quien ya conocemos.

Venian a caballo, i traia el último otro

caballo del diestro.

Redriguez estaba listo. Al puato montó

i se pusieron en marcha.

Durante el viaje poco se hablé: Rodriguez iba preocupado con la idea del recibimiento que le haria San Martin.

Maruri debia tener tambien en qué entretener su imajinacion, pues no hizo mucho para excitar la locuacidad de su amigo.

Ruperto galopaba detras midiendo el paso de su caballo por el de su capitan i tratando de adivinar por los sembiantes el objeto que llevaria a Rodriguez al campamento.

su señoría el recuerdo del ex-Presidente de Chile, habría preferido quedarme en mi casa con el remordimiento de no hacer por mi patria lo que otros quizá no se encuentren en aptitud de hacer. pero aún no es tarde para volverme: he cumplido con mi deber: culpa mía no es el haber tenido la desgracia de encontrar á su señoría en mala disposición de ánimo.

Y Rodríguez que se había parado al decir sus últimas palabraa, saludó con todo respeto y se dirijió reposadamente á la puerta.

El jeneral se quedó mirándolo con muestras del mayor asombro. Aquella inesperada resistencia cautivó su curiosidad.

Levantaba ya la cortina el joven para salir, cuando oyó la voz de San Martin que decía:

-Señor Rodríguez.

Se volvió éste al instante, pero ni se apartó de la puerta, ni soltó la cortina como si esperara saber desde ahí el objeto de aquel llamado.

-Tenga usted la bondad de venir, agregó el

jeneral endulzando el tono de su voz.

Rodríguez volvió á medir la sala con sus pasos, sin apresurarse ni abandonar en lo más mínimo su aire reposado.

-Siéntese usted.

El joven obedeció con la mayor doc lidad, diciendo para sus adentros:

-Parece que he domado al leon. Y en efecto, San Martín se decía:

-He aquí un carácter firme, un hombre sagaz, de quien alvez no supo Carrera sacar todo el partido que podía.

Y luego agregó en voz alta, suavizando cada vez

más el tono.

-Verdaderamente me extraña la conducta de usted: quizás no nos hemos entendido Yo acojo favorablemente á todos los chilenos que vienen á solicitar una colocación en mi ejército; v consideraría una verdadera desgracia que alguno dijera que sin motivos de gravedad me negaba á acep-tar sus servicios, siendo así que se trata de una empresa en que ellos deben tener la mayor parte.

Rodríguez fué endulzando gradualmente la expresión de su fisonomía á medida que eran más

corteses las frases del jeneral.

---Por aquí me hallas, decía interiormente. Era

esto lo que yo quería.

San Martín notaba en el semblante de su interlocutor el buen efecto de sus palabras y se felici-taba en sus adentros de haber abordado á aquel hombre, cuya sagacidad adivinaba en los ojos, y cuya sangre fría y firmeza se revelaba en sus ac-

--- Ha dicho usted la verdad, señor; no nos hemos entendido, contestó Rodríguez repitiendo esa frase que, en boca de San Martín, significaba benevolencia, pero en la de él, denotaba la pretensión de tratar de igual á igual con el jeneral arjentino.

Una leve sonrisa que se dibujó en los labios de éste hizo conocer à Rodríguez que sus intenciones

no pasaban desapercibidas, y agregó:
—Su señoría organiza aquí un ejército para atravesar los Andes. Sé muy bien que su vasto jenio militar habrá previsto cuantas dificultades hay que vencer aquende y allende la cordillera; aún creo no engañarme al pensar que habrá toca-do mil recursos que estaría yo muy lejos de imajinar. Pero también es cierto que, si es fácil encontrar soldados, valientes, esforzados que se dejen matar antes que retroceder en el campo de batalla, no siempre se encuentran á la mano hombres á propósito para los múltiples ardides de una guerra que, como esta, requiere, á la vez, fuerza y astucia. Al reflexionar yo en esto, y quizá movido de cierta confianza en mí mismo, que su señoría es dueño de calificar de amor propio si le place, me he decidido á tomar una parte activa en la empresa de libertar á mi patria. Habría podido, ó más bien, puedo obrar por mi propia cuenta; pero no he querido hacerlo sin ponerme antes de acuerdo con su señoría. He aquí por qué al notar una mala voluntad, hija quizá de la desconfianza que naturalmente le inspira á su señoría un amigo del jeneral Carrera, me retiraba decidido á llevar yo solo á cabo lo que puede dar mejores resultados obrando en combinación.

Desde las primeras palabras de Rodríguez, San Martín había adoptado un continente reservado, y cuando concluyó de hablar, guardó silencio por

algunos instantes.

Era que le habían asaltado reflexiones de otro jénero: aquel hombre podía ser un emisario de Carrera, encargado de sondear sus intenciones, de sorprender sus proyectos, para tratar de cruzarlos. ¿No había ido Carrera á Estados Unidos con el objeto de organizar una expedición á Chile? ¿No era su mayor aspiración el que nadie sino èl obtuviera la gloria de libertar á ese país? ¿No llevaría su ambición hasta querer desbaratar cualquiera otra empresa que pudiera tener visos de buen éxito? ¿Quién aseguraba que Carrera no había descubierto en Rodríguez el hombre à propósito para estorbar en su ausencia los planes de sus enemigos?

Estas ideas cruzaron rápidamente la imajinación del jeneral, y se propuso investigar antes de comprometerse á nada.

—Por vida mía, dijo, cuanto usted ha dicho es exactamente la verdad de lo que pasa: soldados me sobrarán para presentar batalla a los españoles de Chile, ideas y proyectos no hacen falta; pero sí escascan las jentes de ardid, de injenio y de alma para la ejecución de ellos. Creo haber adivinado que lo que asted se propone es pasar á

Chile á preparar el terreno, á excitar á los patriotas, á despertar el entusiasmo en favor de nuestra causa, á hostilizar en fin á los españoles por cuantos medios estén á sus alcances.

—Justamente, dijo Rodríguez sin manifestar sorpresa por la exactitud con que San Martín había penetrado sus proyectos, como si encontrara muy natural que lo que él había dicho bastara

para interpretarlos.

—Pero, agregó el jeneral haciendo una pausa, aunque usted encuentra razonable el que yodesconfíe de los amigos de mis enemigos, no ha podido dejar de resentirse por lo que toca á usted mismo. Seamos francos: en mi situación ¿quién no desconfiaría? Carrera es mi enemigo, y usted ha sido su más leal servidor.

Rodríguez se sonrió tristemente, como si encontrara muy pobre de lójica aquella argumentación.

-El que sabe servir con lealtad á los hombres, replicó sentenciosamente, sabe mejor servir á su patria y posponer mezquinas rencillas de partidos á los intereses de ella. Será natural que su señoría desconfíe de mí; pero también en justo que yo me recienta de que no se me estime en lo que valgo. Su señoría cree que yo habría podido prestarme à servir de instrumento al jeneral Carrera para tratar de conspirar contra los grandiosos provectos que ha concebido el jenio audaz y emprendedor de otro hombre; proyectos que entran en mis aspiraciones y que son mis más encanta-dores ensueños! He ahí lo que me hiere y me decide á retirarme de aquí, no arrepentido de haberme acercado á su señoría, sino satisfecho de haber cumplido un deber, y lamentando el no haber inspirado acerca de mis ideas un concepto que siempre he creido merecer sin mendigarlo.

-No tomemos las cosas por su lado peor, dijo el jeneral apaciguando á Rodríguez, aunque no enteramente convencido de su sinceridad; no to-

dos tenemos el dón de juzgar acertadamente á los hombres a primera vista. Pero el acento de la verdad es convencedor, y creo firmemente haber errado al dudar de usted.

Rodríguez no se dejó engañar, in sucomatero -

-El león se ha convertido en zorro, dijo pa-

Yo, que he tenido la felicidad, continuó San Martin, de interpretar con tanto acierto los planes de usted podría conocerlos en detalle? ¿querría usted confiarme con qué elementos cuenta ó qué seguridades abriga de poder corresponder á las esperanzas que yo cifraría en una empresa de

-No tengo inconveniente alguno, señor jeneral, en manifestar á usted cuanto he pensado hacer. Mas, estos lienzos, y señaló los bastidores de la tienda, no son muy á propósito para guardar un secreto, y mis proyectos son de tal naturaleza, que una media palabra sorprendida puede ponerme

en grave peligro-elfisher egoingson renoused y sistem

-Acérquese usted; hablaremos en voz baja, dijo el jeneral manifestándose enteramente confiado Pero al mismo tiempo lanzó una rápida mirada á su lado para asegurarse de que tenía la espada

al alcance de la mano, obneminant el divisa

Rodríguez tomó una silla y la acercó á la me-sa, pero de modo que quedara á unos tres pasos del janeral

Cuando se hubo sentado, hizo aquel un movimiento de cabeza que equivalía á decir:

-Ya escucho tritas onik siroftwo or a chaorena esta

Inclinóse el joven y comenzó á hablar sijilosa mente, y sin dejar de espiar el efecto de sus palabras en el semblante de San Martín, quien con el oido atento y el ejo alerta, no perdia una sola palabra ni un solo jesto del joven, manteniendose absolutamente impenetrable. oblocarnos comensacias

-Esto es todo, dijo al fin Rodríguez enderezándose.

San Martin permaneció inmóvil durante un lar-

go rato que al joven le pareció un siglo.

Admirábale, además, la frialdad con que habían sido acojidas sus revelaciones, cuando èl creía que debían despertar el entusiasmo de cuantos las overan.

-Vamos! pensó, ó yo estoy loco ó este hombre

es un fatuo!

El jeneral estiró el labio inferior, y luego dijo:

-Lo pensaremos. Rodríguez no pudo contenerse:

-Lo he pensado ya bastante, dijo echando atras su asiento y levantándose. No he venido á pedir un consejo, sino á proponer un auxilio que su señoría necesita. Me arrepiento en verdad de mi lijereza, de mi imbecilidad, mas bien, para no haber comprendido desde las primeras palabras de su señoría lo que podría vo esperar de su mala voluntad.

San Martín quiso hablar, pero Rodriguez se adelanto diciendo:

No me diga mas, señor jeneral. Me basta una sola prueba para juzgar á un hombre, y ahora no daría un pelo de mis bigotes por la empresa de que su señoría se ocupa.

Y jirando militarmente sobre sus talones, salió Rodriguez à grandes pasos, mordièndose las uñas

de despecho y murmurando:

—¡He sido un imbécill Bruto de mi que me he
dejado llevar de mi primera impresión!

-Ven til cos propieta que vayas à acom-

Y monto tambiéte à caballo, diciéndole à Ru-

con el caballo. Pusiéronse en marcha sin que Modriquez habias

ra una cola palabra.

pertor

alaisean blowing of never to one after the

- Principle Residential Control of the Control of t

THE AMERICAN STREET, WHEN A SECRETARY OF SECURIOR ASSESSMENT

national ages was prabled by Johnson and production of and the state of the state of the state of the state of the colors consecut de colors come de consider can

estated come to present the come to the series bearing

scale usual v storadal shall to their know the

atens su asieuto y lovantándosa. No ho vecáta i

isher course entries dead a fee are areas uniforms de siam as ob various available the distributed

CAPITULO III observe of the sates of the colored

sh pabrer na o no LA PRISION and proper are the blurgues der out impossibilities, mas blen, merel ner

Maruri esperaba á Rodríguez á pocos pasos de la tienda del jeneral, charlando con algunos oficiales. Cuando lo vió salir, fue á su encuentro y le preguntó: THE DESIGNATION AND REPORT OF THE

-¡Cómo ha ido? -¡Como al diablo con la cruz! dijo Rodríguez lanzando un voto redondo.

Y para evitar nuevas preguntas, saltó sobre su

caballo.

-¡Cómol exclamó Maruri. ¿Se va usted solo? Pero los centinelas lo detendrán. Yo lo acompañaré hasta fuera del campamento.

Y montó también á caballo, diciéndole á Ru-

perto:

-Ven tú con nosotros para que vayas á acompañar á este caballero hasta su casa y te vuelvas con el caballo.

Pusiéronse en marcha sin que Rodríguez habla-

ra una sóla palabra.

En el límite del campamento, Maruri dió el santo, y siguieron algún corto trecho hacia la ciudad.

-Hasta aquí no mas, dijo el capitán de pronto,

deteniendo su caballo.

En seguida le tendió una mano á Rodríguez agregando:

-Adiós, pues: siento infinito haberle motivado á usted un disgusto tan estéril, tan sin objeto...

Ambos nos hemos engañado, dijo Rodriguez No se culpe usted: ¿quien había de imajinar en San Martín un rasgo tan indigno del carácter que le atribuyen? Pero ya le pesará, por vida mía! Algún día comprenderá quien soy yo! Harto le he dicho ahora también!

-¡Diablo! según veo, usted se ha propasado qui-

zá con él, y...

—Cosa de propasarme, nó; pero le he dicho lindas cosas! que era un imbécil, que me reía de sus proyectos...

-Hombrel seso le ha dicho usted?

-Talvez no con las mismas palabras, pero en el fondo...

- —¡Malo! esto no puede tener buen resultado! pues yo que usted me iba en el acto de Mendo-za, de Cuyo, y aún de la República Arjentina. El jeneral es un hombre de pocos aguantes, y me admira que no lo haya hecho á usted prender en el acto.
- -¡Qué! pamplinas! un soldadote como él, cabeza hueca, no es capaz de luchar de frente con un hombre que sabe donde le aprieta el zapato. Ya él me ha tomado el peso, y estoy seguro de que mis palabras le han quedado escociendo. Pero no se atreverá á nada: eso no sirve más que para manejar reclutas. En fin, adiós, ya nos veremos, si es que no me resuelvo á irme á Chile en estos días.

-Ah! si piensa usted irse á Chile, es preciso

que nos veamos antes.

-Ya! quiere usted hacerme algun encargo sobre Amelia!...

-Sobre varias cosas.

-Pues bien, yo le mandaré à usted avisar antes de irme.

Los dos jóvenes se despidieron, y Rodríguez siguió acompañado de Ruperto, dejando al caballo tomar la marcha que mejor le acomodára mientras él se dejaba dominar por la multitud de ideas que bullían en su mente acerca de lo que acababa de sucederle y de lo que debería hacer.

El resultado de todas estas meditaciones fué que al llegar á su casa despidió á Ruperto con esta

frase:

—Di á tu capitán que pasado mañana me marcho; que si quiere verme, venga mañana en la tarde.

Y entro a su cuarto murmurando: 2019 eb acco-

—Con dos días que permanezca aqui, hay de sobra para probarle á ese soldadote que no me voy por miedo. ¡Más adelante volverá á tener noticia de mí!

Discurriendo de este modo, es decir, madurando sus proyectos y gozándose de los medios que le sujería su imajinación para vengar el desaire de San Martín, Rodríguez se metió en la cama, y restablecido su buen humor en virtud de sus mismas reflexiones, se durmió tranquilamente después de haber consagrado menos instantes que de costumbre al recuerdo de su amada Corina.

Verdaderamente, dijo con este motivo, conozco que la nueva vida en que voy á entrar va produciendo desde luego saludables efectos en mi ánimo: me siento otro; mi imajinación se halla más despejada; el recuerdo de Corina es menos tenaz; ménos lúgubres mis ideas; y siento en mi corazón cierto alivio que hace algún tiempo no experimentaba: aun me parece que respiro mejor, con más desahogo, con una especie de satisfacción. Mañana iré á ver á Cori-

na para despedirme, y estoy seguro de poder manifestarle un semblante más alegre que el de siempre, lo que contribuirá quizá á dejarle una impresión favorable acerca de mi fuerza de voluntad.

Tales fueron los últimos pensamientos que entretuvieron à Rodríguez hasta que el sueño, apoderándose de sus sentidos, arrastró su imajinación

al mundo de las fantasías.

Al día siguiente se despertó tarde y sólo á causa de haber entrado Blas, su sirviente, á cerciorarse de si aún dormía, para anunciarle la llegada de un oficial y algunos soldados que preguntaban por él y esperaban á la puerta.

Rodríguez no pudo menos de sorprenderse al

saber esta nueva.

Lo primero que se le ocurrió fué que San Martín lo mandaba prender.

En seguida se dijo:

-¿Por qué no lo haría anoche? Quizá se ha arrepentido de su debilidad. Salgamos pronto de duda. Y saltó del lecho.

En cuanto estuvo a medio vestir, hizo que Blas

introdujera al oficial.

Era una cara desconocida para Rodríguez.

Saludó con afectada seriedad desde el umbral de la puerta, y dijo:

-; Es usted don Manuel Rodríguez?

Demasiado lo debía saber desde que había hablado con Blas.

Rodríguez comprendió que aquella era la fórmula de estilo para lo que él presumía.

—Yo soy. ¿Viene usted á prenderme?

—Yo soy. ¿viene usted a prenderme? —De orden del señor gobernador.

-Muy bien. Permitame usted concluir de vestirme. ¿Quiere usted sentarse?

-Nó, señor; aguardaré aquí.

Rodríguez afectaba la mayor tranquilidad, sin

embargo de que no dejaba de sentirse desazonado por aquel contratiempo que venía á estorbar todos sus planes.

Por lo demás, ni el más mínimo temor inquieta-

ba su espíritu.

Pronto estuvo en disposición de salir.

-Blas, le dijo al sirviente, si no vuelvo hoy, el capitán Maruri te dará noticias mías. Irás á verlo mañana al campamento.

Y salió al lado del oficial.

En la puerta de calle había un sarjento y cua-

tro soldados armados de sables.

El sarjento se colocó á la izquierda de Rodríguez, pues el oficial llevaba la derecha. Los soldados siguieron detrás con los sables desenvaina-

En esta forma se dirijieron al centro de la ciu-

dad.

Ya el vecindario se había alarmado, y todas las

puertas estaban llenas de curiosos.

Rodríguez era bastante conocido, y á pesar de la vida retirada que llevaba, tenía algún prestijio en la ciudad, principalmente entre los chilenos.

Aquel inesperado suceso debía, pues, causar bas-

tante sensación entre todas las jentes,

Durante el tránsito, muchos amigos saludaban á Rodríguez y aún le hacían señas interrogativas. Por toda contestación él se sonreía con la mayor serenidad y se encojía de hombros, como diciendo:

-Ni yo mismo sé por qué es esto.

Así llegaron á la cárcel, y fué presentado al jefe de la guarnición.

Este no le hizo pregunta alguna, sino que, lan-

zándole una lijera mirada, dijo:

-Al calabozo aislado. Cadenas, grillos y centinela de vista.

-Hola, hola! pensó Rodríguez parece que soy un terrible criminal?

Hiciéronlo atravesar el patio de la cárcel, siempre custodiado por los que lo habían traído, y lo llevaron á una estrecha habitación, independiente de los demás edificios, como su nombre lo indicaba.

En el centro del calabozo había un banco tosco de madera fijo en un poste enterrado en el suelo, que le servía de respaldo.

Rodríguez se sentó en él á indicación del ofi-

cial.

En seguida los soldados le pusieron esposas en las manos, grillos en los pies, y rodearon su cuerpo con un gran número de cadenas, cuyas extremidades fueron aseguradas en el poste.

El joven se sonreía á medida que lo cargaban de cadenas, mirando con la mayor indiferencia

aquel lujo de precauciones.

El oficial y los soldados se retiraron al fin, quedando uno de centinela dentro del calabozo, cuya puerta fué asegurada con gran ruido de cerrojos y candados.

Otro centinela quedó paseándose afuera, alrededor del calabozo. Rodríguez lo veía pasar por un

ventanillo practicado en la puerta.

No pudiendo el joven mover más que la cabeza, se puso á examinar cuanto lo rodeaba: las paredes, el techo, el pavimento, la puerta, y hasta al mismo soldado, que como un estafermo se mantenía al frente con el sable al hombro y la vista fija en él.

Después de una detenida inspección, cerré los ojos, echó atrás la cabeza apoyándola en el poste,

y se dijo:

—¡Vamos que la cosa parece seria! murallas de una vara de espesor, puertas de roble, dos centinelas de vista y tanta cadena! Se conoce que San Martín no se ha formado mala idea de mí, pues me teme como á un demonio. Pero, vamos á ver, ¿capacitemos: las buenas ideas me han venido

siempre en los grandes apuros, y fuerza es confesar que este es uno de ellos. Cuando ese soldado con título de jeneral y con infulas de conquistador se ha atrevido a encarcelarme y a aherrojarme, es porque se habrá decidido á coronar debidamente su obra. Yo, libre después de esto, sería su eterna pesadilla. Bien debe haberlo pensado él.

Debo, pues; abandonar toda esperanza, y con-

fiar en mis propias fuerzas,

Desde luego, teniendo á este hombre delante, que no me despinta la vista, como si pudiera yo evaporarme al menor pestañeo, es claro que nada puedo hacer sin su consentimiento. Preciso me seria, pues, seducirlo.

Nada cuesta intentarlo; pero lo malo está en que

un fracaso me haría perder mucho terreno.

Sin embargo, hagamos una suposición, siquiera por dis raerme. Demos por seducido al centinela.

¿Qué avanzaría yo con ganarme la voluntad de un hombre que debe ser relevado dentro de una hora ó de dos á lo más? ¿qué podría hacer este hombre en mi favor?...

Diablos! podría hacer mucho...

Sí, mucho más, que lo que haría estando obligado á viillarme todo el día; pues en este caso, sólo podría ayudarme á remper estas cadenas, lo cual sería difícil ó más bien imposible trabajando con las manos, y aun cuando fuera practicable, sería infructuoso, desde que faltaba romper toda esa caterva de cerrojos y candados que he sentido ponerle á la puerta, y luchar con ese otro soldado que se pasea afuera, y luego con los demás soldados de la guardia. Sería de nunca acabar y de perder el pellejo antes de salir á la calle...

Mientras que, saliendo él de aquí, puede, en primer lugar, proporcionarse un par de buenas limas, y en segundo, hacerme partido entre sus camaradas...

¡Hacerme partido! Mire usted qué frase! Hablo yo como si estuviera en Chile, gozando de mi antiguo prestijio...

Pero nó... ¡Qué idea! Entre los soldados he visto algunas caras de chilenos que he conocido en

el ejército del jeneral Carrera.

Esto simplifica inmensamente mis planes.

Bien habrá unos diez chilenos entre los cuaren-

ta que montan la guardia.

Falta saber si esta guardia se releva todos los días ó todas las semanas. Eso lo sabremos por el primer chileno que venga á custodiarme.

Volvamos, pues, atrás, y veamos qué le diría yo á ese chileno para decidirlo á jugar su vida por li-

bertarme.

Le diría:—«¿Sabes tú por qué me tienen así?» El me contestaría:—«Nó, señor», ó se quedaría callado.

Esto es claro como la luz del día.

Entónces diría yo en tono dramático: «¡Ah! si se supiera la causa, ya estarían aquí arrasando la cárcel todos mis compatriotas, todo ese ejército de chilenos que se va á sacrificar inútilmente por la ambición de un solo hombre! Pues no es más que la ambición de hacerse dictador de Chile lo que ló induce á emprender su conquista. Por eso es que en cuanto ha sabido que yo estoy en relación con todos los patriotas que residen actualmente allá, y que sólo esperan mi vuelta para sublevarse contra los españoles, se ha ensañado en contra mía y es muy posible que me haga matar. Ah! no siento morir, sino porque mi patria pierde ya toda esperanza de ser libre! La empresa de este hombre es descabellada, y si por una gran casualidad llegara á tener buen resultado, ¿qué ganarían los chilenos con cambiar de amo? ¡y un amo como éste! un tirano! etc., etc.»

Un discurso de esta naturaleza, más ó menos recargado de reflexiones conmovedoras, según las circunstancias, es imposible que deje de hacer efecto en el corazón de un chileno, por más estúpido que sea.

Se ablandará, y me hará ciertas preguntas so-bre esa pretendida sublevación.

Por entendido que yo las satisfarè lindamente, dando como cosa hecha el que en Chile me espe-ran con los brazos abiertos y que la revolución

cuenta con elementos poderosísimos.

Alucinado mi hombre, no trepidará en conquistarme la voluntad de los demás chilenos, quienes al venir á montar su guardia, conferenciarán también conmigo, y convendremos en un plan de

Hasta aquí está muy bien: la cosa tiene viso de

buen éxito.

:Bravísimo!

Aquí se interrumpió nuestro joven para lanzar una mirada al centinela, el cual con la espalda apoyada en la pared, se mantenía siempre inmóvil y mirándolo fijamente.

—¡Imbécil! murmuró! cree de muy buena fe; que su mirada de perro hambriento me impide trabajar en mi fuga! Y tengo la cuarta parte del camino

avanzado! Sigamos.

Con diez ó doce hombres míos dentro de la cárcel, puedo hacer mucho.

Menos que fueran Pongamos seis.

Encargo á uno de ellos que me compre limas y y me las envíe con el primero de los míos á quien le toque la guardia. Este me ayuda á limar los re-maches de estos fierros: operación de media hora. En seguida, los dejamossobre puestos en la misma forma en que están ahora.

Luego es preciso esperar hasta la noche...Sí, la noche es siempre un importante cómplice en aven-

turas de esta naturaleza.

En la noche está la mayor parte de la guar-

nición recojida. Sólo quedan los centinelas en sus

puertas, que serán seis ú ocho.

Escojeremos la hora de un relevo en que figure alguno de los nuestros, y entonces á una seña convenida, arrojo mis cadenas y nos echamos sobre quien sea necesario.

A todo esto, los soldados que duermen en la sala de guardia no habrán apercibido nada, y trataremos de salir á la calle, ya sea por la puerta, ya por las paredes, como sea más fácil y se haya

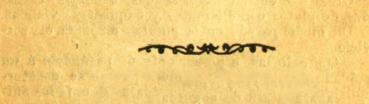
convenido de antemano.

Naturalmente, este plan es susceptible de muchas modificaciones, con arreglo á las circunstancias: puede que sean más los hombres que se dejen embaucar, y puede que no haya necesidad de más de uno ó dos. Todo dependerá de lo que averigüe con el primer centinela á quien hable.

Aquí iba Rodríguez de sus reflexiones, cuando oyó quitar las llaves á los candados y descorrer

los cerrojos de la puerta.

Era que le traían el almuerzo.



nting to the second of the sec

the section in the property

commence in all all delivers to

infrance at the sense to media.

ma cas le mant el armaero.

restant of the contraction of the state of the contraction of the cont

CAPITULO IV

CONTINUACION DEL ANTEROR

controlled a soft of the state of the state

Dos soldados entraron á la prisión de Rodríguez una pequeña mesa provista de manteles y cubiertos, y la pusieron delante de él.

Otros dos entraron con sendas bandejas cargadas de platos con diferentes y exquisitas viandas.

Un oficial parado en la puerta disponía el servicio.

— Quitenle las esposas, ordenó pasándole á un soldado dos llaves especiales con que se desatornillaban las tuercas de una barra que unía los anillos para aprisionar las muñecas.

Ejecutada esta orden, Rodríguez quedó con las manos libres, y atacó á las viandas con el mejor apetito del mundo, admirando la profusión y deli-

cadeza de ellas.

-¡Es singular! pensaba. Tanto rigor y tanta atención á la vez! ¡Si yo fuera pavo, comprendeel que se tratara de engordarme para engullirme en seguida. Pero me parece que entre San

Martin y yo, él está más cerca de serlo.

Sin embargo, algo significa esto. No á humo de paja se me sirve con tanto esmero. Esto se llama endulzar la pildora. No será mucho que el famoso jeneral, arrepentido de lo que ha hecho, venga un día á decirme:—«Lo he aprisionado á usted para hacerle un servicio: estaba usted mui flaco, y he creído conveniente engordarlo para tambor mayor». Y echándolo todo á la broma, me deje en libertad de hacer lo que me plazca.

Discurriendo de este modo, Rodríguez almorzó alegremente, aunque sin cambiar palabra con sus

guardianes.

Oservó que de los cuatro soldados que le servían, dos eran chilenos, y esto lo puso de mejor humor.

—Cuatro es á dos, pensó, como cuarenta es á equis. Si en las cárceles se verifican las proporciones con la exactitud que nos demostraban en el colejio carolino de Santiago, puedo contar con veinte chilenos que se dejarán matar por sacarme de aquí. No hay duda, pnes, que la cosa promete, y vale la pena de ensayarla desde hoy mismo.

Terminado el almuerzo volvieron á ponerle las esposas á nuestro prisionero, y los soldados se retiraron llevándose la mesa y demás piezas del sero

vicio.

El oficial iba á cerrar la puerta, cuando se le

acercó un sarjento diciéndole:

-De orden de mi comandante, estas señcras ti nen permiso para hablar con el prisionero, en

presencia de usted.

Y antes que Rodríguez volviera del asombro que tal nueva le causó, entraron al calabozo dos mujeres vestidas de negro, lanzando una dolorosa exclamación al ver al joven cargado de cadenas.

-¡Señora Irene! Corina! exclamó también Rodrí-

guez con alegre sonrisa ¡ustedes aqui!

-Dios mío! cómo ha sido esto? preguntó enju-

gándose las lágrimas la que había sido saludada con el nombre de Irene, que era una señora como de cuarenta años, de aristocrática presencia y de bella presencia y de bello rostro aunque un tanto marchito por la edad.

-No hay por qué alarmarse, dijo el joven. Este debe ser un error que de hoy á mañana se aclara-

rá. No tengan ustedes cuidado.

Y sonriéndose con la mayor naturalidad, fijó los

ojos en Corina.

No había mentido Maruri al elojiar la belleza de esta joven. Era un vivo retrato de Ricardo, salvo la mayor finura de sus facciones y la delicadeza del cútis consiguiente al sexo. Había además una lijera diferencia en los ojos: los de Corina eran más bien que azules, de un castaño claro dulcísimo, pero la misma espresión, aunque más tímida.

-Lo acriminarán á usted de algo muy grave, dijo la joven bajando los ojos ante la poderosa

mirada de Rodríguez.

—Así lo indican estas precauciones, contestó Rodríguez indicando sus cadenas. Parezco un almacen de ferretería, ¿no es verdad? Pero no pasará de de esto; no hay por qué asustarse: estén ustedes seguras.

-Pero entretanto ¿qué podremos hacer por usted? preguntó doña Irene. ¿Será posible mandarle

la comida, una cama?...

—Nada de eso: en cuanto á comida estoy perfectamente servido. Y esto no ha de pasar de hoy ó mañana.

El oficial dijo á ese tiempo:

-Se han cumplido los cinco minutos.

La señora le estrechó á Rodríguez sus manos encadenadas, sin poder contener las lágrimas.

-Hoy iremos a ver á San Martín, dijo con voz

haogada.

-No haga usted tal, repuso Rodríguez empeñosamente. Yo se lo suplico. -¿Y si esto toma un mal camino?

-Pierda usted cuidado; yo le avisará cualquier novedad que haya.

-Nosotros mandaremos informarnos continuamente, dijo Corina; y sún procuraremos obtener permiso para venir mañana.

Y salió dando una lijera mirada de interés al prisionero, el cual se estremeció de gozo, con más emoción que si le hubieran dado de improviso la noticia de su libertad.

Cuando el oficial cerró la puerta del calabozo.

—¡Por vida mía! murmuró el joven. Esta sola mirada me reconcilia con mi suerte! ¡Cuánto tiemto ha que no merecía lo que hoy he obtenido! No cabe duda: ¡el corazón de Corina se ha conmovido con mi desgracia! ella me ama sin saberlo! Yo voy á bendecir toda mi vida esta prisión que me ha venido á revelar una felicidad que tanto he ambicionado! Ese jeneral San Martín me ha hecho un bien creyendo hacerme un mal. Ahora de trabajar con más empeño en mi libertad: ¡morir en estas circunstancias! morir cuando uno sonríe cen las esperanzas más halagüeñas para el corazón! Imposible! No he de dormir sin asegurar mi libertad!

El centinela había sido relevado durante el almuerzo; pero la fisonomía del nuevo no le inspiró à Rodríguez más confianza que la del primero.

Pasó otra hora, y en vez del segundo relevo vino el oficial con cuatro soldados, y le previno que

iba á ser conducido á la presencia del juez.

Quitáronle las cadenas que lo sujetaban al poste, y sosteniéndolo entre dos soldados para que pudiera andar con los grillos, lo hicieron atravesar el patio de la cárcel y fué introducido en una vasta sala, á cuya extremidad se divisaba un dosel guarnecido de terciopelo carmesí.

Tras una gran mesa con tapete del mismo co-¡or, y en un sillón de eno me respaldo; se hallaba sentado un hombre de cabellos entrecanos y de cara ceñuda, larga y huesosa.

Al ver entrar á Rodríguez, fijó en él una mirada escudriñadora, como si tratase de hallar en su semblante el medio de abordar con éxito el delicado interrogatorio á que lo iba á someter.

Para el joven no pasó desapercibida aquella mirada, y una sonrisa un tanto burlesca vagó por sus labios.

—Bueno, se dijo, parece que sabes con quien tienes que habértelas, y te preparas para cazarme. Pero eres un zorro muy viejo, y tu astucia está ya de capa caída. ¡Ya veremos con que sales

Mientras se decía esto, lo habían acercado hasta dos pasos de la mesa, y el que ocupaba el sillón, hizo señas al oficial y los soldados para que se alejaran.

—¡Va á principiar el sainete! se dijo Rodríguez estudiando, á su vez, el semblante del juez.

-¡Hum! añadió; parece que este señor es más necio que avisado; más feroz que diplomático! Pobre San Martín Qué mal ha elejido el hombre que debe entenderse conmigo!

-Puede usted sentarse caballero, dijo el juez con voz grave indicando con un ademán á Rodríguez una silla que por casualidad ó de exprofeso se había colocado inmediata á él.

-Parece que aquí se me guardan más consideraciones que en el calabozo, dijo el joven para sí. Bueno: esto indica que el hombre quiere cazarme con miel.

Y haciendo una leve inclinación de cabeza que no carecía de cierta malignidad, como para dar las gracias al juez, pasó á ocupar la silla que éste le había indicado.

Después que se sentó en ella lo mejor que le fué posible, el juez se dispuso á hablar, y otro hombre que se hallaba á poca distancia delante de una pequeña mesa, se preparó á escribir.

-¿Cómo se llama usted? preguntó el juez con

toda serenidad, pero en tono cortés.

-Manuel Rodríguez, veintiocho años, soltero, abogado, dijo el jeven con la intención manifiesta de ahorrar preguntas y contestaciones inútiles.

-; Sabe usted de qué crimen se le acusa?

—De haberle hablado en buen castellano al jeneral San Martín.

-Eso es secundario, dijo el juez. Está usted

sindicado de conspirador.

-Me alegro de saberlo, contestó Rodríguez, sin

manifestar sorpresa alguna.

-Tenga usted entendido, añadió el juez sin variar de tono, que hay cuatro declaraciones de personas comprometidas en la misma conjuración, y todas contestes en designar á usted como el principal instigador.

- Está curioso eso! dijo Rodríguez.

—¡Usted ha procedido en esto como ajente de don José Miguel Carrera?

-Su señoría debe saberlo mejor que yo.

-Efectivamente: pero es preciso que usted conteste sobre el particular.

-Es esa mi contestación.

-¿De manera que usted se obstina en no hacer revelación alguna acerca del delito de que se ha hecho reo?

-: Me permite su señoría una pregunta?

-Hable usted.

—¿Es contra el emperador de la China la conspiración de que se me acusa? interrogó Rodrígue con el aire más serio que pudo adoptar.

-Este no es lugar para chanzas, dijo el jue

con gravedad.

-Y sin embargo, su señoría no ha hecho otr

cosa que chancearse desde que ha comenzado á hablar.

— Mal camino adopta usted, repuso el juez. Quizá no ha reflexionado en los graves males que le acarrea su tenacidad en callar. Voy á darle á usted cuarenta y ocho horas de plazo para que medite bien el partido que le conviene adoptar, en la intelijencia de que las buenas intenciones que me animan respecto de usted cederán su lugar al rigor de la ley si persiste en la reserva.

El juez tocó la campanilla, y los soldados en-

traron

Rodríguez se levantó del asiento diciendo en sus adentros:

-Aprontat-, que muy bien podrá suceder que no me veas más la cara.

Y luego agregó en voz alta:

—Agradezco infinito el plazo que su señoría me concede: no perderé un minuto sin emplearlo en meditar muy bien el partido que me conviene adoptar, y antes de las cuarenta y ocho horas habré tomado una resolución decisiva.

-Perfectamente, dijo el juez sin apercibirse de la ironía con que Rodríguez había pronunciado la frase, ni menos del doble sentido que él le daba.

Rodríguez salió como había venido, apoyándose en los hombros de los soldados, y fué conducido á su calabozo.

Lo dejaremos madurando sus proyectos, para trasladarnos al campamento del jeneral San Martín.

CAPITULO V

LA CONSPIRACION DE RODRIGUEZ

San Martín no había hecho un misterio de la prisión de Rodríguez entre los chilenos de su ejército. Por el contrario parecía haber tomado cierto empeño en darle la mayor publicidad posible.

Así, pues, Maruri había tenido noticia de todo, desde el momento que se dió la orden de prisión. Habría querido hacer algo por su amigo, darle un aviso oportuno ó visitarlo en su prisión; pero San Martín había dado órdenes terminantes para que nadie saliera del campamento sin su anuncio.

Todos comentaban de mil maneras aquel inesperado suceso, y muchos amigos de Rodríguez habían recibido con desagrado la noticia del inusita-

do rigor que se empleaba con el prisionero.

Maruri era el que se creía más bien informado de todo: explicaba el caso diciendo que por boca del mismo Rodríguez había sabido que en su entrevista con San Martín le había dicho frases bastante duras, hasta llegar á tratarlo de imbécil.

El mismo día de la prisión de Rodríguez, San

Martín conferenció largamente con O'Higgins.

Todos los oficiales chilenos presumieron, como era natural, que aquél no quería proceder sin acuerdo del brigadier, tratándose de un compatriota.

O'Higgins fué asediado á preguntas en cuanto

saliò de la tienda del jeneral.

—¡Qué hemos de hacer! contestaba encojiéndose de hombros. El jeneral tiene mucha razón. Rodríguez no se ha conducido bien. Además, se ha descubierto una conspiración fraguada por él, como ajente de Carrera.

Y los oficiales al oir esto no podían menos de dar la razón á San Martín, y ni aún ponían en du-

da la culpabilidad del prisionero.

Todas las alarmas y cuchicheos cesaron como por encanto cuando San Martín, apareciendo en la puerta de su tienda, fijó una mirada escudriñadora en los semblantes de sus oficiales: el jeneral era respetado y querido de todo el ejército, y nadie se habría atrevido á manifestar en su presencia el más leve descontento, ni la más leve duda de la justicia de su proceder.

En consecuencia, los oficiales se dispersaron inmediatamente, acudiendo cada uno á sus tareas, con la misma constancia de siempre, pues todo el campamento era un vasto taller en que se trabajaba con la mayor actividad, atendiendo unos á la instrucción de los reclutas, otros al ejercicio asiduo de las tropas, á las construcciones de cureñas, al arreglo del armamento y del vestuario, y en fin, á mil otras faenas necesarias en un ejército que, como aquel, se improvisaba á fuerza de afanes y fatigas.

«En el campamento de Mendoza el tiempo estaba ventajosamente distribuido. Antes de amanecer,

«En el campamento de Mendoza el tiempo estaba ventajosamente distribuido. Antes de amanecer, á las cuatro de la mañana, un cañonazo anunciaba la formación de todos los cuerpos del ejército: de ellos se destacaben partidas de descubierta, como si se estuviese al frente del enemigo, y después de un corto descanso, se principiaba el ejercicio por compañías, que duraba hasta las nueve. Durante las horas de calor, la tropa tenía algún tiempo de descanso, pero se ocupaba también en los trabajos de armar monturas, coser vestuario, preparar las municiones y limpiar el armamento. Estas ocupaciones se suspendían á las tres de la tarde, hora en que los jefes hacían maniobrar á sus cuerpos hasta ponerse el sol, ó hasta avanzada la noche, si lo permitía la luz de la luna.

«En el campamento reinaba la moralidad y la subordinación á pesar de que la tropa y oficiales

recibian únicamente una parte de su sueldo.

«Para evitar todo contajio de corrupción, San Martín vivía en el campamento con sus jefes y oficiales, á quien es permitía muy pocas veces pasar

al pueblo de Mendoza.

«Con no menos tino había sabido despertar en la tropa el espíritu relijioso: mientras los cuerpos esta ban formados, los capellanes hacían lijeras pláticas en que mañosamente entrelazaban los intereses de la revolución americana con el nombre de Dios, y exhortaban á la obediencia y á la subordinación.

«San Martín era el primero en dar un prove-

choso ejemplo de celo y actividad.

«Desde antes de amanecer estaba en pie recorriendo el campo de instrucción para observar el cumplimiento de sus órdenes. Se había propuesto enseñar á sus soldados á obrar maquinalmente, instruirlos con minuciosidad y cuidado, y acostumbrarlos á las fatigas de la guerra para que nada tuviesen que extrañar en la campaña.

«Por grandes que fuesen los trabajos y molestias que era preciso tomarse, San Martín no descansaba un instante.

«Con un tino superior preveía hasta las más insignificantes necesidades de su ejército, y convertía en ventaja todas las dificultades y obstácu-

los con que tropezaba».

Verificada la prisión de Rodríguez, el jeneral aparentó no volverse à preocupar más de él. Atendió como de costumbre à sus múltiples ocupaciones, y sólo en la noche, habiendo recibido una carta de Mendoza en presencia de O'Higgins y otros oficiales, la leyó para sí, y guardándola en una cartera, le dijo à aquél:

-Se ha negado el reo á declarar.

O'Higgins se encojió de hombros, y nadie se atrevió á hacer observación alguna viendo que San Martín variaba inmediatamente de conversación.

A la mañana siguiente, San Martín se fué temprano al pueblo y pasó todo el día en el despacho de la gobernación.

A eso de las nueve de la noche salió solo á la

calle y se dirijió á la cárcel.

Hízose abrir la puerta, que ya estaba cerrada, y después de hablar algunas palabras con el oficial de guardia, siguió hasta la prisión de Rodríguez, acompañado de un sarjento que llevaba la llave para abrirla.

Todos los soldados de la guarnición se hallaban en el cuerpo de guardia, y los centinelas alertea-

ban en sus garitas.

Anuncióse el sarjento al centinela que se paseaba por fuera del calabozo, y San Martín se adelantó á mirar para adentro por el ventanillo de la puerta.

Una lamparilla fija en la pared iluminaba el ca-

labozo.

Rodríguez dormía ó finjía dormir en su banco, y

el centinela de vista velaba con el sable al hombro.

-Abre, le dijo San Martín al sarjento.

Metió éste las llaves en los candados, y al rechinar de los fierros, Rodríguez abrió los ojos con pesadez, como si volviera de un profundo sueño.

El sarjentó tardó algunos instantes en quitar las

cerraduras, y al fin empujó la puerta.

San Martín entró y saludó á Rodríguez, levantándose lijeramente su gorra militar.

Rodríguez no se movió un ápice.

-Véte, le dijo san Martín al centinela.

Y cuando éste salió, cerró él mismo la puerta

por dentro y se acercó al prisionero.

—Caballero, le dijo, tengo que dar á usted mil excusas por mi conducta; y estoy seguro de que cuando usted me haya oído, convendrá conmigo en que he tenido razón para hacer lo que he hecho.

Rodríguez oyó todo esto con rostro impasible y

ni aun alzó los ojos para mirar al jeneral.

—Desde luego, continuó éste, confieso tiene sobrados motivos para estar enfadado conmigo y que he previsto el recibimiento que usted me hace, muy diferente, por cierto, del que encontraría en un hombre vulgar, aun cuando estuviera tan inocente como usted del crímen de que se le acusa.

-Vamos! pensó Rodríguez, continuando siempre en su inmovilidad, no he sido mal profeta: el hombre se ha arrepentido, y viene á dar una dis-

culpa cualquiera para salir del paso.

—Me enorgullezco, en verdad, de ver que he sabido apreciar á usted en lo que vale desde el momento en que nos hemos tratado; ypara que forme usted otro juicio desde luego respecto de mí, diré á usted que á las primeras palabras que cambiamos antenoche, conocí que usted era el hombre que yo necesitaba para asegurar el buen éxito de mi empresa.

Rodríguez no se dejó seducir por las frases lisonjeras que oía; pero alzó por primera vez los ojos para leer en el rostro de San Martín el verdadero valor de sus palabras.

Al mismo tiempo decía en su interior:

-Si este hombre miente, debo confesar que no

carece de habilidad.

—Habrá usted extrañado, dijo San Martín, que no obstante el rigor empleado con usted para asegurar su persona, se le han guardado, por otra parte, ciertas consideraciones que no se acostumbra tener con la jeneralidad de los reos.

Siempre el mismo silencio de parte de Rodrí-

guez.

—Hablo de esto, prosiguió el jeneral, porque leo en el semblante de usted la desconfianza con que recibe mis palabras, y quiero que no vaya uted á creer que yo obro ahora bajo impresiones diferentes de las que me indujeron á ordenar su prisión. Nó, señor Rodríguez, no se imajine usted que yo he obrado con lijereza. La costumbre de observar á los hombres y de estudiar sus caracteres; la necesidad de luchar contra tantas dificultades como las que se me presentan en la realización de una idea que hace tiempo acaricio, me han dado bastante previsión para no dejarme nunca arrastrar impremeditadamente en un lance cuyas consecuencias pudieran hacerme arrepentir. Nó; la prisión de usted ha sido pensada y calculada por mí durante diez heras, para asegurar mejor la realización de los brillantes proyectos que usted alimenta.

Un leve movimiento de c-jas de Rodríguez le indicó á San Martín la extrañeza que le causaban

sus palabras.

—Usted ignora quizás, agregó, que en Mendoza no escasean los espías españoles; y debiendo usted pasar á Chile con propósitos nada favorables para ellos, era preciso tomar las precauciones

más escojidas para evitar que álguien se apercibiera de su viaje, y fracasaran nuestras esperanzas, viniendo usted á ser mártir de mi imprevisión. Cree usted que los españoles de Chile trepidarían en cortar una cabeza capaz de forjar y ejecutar las atrevidas ideas que usted ha concebi lo? Pues bien, mi plan ha sido el hacerlo á usted salir para Chile cuando todos estén persuadidos de que se le procesa por conspirador. He logrado ha-cer público esto, y nada impide ahora el que us-ted pueda partir, con la seguridad de que su ausencia no despertarà sospechas ni aun en los más avisados espías de Chile... Vamos! veo que aún duda usted de mi sinceridad, puesto que no abandona ese mutismo que me indica su resentimiento. Aún cree usted que yo me he arrepentido de ha-berlo hecho aprisionar en un primcr rapto de có-lera, y que cuanto ahora digo no es más que una especiosa excusa con que trato de paliar mi li-jereza. ¡Por Dios, que es usted más desconfiado de lo que yo creía!

Rodríguez paseó una mirada de indiferencia por

el techo del calabozo.

Meditó San Martín un instante, mordièndose los

b; gotes con mal reprimida impaciencia:

-Comprendo, dijo al fin, que mi conducta ha herido profundamente la delicadeza de usted, y que no bastan mis palabras para borrar la mala impresión de su ánimo; pero ¡qué diablos! hable usted aunque no sea más que para decirme que no cree en la verdad de mis explicaciones.

Una sonrisa irónica plegó los labios del joven.

—¡Ah! exclamó San Martín, ya lo adivino todo: su orgullo herido lo hace á usted no contestarme mientras esté encadenado en mi presencia. Pero creía ya haber convencido á usted... Voy á hacer que inmediatamente le quiten esos hierros, pues que usted se obstina en despreciar mis aseveraciones.

San Martín iba á abrir la puerta, cuando Rodrí-

guez dijo con tono zumbón:

-No se moleste, señor jeneral. No es necesario que su señoría contradiga sus órdenes: eso sería desmentir las hermosas frases con que estaba ahora poco acreditando la previsión que cuida de poner en todos sus actos, para no verse obligado á volver atrás.

-Voy á sacar á su señoría de dudas, previniéndole que no es mi orgullo herido el que me obliga á callar. Para sentirme herido en mi orgullo habría sido preciso que yo me encontrara vencido por su sagacidad; y precisamente sucede todo lo contrario. Su señoría había pretendido hacerme juzgar por conspirador, como si cuando yo conspiro fuera á dejarme cojer zonzamente en las redes que tiendo á mis enemigos. Lo que ha conseguido su señoría con esto, es despertar mi amor propio é impulsarme á que yo le dé una prueba de mi manera de conspirar. Pues bien, desde que se me dijo que estaba preso por conspirador, yo he co. spirado; y he aquí la prueba.

Y levantándose Rodríguez de su asiento, sacu-dió los brazos y las piernas, y todos los hierros, inclusos los grillos y las esposas, cayeron al suelo

con gran ruido.

—Ahora, dijo, con dar un solo grito quedaría to-da la cárcel bajo mi dominio, pudiendo yo salir libremente de aquí.

Estupefacto el jeneral, sólo pudo decir al cabo

de algunos instantes:

-¡Ha seducido usted la guarnición!
-Los hombres necesarios para reducirla á la impotencia, dijo Rodríguez con expresión de triunfo.

San Martín se quedó mirando por algunos instantes á aquel joven cuyo jenio había creido com-prender, y que no obstante lo abismaba con seme-jante prueba de astucia y de arrojo. Concluyendo al fin por sonreirse, dijo:

—Según esto, usted ha creído mis protestas, puesto que renuncia á llevar adelante lo que usted llama su conspiración.

-¿Quién le ha dicho á su señoría que renuncie

á llevarla adelante?

-Pues es claro; supongo que usted no contará con que los soldados se pronuncien en favor de

usted estando yo presente.

—Su presencia no sería un estorbo, créamelo su señoría, para salir avante con mi plan; pero no quiero comprometer á esas pobres jentes, pues en verdad, estoy satisfecho con las explicaciones que su señoría ha tenido á bien darme acerca de mi prisión. y el único resentimiento que me queda es que no haya confiado su señoría en mi discreción lo bastante para prevenirme cuáles eran sus propósitos al hacerme traer aquí.

—¿Eso es todo lo que á usted lo mortifica? preguntó el jeneral con franca risa. Usted tiene amigos y amigas á quienes en confianza habría comunicado el objeto de su prisión, y en asuntos tan delicados, es menester prescindir de la confianza que nos merecen los amigos. ¿Me encuen-

tra usted razón?

—Su señoría es más previsor que yo, dijo Rodríguez correspondiendo por primera vez á la ex-

presión risueña del jeneral.

—Vaya! repuso éste, alargándole una mano que Rodríguez estrechó amistosamente, veo que al fin se hace usted más tratable. Voy á hacer que retiren á los soldados para que podamos salir sin ser vistos.

El jeneral abrió la puerta del calabozo; llamó al sarjento que se mantenía á algunos pasos de distancia, y le dió una orden en voz baja.

Miéntras tanto Rodríguez se decía:

-No debe quedarme duda de la lealtad de este hombre: verdaderamente es más hábil que yo y

todia.

menos vanidoso. En su lugar, yo no habría dejado sin castigo la osadía de ser amenazado con una rebelión de mis propias guardias, y menos habría podido seguir tranquilo sin tratar de descubrir á los que hubieran entrado en un complot para burlar mi justicia. Esto es magnífico para mí y para los infelices que se habían dejado seducir, pero no lo apruebo, ó no lo comprendo. En fin, cada uno con su parecer.

San Martín volvió diciendo:

—Ya está expedito el camino.

Rodríguez salió tras él sin decir palabra.

Mientras atravesaban el patio, dijo el jeneral:

—Esta noche se pondrá en el mismo calabozo otro pieso incomunicado, sin centinela de vista y con el ventanillo cubierto, á fin de que sigan creyendo los soldados que usted continúa en el calabozo. El oficial de guardia hará correr la voz de que yo he sorprendido que usted tramaba un complot, y he dado nuevas instrucciones para su cus-

La puerta de la cárcel estaba entreabierta y sólo el oficial montaba la guardia con la espada dese nyainada.

out that the billion to

Sall particles of the sales of

CAPITULO VI to lamped to the property adversary in the second

ed Africa A voy 1027 to 1 L'administration possesse de la latera et de charles de la latera et de la company de la

RODRIGUEZ DEPLORA LA PREVISION DE SAN MARTIN

San Martín y Rodríguez salieron á la calle uno

al lado del otro.

Al cabo de un rato de silencio, como si el jeneral hubiera adivinado las reflexiones que poco antes había hecho Rodríguez, le dijo de improviso:

-Usted habrá extrañado que yo me desentien-da de averiguar quiénes son los que se han prestado á favorecer su evasión.

-No se equivoca su señoría: me extraña; por-

que casi veo en ello una falta de previsión.

—¡Querría usted que fuera yo á castigar á unos pobres hombres cuyo delito es ser tan patriotas como usted y como yo? Calculo muy bien que todos son chilenos; sé lo que usted habrá podido decirles, y les hago justicia. Además, esto no me

hace perder la confianza que tengo en ellos; pues el que usted los haya seducido no quiere decir que se vendan á cualquiera: no hay dos Rodríguez.

-Es lo que yo digo, pensó el joven; este hom-

bre me vence en sutileza y en jenerosidad.

San Martín se decía al mismo tiempo:

-Este joven hará prodijios en Chile. A su astucia y á su valor, junta dos móviles poderosísimos: el patriotismo y el deseo de mantener viva la admiración que le manifiesto.

Discurriendo cada cual á su modo, llegaron á una pequeña casa, á unas tres cuadras de la cár-

cel.

San Martín golpeó la puerta de una manera particular, y abrieron al punto.

- Ha venido Ruperto? preguntó el jeneral en-

trando con Rodríguez.

—Sí, señor, ahí está, contestó un hombre cuya figura no alcanzó Rodríguez a distinguir á causa de la obscuridad.

-Sigame usted, le dijo el jeneral á Rodrí-

guez.

Y atrayesaron el patio, cuya vasta extensión no

guardaba armonía con el exterior de la casa.

En la pared del frente, San Martín abrió una pequeña puerta é hizo entrar á Rodríguez á una sala débilmente iluminada por dos velas de sebo que ardían en un candelabro de plaqué.

El jeneral se dirijió á un estante, lo abrió, sacó

un libro y se acercó á la luz.

-Aquí tiene usted, señor Rodríguez, dijo, ha-

ciéndole una indicación para que se acercara.

Sacó entonces de entre las hojas del libro un pedacito de papel con algunas palabras manuscritas, y lo presentó al joven.

-«Felipe del Castillo Albo», dijo éste leyendo

en voz alta.

-¿Conoce usted á este sujeto? preguntó San Martín.

-Es un español que reside en un pueblecito que hay á pocas leguas de aquí, en el camino de San Luis.

-Si; en Corocorto.

-Yo lo conocí en Chile en 1812. Era comerciante; y recuerdo que se ocupaba mucho de ciencias físicas y matemáticas, pues no carecía de alguna instrucción. Lo que más lo hizo notable durante su permanencia en Santiago fué su carácter firme y sostenido, su enerjía para declararse en público leal defensor de los derechos del rey de España, á pesar de hallarse organizado el Gobier-no nacional. Fué por esto y por los esfuerzos que hacía en favor de su causa, por lo que el jeneral Carrera lo desterró á Mendoza.

-Pues bien, si ahora reside en Corocorto, dijo San Martín, es porque yo lo he confinado allá para alejarlo de esta ciudad, donde le es fácil ponerse en comunicación con sus correlijionarios de Chile. Mas, también he cuidado de sacar partido prestijio de que goza entre ellos: durante algún tiempo he hecho que un amigo mío mantuviera, bajo pretextos insignificantes, una seguida correspondencia epistolar, y que reuniese todas las cartas. Yo he conservado éstas como un verdadero tesoro, y he aquí que ahora podrá usted aprovecharse de mi idea. Esta es la firma de Castillo Albo, recortada de una de sus cartas.

Y el jeneral señaló el pedacito de papel que había

dado á leer á Rodríguez.

-: Comprende usted mi idea? -No del todo, dijo el joven.

-Usted me ha dicho que no le faltarían medios de introducirse en los salones de Santiago y trabar relaciones con el Presidente Marcó y sus principales consejeros; y parece que el disfraz que usted pensaba adoptar era el de clérigo. Pues bien, aquí tiene usted diez cartas, una para Marcó y las otras para diferentes personajes de Chile, amigos

de Castillo Albo. En todas ellas se recomienda al portador, que es un clérigo de Buenos Aires llamado Jerónimo Pimentel. Usted se enterará del contenido de cada una para que sepa á qué atenerse. Todas van sin firma, porque Castillo Albo no ha querido exponerse á que lo descubran, pero le ha dado á usted su firma, que es muy conocida en Chile, para que haga constar la autenti-cidad de ellas. Por lo que hace al disfraz, allí tiene usted una maleta provista de hábitos de clérigo y de alguna ropa blanca. Ahí mismo encontrará usted una suma de mil pesos, y como nos hemos de estar comunicando frecuentemente por ese camino de veinticuatro horas que usted conoce en la cordillera, puede usted pedrme cuanto necesite. Sus compañeros serán: un soldado que ha sido asistente de Maruri y que ha hecho en Santiago ciertas proezas que han llegado hace poco á mis oídos...

-Un tal Ruperto, interrumpió Rodríguez son-

riéndose.

-;Lo conoce usted?

-Precisamente; y me parece muy bien.

-Me alegro. El otro es un mocetón araucano, recomendado por el mismo Ruperto como muy valiente y mortal enemigo de los godos.

Desearía que fuera ahora mismo.

-Pero faltan cabalgaduras ...

-Todo está listo: no tiene usted más que montar á caballo.

Rodríguez pensó en que sería feliz pudiendo ir á

saludar á Corina antes de partir, y dijo:

-Pero yo necesito proveerme de algunas otras cosas para mi disfraz: no basta vestir un traje; es preciso tratar de cambiar de fisonomía.

-Ya está previsto eso: en la maleta encontrará usted una variada colección de bigotes, patillas,

pelucas, cicatrices y lunares

-¡Tendré que pasar la cordillera sin cigarros!

murmuró el joven con tono de niño contrariado.

- -Ruperto debe haber hecho provisión de buen tabaco fuerte y suave, para que usted lo mezcle á su sabor. También ha de haber comprado hojas y papel.
- -Es mucha previsión la de su señoría! repuso Rodríguez lastimosamente.

San Martín se sonrió diciendo:

-Tenía yo razón al aprisionarlo ¡Qué habría sido de nuestro secreto en boca de mujeres!

-¿Luego su señoría cree que yo habría confia-

do á mis amigas nuestros propósitos?

-Por lo menos les habría usted dicho que le escribiesen á Chile. En fin, puesto que ya está usted en disposición de marcharse ahora mismo, vov á dar las órdenes para que carguen su equipaje, y mientras lo hacen, nosotros nos ocuparemos de cosas más importantes. Es menester que nos pongamos de acuerdo sobre las noticias que usted debe llevar á Chile de lo que hacemos en Men-

Y San Martín, como para evitar objeciones, sa-

lió á disponer lo que decía.

Vino Ruperto por la maleta preparada para Ro-dríguez, y mientras se aprestaban las cabalgadu-ras, el jeneral conferenció largamente con el joven dándole todas las instrucciones que creyó necesarias.

Una hora después salían de la casa en buenas cabalgaduras Rodríguez, Ruperto y el mocetón araucano de que había hablado San Martín. Tomaron el camino de la cordillera sin cambiar

una palabra en todo lo que quedaba de noche, hasta que al amanecer hicieron alto á la orilla de un torrente, para que bebieran los caballos.

Sólo ahí Rodríguez se fijó por primera vez en la fisonomía del araucano.

-¿De dónde has sacado este compañero? pre-

guntó el joven á Ruperto.

-¿Recuerda usted, señor, haberlo conocido en alguna parte? preguntó Ruperto, quitándole el freno á su caballo.

—Creo que su cara no me es desconocida; pero no puedo decir á punto fijo dónde lo he visto.

Y Rodríguez volvió á mirar con alguna fijeza al

araucano.

Venía éste vestido con el mismo traje que usan los indios de Arauco, es decir, con dos mantas, una que le cubría la parte superior del cuerpo y otra envuelta de la cintura abajo. El pelo suelto y desgreñado le caía en gruesas guedejas sobre los hombros y las espaldas.

Durante el examen de Rodríguez, se reía el araucano señalando la doble fila de pulidos, blancos y parejos dientes que adornaban su boca.

-¡Tú eres Antonia, la sirviente de doña Irene!
-Sí, señor ¡al fin me ha conocido! ¿Qué le parece á usted? ¿Estoy bien disfrazada?

-Pero ¿cómo es esto? ¿à qué has venido?

—Yo le diré à usted, señor. La cosa es muy fácil: el señorito... es decir, don Ricardo, hace tiempo que se ha ido para Chile.

-Todo eso lo sé. Adelante.

—Pues yo le encargué à Ruperto, cuando volvió de Chile en vez pasada, que si volvía à ir, no dejara de avisarme, que yo lo acompañaría... Temo mucho que el señorito haya vuelto à caer en las garras de ese endiablado San Bruno, que tanto nos dió que hacer à todos en Santiago...

-Es decir que Ruperto te avisó ayer que iba á

ir conmigo á Chile.

-No, señor, dijo el asistente. El jeneral me dijo ayer:

—«Esta noche tendrás que salir para Chile á llevar unas cartas.» Al momento me acordé del encargo de Antonia, y le dije:—«Mi jeneral, ¿podré llevar un compañero?»—¿Con tal que sea reservado y valiente como tú.»—«Yo respondo de eso, mi jeneral» le contesté lleno de orgullo al ver la buena idea que tiene de mí.—«¿Quién es él?» me preguntó.—«Un indio araucano», le respondí, pensando en que éste era un disfraz muy á propósito para Antonia.—«Está bien, me dijo; llévalo esta noche á la casa del coronel Las Heras, y le dices al portero que tú eres el hombre de que le he hablado.» Entonces me fuí á ver con Antonia y le previne que se alistrara para la tarde.

-¿Y has venido con permiso de doña Irene? le

preguntó Rodríguez á Antonia.

—Si, señor: quién mejor que ella puede tener interés en que le traigan noticias del señorito, y yo le he prometido no ponerme zapatos mientras no sepa de èl.

Rodríguez no pudo menos de reirse de aquel

singular voto; y luego dijo:

-¿Cómo ha quedado la señorita Corina?

—Algo triste por la prisión de usted, pues ayer estuvieron á ver al jeneral San Martín para conseguir su libertad, y él les dijo que no le era posible prometer nada, pero que trataría de hacer algo en favor de usted. Les previno también que usted estaba incomunicado por algún tiempo, y esto ha mortificado mucho á mi ama y principalmente á la señorita. Así fué que anoche, cuando salimos con usted, yo habría querido darme á conocer y pedirle permiso para ir á casa por un instante á llevar la agradable noticia de su libertad; pero como me pareció que usted venía de tan mal humor....

-No habría sido conveniente avisarles, dijo Ro-

dríguez.

Al mismo tiempo pensaba:

BBUD OF

-Bien lo hubiera yo deseado; pero es segure que San Martín nos ha hecho expiar toda la noche.

En seguida le dijo á Antonia:

—Antes de un mes volverás por acá. Ahora vamos á ver á un contrabandista que me ha servido de guía en otras ocaciones para atravesar la cordillera. Le ofreceré doscientos ó trescientos pesos porque no nos obligue á vendarnos la vista; como tiene por costumbre, y trataremos de hacernos cargo de un sendero misterioso que nos permitirá venir de Santiago á Mendoza en veinticuatro horas.

-si, señor quich major que, els parde tend. Interés en que le traigne noticies del señorito: v vo le la prometide ne ponemo vagasos nientes

- When the cue to to sectionity Corinal

sight prometer nada urro que trateita de incercal

ely coming out primise de primise de primise de primise de la comina del comina de la comina del comina de la comina de la comina de la comina del comina della c

sonsia oling on neurobali

securit an libertad, v di les

da ob souse on

CAPITULO VII

de la finale de la companya de la co and the second s sellen as less as a service sin the agent of the service and the property of the state o

EL EMISARIO DE CASTILLO ALBO ACTIONS TO SEE AND ALL OF THE SECOND SECOND

Hacía ya poco más de dos meses que el maris-cal don Francisco Casimiro Marcó del Pont se había recibido del Gobierno de Chile,

Envanecido con la importancia del puesto que ocupaba, debido tan sólo á las influencias de un ocupaba, debido tan sólo á las influencias de un hermano comerciante de Galicia, enriquecido en el contrabando y que había alcanzado gran valimiento en la corte del rei Fernando, llegó á creerse Marcó, en su ridícula vanidad, á una altura muy superior á la que en realidad ocupaba, «y hasta aspiró á asumir en Chile un rol muy semejante al de Fernando VII. Tomó de aquel monarca el aire exterior y los modales, y llevó su envanecimiento hasta imitarle servilmente los actos más insignificantes de la vida Sa la vaía signina ro insignificantes de la vida. Se le veía siempre ro-deado de cortesanos de gran parada, oyendo li-sonjas y hablando de sus grados y honores. En todos sus bandos, su nombre iba acompañado de una larga lista de títulos, La Gaceta de Santiago, para adularlo, llegó á decir que la fama los predicaba el más cumplido de los héroes».

Concluidas las fiestas de su recibimiento, el Presidente había visitado los hospitales y cárceles, para dar una prueba de su celo administrativo.

Su mayor placer era mostrarse en las calles y puntos más poblados de la ciudad, seguido de una

numerosa escolta y rodeado de favoritos. La Gaceta anunció que un día á la semana daría audiencia pública durante tres horas á todos lcs que la soliciten, nobles y plebeyos, sin distin-

ción de rango ni de fortuna.

Estas demostraciones le granjearon el aprecio de los chilenos: se creyó desde luego que el nuevo mandatario venía animado de las mejores intenciones para remediar los males que la guerra civil había causado. Esperóse que trataría de satisfacer los deseos de todos, suspendiendo los destierros, disminuyendo las contribuciones y cortando los mil abusos introducidos en el Gobierno de Osorio à título de reprimir las sediciones.

Pero muy pronto se dejó ver que todo aquello no era más que bambolla, y ni aún cálculo políti-co para hacerse de partidarios, pues Marcó no era capaz de formarse un plan de gobierno por sí

solo.

Rodeado de «una docena de españoles de baja extracción», se dejó llevar de sus pérfidos conse-jos, dictados por mezquiros intereses de partido, de adulo y de conveniencia, y abrazó el réjimen del rigor y de la intelerancia, adoptando medidas restrictivas y vigorosas contra los insurjentes, ó más bien, contra los chilenos en jeneral, aun cuando éstos pertenecieran al partido realista.

Todas sus demostraciones de beniguidad y dulzura desaparecieron en muy pocos días, y el redu-cido número de cortesanos que elojiaba sus actos gubernativos formó un círculo especial en la seciedad de Santiago, infetuándose con los favores del Presidente, al mismo tiempo que contribuía á todos sus desaciertes, aislándolo, por decirlo así, del resto de las jentes, de manera que todas las quejas y rumores públicos llegaran desvirtuados ó a lulterados á sus oídos.

Difícil y casi imposible era, pues, penetrar en este círculo de cortesanos, que confabulados por sus propios intereses, impedían que pudiera llegar hasta el Presidente algún intruso á soplar en su oído consejos que no estuvieran en armonía con las tendencias que ellos habían conseguido impri-

mir á su modo de gobierno.

Las audiencias habían llegado á concederse sólo en virtud de recomendaciones de los mismos favoritos, y nadie obtenía un puesto público sin su mediación; sistema que halagaba infinito á Marcó, pues era un vivo reflejo de lo que él mismo había observado en la corte de España, y lo colocado con más propiedad, respecto de sus súbditos á una distancia muy semejante á la que el rey guardaba con sus vasallos

Conocido esto, no debemos extrañar que muchos de los cortesanos, reunidos en una de las antesalas de palacio en una mañana del mes de Marzo, recibieran con cierta alarma la noticia de que un clérigo recién llegado de Mendoza, y que se decía estar en relación con los más encopetados personajes de la banda arjentina, solicitaba una au-

diencia de Marcó.

No hacía mucho que éste había permitido entrar á su alcoba á dos ó tres intimos cortesanos, que gozaban del privilejio de estar á su lado mientras

lo vestían los ayudas de cámara.

Esperando la hora de recepción, los de la antesala acojieron al clérigo anunciado, unos con muestras de gran curiosidad, otros con visible inquietud.

Los más osados se avanzaron á interrogarlo so.

bre el objeto de su venida de Mendoza y aún so-

bre lo que lo traía á ver al Presidente.

Mas, el clérigo, á pesar de que desde los primeros saludos se demostro muy cortés, poco esquivo y de un humor jovial y bastante accesible, llegado el caso de revelar el motivo de su permanencia en palacio, se sonrió con un aire malicioso que encantó á los circunstantes, y dijo:

-Tendré el may or placer en conseguir permiso de Su Excelencia para revelar á ustedes lo que

desean.

Esta respuesta dejó cortados á los curiosos, quienes se miraron entre sí con una expresión nada tranquilizadora para el forastero.

Los miró entonces èl candorosamente, y como

para borrar la mala impresión de sus palabras,

agregó:

-Traigo también algunas cartas para varios

personajes de Santiago.

El también indicaba que era otra su misión y más importante que la de un simple mensajero. No pasó esto desapercibido para los cortesanos.

—Aquí hay una lista, continuó el clérigo, sa-cando un papel de un breviario que traía en la mano y pasándolo al más inmediato.

Mientras éste lo desplegaba y todos se agrupa-

ban á su alrededor:

-Son los nombres, dijo el clérigo, de las personas para quienes traigo cartas.

El que había tomado el papel, leyó:

-«Señor Brigadier don Rafael Maroto, comandante del rejimiento de Talaveras».

-No ha venido hoy, dijo uno.

-«Señor vocal del Tribunal de Vijilancia y Seguridad Pública, don Manuel Antonio Figueroa».

-Yo soy, dijo al clérigo un estirado señor que hablaba en tono doctoral y que desde su llegada lo había mirado de reojo, con aire de menosprecio.

-Me alegro mucho de conocer á usted, contestó aquél inclinándose lijeramente.

-¿Dice usted que trae una carta para mí? pre-

guntó el miembro del Tribunal de Vijilancia.

-Eso he dicho, caballero. -En tal caso, démela usted.

El clérigo se sonrió complacientemente, con cl mismo aire de sencillez con que lo había hecho desde su llegada, y dijo:

-Voy á tener el honor de entregarle á usted esa carta, en cuanto reciba la venia de Su Exce-

lencia.

El estirado señor se puso rojo hasta las orejas. - Esas instrucciones ha recibido usted de la persona que me escribe? preguntó conteniendo apenas su mal humor.

-- Para mí no hay más instrucción que el buen

servicio del rey, dijo el clérigo afablemente.

El que tenía la lista continuó leyendo: -«Señor doctor don José María Luján».

-Yo, dijo otro de los presentes, volviéndose al clérigo, el cual le contestó con un cariñoso saludo.

-«Reverendísimo padre guardián de la Recoleta

franciscana, fray Francisco Quelez».

A ese tiempo se abrió una puerta de la antesala, y un ujier dijo en alta voz.

-Su Excelencia está visible para el señor pres-

bitero don Jerónimo Pimentel.

-Con el permiso de ustedes, caballeros, dijo el clérigo, tomando la lista de manos del que la leía.

Y saludando á todos con su eterna sonrisa de

sencillez y buen humor, entró en la sala vecina. El Presidente, parado junto á su mesa de trabajo, dejó algunos papeles que tenía en la mano y fijó los ojos con curiosidad en el clérigo, mientras éste se acercaba haciendo profundas reverencias.

- Trae usted un mensaje verbal del señor del Casullo Albo?

—Verbal y escrito, Excelentísimo señor. No be querido anunciar que trafa una carta, pórque me la habrían pedido para entregarla á Su Excelencia, y yo necesitaba ponerla por mi mismo en sus manos.

Y al decir esto, abrió el clérigo su inseparable breviario y presentó una carta para Marcó, el cual después de recibirla se fué á sentar á leerla en su sillón, dejando parado al clèrigo en la mitad de la sala.

Antes de enterarse del contenido, buscó el Presidente la firma al pie de lo e crito, y no hallándola, dije con expresión de asembro:

-Esta carta está sin firma!

—Así es, Excelentísimo señor. Mi amigo del Castillo Albo ha tenido que sufrir bastantes persecusiones de los insurjentes de Cuyo, y se ha hecho excesivamente precavido; ni aún ha querido escribir él mismo esa carta, porque su letra es conocida de las autoridades de Mendoza. En cambio, y para que Su Excelencia no dude de la autenticidad del mensaje, ha ocurrido á un arbitrio bastante injenioso.

Y el clérigo se rió, celebrando la buena idea de

su comitente.

Marcó se conservó en toda su gravedad esperan-

do la explicación de aquel arbitrio.

Abrió nuevamente el clérigo su breviario, y desgarrando dos hojas pegodas una con otra, sacó de entre ellas un pequeño papel con la firma de Castillo Albo.

—Aquí tiene, Su Excelencia, dijo presentándoselo. Si me hubieran sorprendido con la correspondencia de que soy portador, nadie habría podido saber de quién era, y si me hubiera visto yo en la precisión de arrojar esa carta y otras que traigo, me habría quedado la firma de mi amigo para presentarme á Su Excelencia.

—Está muy bien pensado, dijo el Presidente. Y se puso á leer la carta con la mayor complaencia.

Decia:

«Excelentísimo señor:

«Las infinitas astucias de que se valen los insurjentes de este lado para expiar nuestros más inocentes pasos, me han estorbado por mucho tiempo el deseo de enviar correspondencias á Chile para tener al corriente á Su Excelencia de cuanto se hace por acá, contribuyendo así en algo al servicio de nuestro muy amado rey y señor don Fernando VII.

«Una preciosa casualidad me ha puesto en relación hace pocos días con el muy honorable presbítero don Jerónimo Pimentel, acérrimo sostenedor de nuestra causa que ha hecho proezas en las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Cuyo, organizando famosas guerrillas que han mortificado grandemente á nuestros enemigos y que habrian concluido por desbaratarlos si hubiera contado con mejores auxilios».

Marcó interrumpió su lectura para mirar al clérigo, y haciéndole en seguida un ademán de que

se sentara, continuó:

«El es el pertador de ésta, y me basta decir en su elojio que ha hecho juramento público y solemne en los templos de San Luis, de no ejercer sus funciones sacerdotales mientras no vea enarbolado el pabellón español en las torres de Buenos Aires.

«Las persecuciones que ha sufrido lo obligan ahora á pasar á Chile con la esperanza de que sus trabajos en ésa no serán infructuosos para robustecer y consolidar el Gobierno del orden y pe-der más tarde traer á estas provincias el auxilio que necesitamos para abatir á nuestros enemi-

«El podrá dar á Su Excelencia noticias minuciosas de cuanto ha sucedido y sucede por acá, lo cual me excusa de consignar aquí dato alguno, con la seguridad de que él lo hará con un tino

superior al mío.

«La contestación de ésta y cuantas órdenes quiera comunicarme Su Excelencia, bastará que las ponga en manos del señor Pimentel para que lleguen á las mías. Es hombre de poderosos re-cursos de imajinación para burlar á nuestros enemigos, y podrá Su Excelencia confiarle las comisiones más delicadas, con la seguridad de que serán desempeñadas cumplidamente.

«Sin más, por ahora, tendré á honor el que Su Excelencia se digne recibir ésta como la expresión más sincera del respetuoso afecto que me inspira la distinguida persona de Su Excelencia».

El Presidente se levantó y alargó la mano al clérigo, ó más bien á Rodríguez, pues no es éste un misterio para el lector.

-Sea usted muy bien venido señor Pimentel, le dijo cariñosamente. ¿Con que es decir que las co-

sas marchan muy mal por allá?

-Peor que nunca, Excelentísimo señor.

Pero siéntese usted, repuso Marcó, pues Ro-dríguez se había quedado de pie después de salu-darlo. Por qué dice usted que las cosas están peor que nunca?

-¡Ah; señor! ese desarmado de San Martín es el más temible enemigo de Su Excelencia!

- Ya lo presumía.

—Se le ha puesto entre ceja y ceja la idea de apoderarse de Chile, y llega hasta desentenderse

adelante del estado de su propio país por llevar su empresa.

Una visible palidez cubrió el rostro de Marcó.

—Pero, dijo, es muy difícil que reuna los recursos que necesita para poder pasar la cordillera. ¿De dónde sacaría un ejército bastante numeroso para dominar las fuerzas que podríamos oponerle?
—¡Cá, Excelentísimo señor! tiene seis mil ó sie-

te mil hombres de todas armas en su campamento

de Mendoza.

El Presidente abrió tamaños ojos.

- -; Seis mil ó siete mil! exclamó; ;pero eso es imposible!
- -Sin contar, añadió flemáticamente Rodríguez, que goza de un poderoso influjo en el Gobierno de Buenos Aires, y mediante ól ha conseguido que se aumenten de una manera considerable las fuerzas de la escuadra que ha venido á expedicionar á estos mares.

De manera que por mar y tierra...
Por todas partes, Excelentísimo señor, piensa atacar á Chile.

-Felizmente, estamos en Marzo, y se acerca la época de las nieves.

 Sin embargo, no respondo yo de que de un momento á otro, no mueva toda su jente.
 Fuerza será tomar desde luego algunas precauciones. Los boquetes de la cordillera están guardados; pero será preciso concentrar el ejército en ellos.

- ¡He ahí una medida acertada!

-Y reforzar la guarnición de los puertos, con-

cluyó el Presidente.

-¡Magnífico! exclamó Rodríguez, como admirado de la facilidad con que Marcó zanjaba el peligro.

-Además, continuó éste encantado de la admi-

ración de que era objeto, trataremos de formar una escuadrilla para batir la de los insurjentes.

-¡Oh! es cuanto se puede desear!
-Pero... dijo Marcó, hay una dificultad.

Rodríguez manifestó en su semblante la mas viva alarma.

-Dos dificultades, agregó aquél.

-; Insuperables?

-Va usted á juzgar: la una es la falta de dine-

ro para armar la escuadrilla ...

-¡Dinero! exclamó Rodríguez. Pero una contribución, Excelentísimo señor... En estas circunstancias, nada más justo que el pueblo contribuya á su propia defensa.

Pero el caso es que ni aún se ha podido cobrar la contribución mensual, porque nadie tiene con

-¡Oh! si Su Excelencia hiciera lo que hace ese tiranuelo de San Martín, ya vería repletas las ar-

cas del reino.

-¡Qué es lo que hace? -Embarga cuanto tienen los contribuyentes morosos; les pone, en sus propias casas guardias que deben ellos mismos alimentar y que tienen instrucciones para mortificar por todos los medios posibles á los deudores, de manera que, hostigados, al fin estos hacen cualquier sacrificio por reunir el dinero que les corresponde pagar.

—¿Sabe usted que eso me parece muy bien para

ensayarlo con algunos insurjentes? por más que

algunos pretendan pasar por realistas.

-Y tenemos aquí unos soldados excelentes para montar esas guardias á domicilio. No sé si usted ha oído hablar de los Talaverss.

-¡Como no! mucho, muchisimo! ojala hubiera tenido Buenos Aires un rejimiento como ese! no se hallaría ahora en poder de los insurjentes.

—Pues voy á emplearlos en recaudar la contri-

bución en Santiago, y la é órden para que procedan de la misma manera en todo el reino. Me gusta el expediente que usuel me indica, y veo que no en vano el señor del Castillo. Aibo hace tan buenas recemendaciones de ust d.

Excelencia no puede uno menos de sentirse lleno

de las mejores intencicnes.

Marcó se arrellenó en su sillón, enteramente

complacido.

- —La otra dificultad a que se referia Su Exce-
- -Ah! esa es más grave. Me refiero á la concentración del ejército. El caso es que para hacerlo habría que desguarnecer las provincias, y
 exponerse á que surjan motines de insurjentes ó
 á que las horuas de bandidos y algunas montoneras que puluian en el sur, cobren más brío con la
 impunidad de sus fechorías. Al presente hay una
 respetable parte de mi ejército empeñada en dar
 caze á los maihech res.

-Tiempo perdido! dijo Rodríguez.

- Perdido! ¿cómo a i?

- En vez de perse air á esas jentes, valía mucho más atraorlas á un buen camino, como lo hice yo en Entre-Ríos y Corrientes en compañía de Artigas
- -¿Cómo ha sido eso? preguntó con interés el Presidente.
- Del modo más sercilio. Nos bastó proponerles que se adhirieran á ruestro partido, y que los dejaríamos en libertad de hacer sus depredaciones en los campos de los insurjentes, obligándose ellos á auxiliarnos contra las guerrillas de éstos, cada vez que lo necesitáramos.

- Oigan! pues es injenioso el partido!

-Yo le respondo à su Excelencia del buen éxito en Chile. El ejército dejaría de fatigarse en

esas improbas corrrerías, y las montoneras serlan destruidas por los mismos bandidos, quienes, cumpliendo sus promesas, quedarían en libertad de enriquecerse con los bienes de nuestros mismos enemigos. Además, contaríamos así, para un caso dado, con un refue zo de jente arrojada y dispuesta á la lucha, en caso de que San Martín se resuelva venir á Chile por Chillán, como muchos lo asegu-

-¡Pero cree usted poder obtener de los bandidos todo eso que usted dice?
-Sí, señor! yo sé lo que son esas jentes, y me encargo de obtenerlo. Ahora, por lo que hace á los temores de una insurrección en los pueblos, bastaría, para alejar todo temor, que Su Excelencia se dignara adoptar ciertas precauciones.

-Muchas hemos adoptado; pero el caso es que la principal es tener el ejército sobre las armas, velando en cada pueblo por el órden público.

-Eso es un mal. Si los insurjentes carecieran de armas, de caballos y de facilidades pera co-municarse unos con otros, ¿habría posibilidad de que pudieran amotinarse?

Rodríguez se iba animando cada vez más en su papel de consejero, al ver le facilidad que encontraba en el Presidente para aceptar sus indicacio-

nes como si fueran dictadas por un oráculo.

Pero era que Marcó carecía completamente de inventiva, y estaba acostumbrado á dejarse guiar por sus cortesanos, adoptando sus ideas al menor viso que tuvieran de practicabilidad principalmente si tendían á tiranizar á los insurjentes.

-Por desgracia, dijo Marcó, no hay medios de desarmar á nuestros enemigos, ni de impedir que se pongan en relación unos con otros, de pueblo á pueblo y aún en los campos, que es donde principalmente orgaizan sus conspiraciones. —El remedio es muy sencillo, observó Rodríguez. Si se prohibiese bajo una gruesa pena pecuniara el que nadie pudiera alejarse de las ciudades sin un pasaporte de la autoridad, y se mandase hacer un rejistro en todas las casas para recojer las armas, ordenando al mismo tiempo la entrega de todas ellas á las autoridades, se ganaría mucho terreno.

---Ya se me había ocurrido eso, dijo Marcó para darse aires de que la idea no lo tomaba de nuevo.

A este punto se abrió la puerta de la sala, y un militar de tez pálida, de rostro ceñudo y poblado de espesas patillas negras, asomó la cabeza silenciosamente.



rounded and the arministration of the company are una

CAPITULO VIII

EL FAVORITO DE MARCÓ

-Bien venido, señor capitán, dijo Marcó al ver

al oficial, haciéndole señas de que entrara.

-¡El capitán San Bruno! pensó Rodríguez; he aquí el lance más difícil. Si este hombre no me reconoce, lo demás es tortas y pan pintado. El oficial lanzó una aviesa mirada al clérigo, y

se adelantó con gran mesura.

Traía bajo el brazo un gran legajo de papeles, que colocó sobre la mesa del presidente.

-¿Qué es eso? rreguntó éste. -Son los sumarios instruidos en la semana pasada, y en estado de recibir sentencia.

—¡Vienen informados por el tribunal? preguntó

Marcó.

-Si, Excelencia, y en la jeneralidad de ellos nos hemos inclinado á aplicar la pena de trabajos forzados en el Santa Lucía.

-Muy bien: quiero que esos trabajos marchen con toda presteza, dijo Marcó dando una furtiva mirada á Rodríguez.

—Ya hay cincuenta y tres reos trabajando.
—¿En qué se ocupan ahora?

-Desmontan la parte que ha de ocupar el castillo.

-¿ Ouándo le parece á usted que se podrán co-

menzar los trabajos de albañilería?

-Algo hay que esperar, Excelencia. Ha tocado picar en la roca viva y los presos no trabajan de buena voluntad. Pero ya he dado orden de irles á la mano.

El presidente se volvió á Rodríguez, que se mantenía en actitud indiferente mirando los tallados y

molduras del cielo de la sala.

-No nos dormimos, como usted ve, señor Pimentel, le dijo con una afabilidad que llamó la atención de San Bruno.

-: Creo haber oido que se trata de unas fortifi-

caciones?

-Sí; es una magnífica idea sujerida por este caballero, á quien tengo el gusto de presentar á usted.

Rodríguez se levantó.

El señor capitán San Bruno, agregó Marcó. presidente del tribunal de vijilancia y seguridad pública.

Rodríguez saludó con la cabezá, sonriendo cari-

ñosamente.

-El señor presbítero don Jerónimo Pimentel, leal defensor de su majestad el rey Fernando, y emisario del señor del Castillo Albo.

San Bruno hizo también un movimiento de ca-

beza, pero sin desarrugar el entrecejo.

- Es algún puerto el que trata de fortificar el

señor? preguntó Rodríguez.

-Nó; se trata de una fortificación en el cerro de Santa Lucía. silas eira cira direit corrett con rein

Rodríguez hizo un jesto que quería decir: «no

sé qué cerro es ese».

- Verdad que usted no es de aquí. Santa Lucía es un cerrito que tenemos casi en el centro de Santiago. Ya usted lo verá. Estamos construyendo un castillo que domine á toda la ciudad, para poder defenderla en caso de un ataque ó de un motín.
- -Oh! oh! hizo Rodríguez mirando con admiración á San Bruno. ¡Es verdaderamente una gran idea! Tengo el gusto de felicitar á usted, señor capitán.

San Bruno se inclinó levemente.

-¡El señor presbítero viene de Mendoza? preguntó.

-Sí, señor; de Mendoza. He llegado esta ma-

hana.

-¿Ha pasado usted la cordillera per Uspallata? El tono que empleaba San Bruno se asemejaba

mucho al de un juez que interroga.

—¡Bah! dijo Rodríguez. Si hubiera yo intentado hacer semejante desatino, me hallaría á estas horas en manos de ese ogro á quien llaman San Martín.

-Ha tomado usted sin duda algún otro boque-

te de la cordillera, insistió San Bruno.

-Pero todos los boquetes están guardados, ob-

servó elP residente.

---Sí, excelentísimo señor, y por eso me extraña, dijo Rodríguez riéndose, que el señor capitán homres de buenas ideas, no discurra que para pasar la cordillera ocultamente, es preciso buscar senderos extraviados y que seau poco conocidos.

---¿Hay senderos extraviados en la cordillera? pre-

guntó San Bruno.

---Sin duda alguna, puesto que me hallo aquí sin más novedad que el de algunas magulladuras en el cuerpo, pues abundan los pasos peligrosos, y en muchas partes tiene uno que echarse á rodar por la nieve, con riesgo de romperse las costillas contra algún risco.

-Se necesita arrojo para eso, dijo Marcó.

-Fuera de los precipicios, continuó Rodríguez alegremente, en que se expone uno á romperse la crisma, por más que la tenga doble como vo á

causa de mis órdenes sacerdotales.

Y concluyó su frase con nna festiva risa que el Presidente secundó de muy buena gana, pero que San Bruno acojió con un jesto de extrañeza, co-mo admirado de que un advenedizo se tomara aquella libertad delante de Su Excelencia.

Rodríguez adivinó cuanto pasaba en la mente del capitán, y para no quedarse atrás en cuanto á

preguntas, dijo formalizándose de repente:

-¿El señor es presidente de un tribunal?

San Bruno guardó silencio.

-Del Tribunal de Vijilancia y Seguridad Pú-

blica, se apresuró á decir Marcó.

-De Vijilancia y Seguridad Pública, repitió Rodríguez recalcando las palabras. Esa es alguna

institución nueva en el país?

--- Ha sido una idea mía, respondió pavoneándose el Presidente. Es un Tribunal encargado de velar por la tranquilidad públic, de evitar todo conato de revolución, de vijilar las reuniones sospechosas, las conversaciones sobre asuntos de Gobierno, y de impedir toda comunicación con las

provincias del Plata

--- Eso es muy bueno!... Ah, ya caigo! por eso era que el señor San Bruno me interrogaba con tanto interés acerca del camino que he seguido para venir á Chile. ¡Pues ahí es nada! Yo he burlado la vijilancia de ese respetable Tribunal, pues he llegado hasta la misma Cámara de Su Excelencia sin que nadie haya apercibido que ve-nía de Mendoza, hasta que yo mismo lo he dicho. ---En efecto, no se me había ocurrido, exclamó

el Presidente.

--- Cuántos enemigos harán lo mismo, á despe cho de la vijilancia del Tribunal! repuso se ntencio samente Rodríguez.

San Bruno le lanzó una iracunda mirada, y se

volvió á Marcó diciéndole:

---; El señor ha traído cartas de Castillo Albo?

---Y que lo favorecen bastante. Pero no varie-mos de conversación; vamos á ver, señor capitán, ¿qué dice usted acerca de eso? ¿con que es ver-dad que los insurjentes pueden comunicarse por la cordillera? Mire usted que yo estaba tranquilo á este respecto.

El semblante de San Bruno se puso más sombrio que de ordinario, y se retorció las puntas del bigote sin hallar qué decir.

--- No le haga cargos por esto, Excelentísimo sefior, dijo Rodríguez, interviniendo con gran solicitud. No sería yo digno de las recomendaciones de mi amigo del Castillo Albo, ni de la confianza que ha hecho en mi al darme sus cartas y su firma, si no fuera capaz de hacer algo de provecho. Es-toy seguro de que el Tribunal de Vijilancia desempeña bien su cometido.

--- Y sería extraño que no lo desempeñara, pues creo haberlo revestido de bastante autoridad para

hacerse respetar.

El Presidente finjía más severidad que de costumbre, para dar á Rodríguez mejor idea de sí mismo.

---Yo desafío á cualquiera, continuó el joven, á que haga el camino que yo he hecho.
---Le creo á usted, señor Pimentel, y gracias á eso me tranquilizo. A propósito, capitán San Bruno, haga usted extender un decreto ordenando que, en el término de quince días, todes los habi-tantes de Chile entreguen à las autoridades de provincia, y eu Santiago al comandante de Tala-veras, las armas de fuego, sables y dagas que po-sean, quedando encargado el Tribunal de Vijilancia de mandar practicar visitas domiciliarias para asegurarse del cumplimiento de esta orden.

Para cualquier otro que no fuera Redriguez, habría pasado desapercibido el efecto que causaron

en San Bruno las palabras del Presidente.

Pero él notó en los más sutiles movimientos de sus ojos y de su fisonomía, que adivinaba que esa orden no había sido concebida por Marcó, sino

aconsejada por el mismo Rodríguez.

--- Bueno! se dijo éste, veo que te mortifica el que haya otro consejero que tú. Somos, pues, rivales que nos disputamos el favor de Su Excelencia.

--- Nada más tiene usted que decirme, capitán?

preguntó Marcó.

---Sí, Excelencia, pero será más tarde, dijo San Bruno indicando, con una mirada que le estorbaba la presencia de Rodríguez.

--- Hable usted no obstante; el señor es de con-

fianza.

Rodríguez se inclinó para dar las gracias.

--- El sarjento Tejeros ha llegado de su comisión á Talca, dijo San Bruno con un tono en que Ro-Jríguez percibió los esfuerzos que hacía para disimular su despecho.

--- Y qué dice? preguntó Marcó.

-- Ha descubierto las guaridas del bandido Neira, y sólo habría que darle la fuerza necesaria para cortarle la retirada y...

-Es inútil ya eso, interrumpió el Presidente

con fatuidad. He resuelto otra cosa.

El capitán se quedó cortado.

-¡Ha resuelto su Excelencia dejar impune los

delitos de esos bárbaros!

-Voy á tomar un partido mejor, de más utilidad. Por otra parte, necesito ahora de mi ejército. Sabe usted que can Martin tiene siete mil hombres sobre las armas? y que de un momento á otro puede pasar la cordillera?

- Es el señor el que trae esa noticia? dijo San Bruno indicando á Rodríguez con una mirada de

menosprecio.

-El es, dijo con seguridad el Presidente, como para disipar toda duda acerca de la veracidad de la noticia. Y ya usted comprende, agregó, que será menester reunir desde hoy mismo toda la fuerza posible en los boquetes de la cordillera, para lo cual voy á dar ahora las órdenes convenientes.

San Bruno movió la cabeza como si no hallara

nada que decir.

Iba ya á retirarse; pero deteniéndose en la puerta, dijo:

—Los despachos de alférez que Su Excelencia había prometido al sarjento Tejeros para cuando volviera de Talca ..

-Hágalos usted entender.

San Bruno salió.

Rodríguez decía en sus adentros.

-¡Qué mejor principio puede desear! en una hora he subido más arriba que San Bruno en dos meses. ¿Y cuidado que el capitán, según dicen, es el brazo derecho de Su Excelencia! Oh! cómo va á alegrarse San Martín cuando le avise que estoy de favorito del Excelentísimo señor Presidente y mariscal, don Francisco Casimiro Marcó del Pontt

CAPITULO IX

LOS PASAPORTES

Luego que salió San Bruno, Marcó se paró de su sillón restregándose las manos y diciendo:
---Me alegro de que usted haya conocido al me-

jor de mis servidores.

Rodríguez se paró en cuanto lo hizo el Presidente, calculando cuánto le debían halagar las etiquetas que lo parangonaban con los personajes reales.

--- El capitán San Bruno, continuó Marcó, me ha ayudado bastante en la difícil tarea de dominar á los insurjentes. No se hallaría otro más á propósito para el cargo de presidente del Tribunal de Vi-jilancia. Es admirable el celo con que sirve: no hay día que no haga apresar veinte ó treinta insurjentes.

---Oh! eso es muy bueno! dijo Rodríguez, y Su Excelencia debería premiar tanto celo.

—He pensado en hacerlo sarjento mayor de ta-laveras. Pero no será ahora: aguardaremos unos

días. Cuando se presente la oportunidad de algún servicio importante.

---Volvió á abrirse la puerta de la antesala, y un

ujier dijo:

-- El perfumista de su excelencia.

---Es verdad que le había dicho que viniera hoy por la mañana. Que éntre.

Rodriguez hizo ademán de retirarse.

---Nó, señor Pimentel; no es necesario que usted se retire. Aúa tenemos que hablar.

El personaje anunciado entró.

Era un hombre vulgar, de fisonomía española, entrado en años, muy halagüeño y esmeradamente vestido.

Traía en la mano una cajita de ébano de Portugal con incrustaciones de plata; dijes poco comunes en Chile por aquella época y cuyo gusto despertó Marcó en la sociedad sautiaguina, junto con el del lujo, la ostentación y las regalías domésticas.

-.. Al fin ha provisto u ted mi caja, dijo el Pre-

sidente con aire de satisfacción.

-Era preciso, Excelentísimo señor, tomarse algunos días para purificar la pomada de rosa para las uñas que tuve el honor de anunciar á Su Excelencia.

-Ah! bueno! la probarémos. ¿Qué más viene

aqni?

El perfumista presentó abierta la caja.

—Hay aquí, excele temo como diferentes aguas de olor de las que ya conoce su Excelencia, y además la de la empe atriz Josefina y la del principe Fernando, que sóm um has llegado en la última remesa que he recivido de España.

- ¿Y opiatas para los lanio ? Ya sabe usted que la que me trajo en las pasades no está a mi gusto: ni aun sirve e o para los dientes, pues no tie-

ne la fragancia de las que traje de España.

-Aquí encontrará su Excelencia todo lo que

desea: los pomos y botes vienen rotulados, y hay una colección abundante.

Marcó levantó algunos pomos, leyó los rótulos,

y al fin dijo:

-Está bien: ensayaremos. Entregue usted eso á uno de mis ayudas de cámara.

El perfumista se retiró haciendo profundas reve-

rencias.

Rodríguez había permanecido de pie, como el Presidente, durante la escena anterior.

-Siéntese usted, señor Pimentel, le dijo éste,

acercándose también á su sillón.

Rodríguez esperó á que él lo hiciera y en seguida obedeció.

El Presidente se manifestaba cada vez más com-

placido.

Extrañará usted, señor Pimentel, dijo, que yo permanezca tan tranquilo después de las alarmantes noticias que me ha dado.

-Su Excelencia tiene la sangre fría de los

grandes militares.

—Pero ahora, repuso Marcó sin rehusar la lisonja, no hay motivos para inquietarse, gracías á los medios que hemos acordado. Voy á hacer un apunte de ellos para no olvidarlos.

-¡Quiere Su Excelencia que yo escriba?

-Oh! tanto mejor! la pluma me fastidia: casi

siempre me entinto los dedos.

Rodríguez aproximó una silla á la mesa. Con su sagacidad ordinaria, no perdía un solo rasgo del carácter de Marcó, y cobraba bríos á medida que se iba posesionando de su capacidad y de sus inclinaciones.

-Tenemos ya, dijo el Presidente, la colecta de armas, que está ordenada. Eso no hay que apun-

tarlo.

Redriguez habia tomado una hoja de papel.

- Principiaré por los pasaportes, dijo entintando una pluma.

--- Eso es: prohibición absoluta de alejarse más de cindo leguas de las ciudades, sin pasaporte fir-mado por mí en Santiago ó por las autoridades superiores en las provincias.

Rodríguez escribió.

--- Segundo, dijo el Presidente. ¿Qué otra cosa?... Ah! órdenes para reunir el ejército en los boquetes de la cordillera. Escriba usted eso solamente; yo veré qué cuerpos se han de mandar á los distintos puntos.

-Ya está. Excelentísimo señor.

-Tercero...

--- Medios de compeler al pago á los contribu-

yentes morosos, dijo Rodríguez.

- --- Cabal. Escribalo usted ... Cuarto. Reforzar la guarnición de Valparaíso con las milicias de Qui-llota y Casa-Blanca... Quinto... Creo que no hay otra cosa.
- --- En este momento, dijo Rodríguez se me ocurre una medida que talvez sea el agrado de Su Excelencia.

---; Cuál?

---Poner una horca en la plaza con un letrero

que diga: «Para los insurjentes».
---;Oh! De veras! Eso es magnífico. Apúntelo usted. Haremos extensiva la medida á las ciudades del sur.

--- Qué otra cosa, señor?

--- Nada más por ahora. Creo que harto hemos hecho para ser ésta nuestra primera entrevista. ¿Cuándo podremos escribirle al señor del Castillo Albo? Ardo en deseos de darle las gracias por el buen servidor que me proporciona.

--- Oh! señor! Su Excelencia me avergüenza?

-No diga usted eso, yo sé lo que digo. Me basta ver á un hombre para juzgarlo; y con mucha más razón puedo estar satisfecho de asted, que me ha dado pruebas de su habilidad.

Rodríguez se inclino, como si estuviera confundido con tantos elojios.

---Ahora, dijo el Presidente, es preciso que nos ocupemos de su alojamiento en Santiago.

--- Es inútil, señor, pensar en eso, pues debo partir hoy mismo para el sur, si Su Excelencia lo cree conveniente.

--- Luego no descansa usted de las fatigas de

su viaje por la cordillera?

- —Señor, cuando se trata del servicio del Rey, no hay fatigas para mí. Veo que para desguarnecer las provincias del sur con la presteza que se requiere, es preciso apresurarse á tratar con los bandidos.
- --Tiene usted razón, y le agradezco altamente su celo, del cual no dejaré de hablar en las primeras notas que dirija á España.

---¡Oh, señor! Su Excelencia me colma de hono-

--- No hago más que lo que usted merece.

--- Antes de irme, señor, dejaré en manos de Su Excelencia las cartas de Castillo Albo que traigo para varias personas de Santiago. Y como la misma firma sirve para todas, Su Excelencia tendrá á bien hacerla valer al entregarlas á las personas á quienes vienen dirijidas.

-Ahora, señor, sólo me resta pedir á Su Excelencia un pasaporte para mi viaje, pues no creo alcanzar à volver antes que se dicte el decreto que los establecerá, y podría verme detenido en

el camino.

-Tiene usted mucha razón; veo que usted lo prevé todo, y esto me hace descansar en el buen éxito de su misión.

Al decir esto, el Presidente sacó de una carpeta varias hojas de papel con el sello del Gobierno de Chile, y pasándole uno á Rodríguez, le dijo:
—Usted mismo se servira extender el pasaporte.

Rodríguez se sentó á la mesa y tomó la pluma.

La hoja de papel tenía un encabezamiento en

letras de molde que decía:

Don Francisco Casimiro Marcó del Pontt, Anjel, Díaz y Méndez, caballero de la orden de Santiago, de la real y militar de San Hermenejildo, de la Flor de lis, maestrante de la real de Ronda, benemérito de la patria en grado heroico y eminente, mariscal de campo de los reales ejércitos, superior gobernador, capitán jeneral, presidente de la real audiencia, superintendente, subdelegado del jeneral de real hacienda y del de correos, postas y estafetas y vice patrono real de este reino de Chile, etc.

Rodríguez se sonrió interiormente al leer esta retahila de títulos, y esperó que el Presidente le dictara lo que había de escribir al pie de lellos.

Dió algunos paseos Marcó, en actitud medita-bunda, y al fin dictó lo que sigue: «El señor presbítero don Jerónimo Pimentel, portador de esta orden, puede circular libremente por el país.—Dado en la sala de mi despacho a 10 de Marzo de 1816».

El Presidente firmó, y le dijo á Rodríguez:

—¡Tiene usted caballo para el viaje?

-Nó, Excelentísimo señor.

- -Yo haré que le preparen uno de los de mis pesebreras. ¿Quiere usted que lo acompañen algunos soldados?
- -Nada de eso. Para inspirar confianza á los bandidos necesito ir solo. Cuando más, llevaré un hombre del pueblo, que contrataré en la posada del príncipe de Asturias, donde tengo mi maleta.

- Entonces daré orden de que le lleven al'á

el caballo

-Muy bien, Excelentísimo señor...

-Ahl una idea me ocurre...

-No puede menos de ser buena.

-¿No sería conveniente que llevara usted algún

documento autor za lo con mi fi ma para hacerles ver á los bandidos que va en mi nombre á cele-

brar tratos con el os?

-Nada más razonable, Excelentísimo señor. Y aún creo que ser a muy conveniente que Su Excelencia me diera algunos pasaportes en blanco para llenarlos con el nombre de cada u. o de los jefes de banda que se sometan á nuestras condiciones. Esto valdrá mucho para ellos: será un verdadero estímulo que me allanará todas las dificultades.

-Pues bien, extienda usted diez pasaportes y en seguida le dictaré el documento que accedite su misión.

En media hora de trabajo. Rodríguez hizo todo esto, y se despidió en seguida de Su Excelencia ofreciendo estar de vuelta de Talca antes de un mes, para ver el modo de enviarle á Castillo Albo la contestación de sus cartas.

me all constants had abrest at all average and access to

ear los cue teries sucerieres enante. Rudrigue a



with the state and there are of the deal of the state of

and consignate legical legical charge about a man and an analysis of the legical sections and the legical consistency are a section of the legical sections.

CAPITULO X

CUATRO INSURJENTES

Serían las cuatro de la tarde del mismo día en que se verificaron las escenas que hemos referido en los capítulos anteriores, cuando Rodríguez, vestido siempre de clérigo y jinete sobre un hermoso caballo alazán, cuyo pelo lustroso y cuyas ancas redondas y partidas denotaban el esmero con que era cuidado y mantenido, entró á una casa-quinta de la Cañadilla, á donde ya hemos conducido dos veces al lector: la primera, para derle é conocer lo que valés una vigita de Neira darle á conocer lo que valía una visita de Neira, y la segunda, cuando aquel oficial insurjente, don Ramón Picarte, vino por encargo del mayor La Fuente, á ver al joven Ventura Lagunas para que les proporcionara un mensajero con quien enviar sus cartas á San Martín.

No hizo más que entrar Rodríguez al patio; y acudir Ruperto, devorando con tamaños ojos el hermoso caballo alazán y sus magnificos avios.

Pero debemos advertir que el aspecto de Ru-

perto había sufrido una considerable transformación, gracias á un traje perfecto de campesino chileno y á unas patillas enmarañadas que cubrían la parte inferior de su cara, amén de una profunda ciestriz que cruzaba su mejilla derecha.

-Oh! señor! qué caballo tan precioso trae usted!

exclamó Ruperto al acercarse á Rodríguez.

-Es un regalo que me acaba de hacer mi amigo Marcó del Pontt, dijo Rodríguez con afectada indiferencia y echando pie á tierra.

El asistente juntó las manos con profunda ad-

miración.

Al mismo tiempo, tres jovenes salieron de una pieza inmediata, atraídos por el ruido de los herrados cascos del caballo en el pavimento de piedra. Eran: La Fuente, Picarte y Lagunas.

-Hola! exclamó el primero, ¿cómo ha ido?

-Perfectamente, contestó Rodríguez caminando hacia ellos, mientras Ruperto exclamaba:

-¡Regalo de su amigo el señor Presidente!

-¿Cómo? qué? preguntó Picarte ¿De quién es ese caballo?

-Digo que mi amigo Marcó se ha empeñado en regalármelo, dijo Rodríguez riéndose.

-Diablo! ;cómo ha sido eso?

Nuestro joven se encojió de hombros.

—Estamos á partir de un confite, dijo.

-A ver; cuéntenos usted, dijeron los jovenes

haciéndolo entrar al cuarto.

-En dos palabras está todo dicho, dijo Rodríguez sentándose y quitándose el sombrero. El nombre de Castillo Albo me ha abierto todas las puertas, y el Presidente es un infeliz que no sabe dónde tiene las narices.

-¿Y al capitán San Bruno lo ha visto usted?

preguntó La Fuente.

Ruperto, cuyo primer cuidado había sido atar el caballo á un poste, se apresuró á venir á escuchar desde la puerta lo que decía Rodríguez.

En atención á sus servicios y á la habilidad de que había dado pruebas, le permitía éste ciertas libertades, y lo dejaba instruirse en todos sus pro-

yeutos.

El capitán San Bruno, repuso Rodríguez sencillamente, me ha sido presentado por Marcó; le ho echado una buena peluca por lo mal que guarda la cordillera, y gracias á que tuve lástima de él y traté de disculparlo, que si no, habría tenido que sufrir un castigo por su falta.

-¿De veras? dijeron todos.

Ruperto se tomó la cabeza á dos manos para denotar su admiración. Desde el lance del cementerio, en que fué enterrado vivo, no había para él hombre más terrible en el mundo, que el feroz

capitán de Talaveras

Lo que digo, señores, continuó Rodríguez, San Bruno me debe ese servicio; pero como es tan mal agradecido, en vez de granjearme con esto su amistad, me he atraído su odio, y ha salido del despacho de mi amigo Marcó echando chispas de furor.

-¿Conque es decir que no lo ha reconocido á

usted?

-¡Claro está!... Sólo una cosa he notado, y es

que me miró mucho los lunares.

-Eso es natural, dijo La Fuente: siempre que álguien tiene una cosa notable en la cara, se va á ella la vista de los que lo miran.

-Eso he creído yo, pues la menor sospecha que hubiera despertado en ese hombre me habría sido

atal

-Pero veamos cómo se ha arreglado usted con

el Presidente, dijo Picarte.

-Ahí le he dejado unos cuantos apuntes de los decretos que quiero que haga extender.

-¿Seriamente?

-Cuanto estoy diciendo es serio, señores míos. De todos los amigos que he tenido en mi vida, el más papanatas es es e famoso mariscal, que sólo piensa en pomadas, opiatas y aguas de la reina. Toda la ciencia de su gobierno consiste en oprimir á los chilenos; ha quedado encantado de mí, porque le he sujerido algunas ideas en ese sentido. Desde mañana va á imperar en Chile el réjimen del terror. Verán ustedes qué medidas tan famosas he decretado. Mañana mismo se levantará una horca en la Plaza de Armas, y en pocos días, nadie podrá salir de las ciudades sin pasaporte.

-¡Diablos! pero eso está malo para nosotros!

dijo el joven Lagunas.

—Por el contrario, está mejor; pues sólo nosotros vamos á poder transitar por los campos con entera libertad.

Rodríguez sacó de una manga de su sotana un

rollo de papeles.

- —Aquí hay paraportes en blanco. Tengo diez por de pronto; pero en cuanto necesite más, los pediré por docenas. Esta noche salgo para la provincia de Talca, á negociar con los bandidos de Cupeo; ellos me sirvarán de base para formar montoneras en todo el sur. La única condición que les impondré será que no hagan mal ninguno á los insurjentes.
- -¿Qué pretexto le ha dado usted á Marcó para este viaje?
- -No ha habido necesidad de pretextos: ya él sabe que voy á entenderme con los bandidos, y me ha dado autorización escrita y firmada por él mismo, á fin de que pueda yo obrar con más seguridad.

Cada frase de Rodríguez causaba, como es de suponer, la más viva admirac ón, y los tres jovenes que lo escuchaban se reían á veces como tomando á chanzas sus revelaciones.

Rodríguez extendió el pliego que lo autorizaba

para negociar con los bandidos.

-Aquí tienen ustedes, dijo. Pueden leerlo. Me parece que ese sello no es falsificado.

La Fuente, Picarte y Lagunas se enteraron con avidez del contenido del documento, y dijeron:

-Está en regla. -Perfectamente!

-Es cuanto se puede desear.

-Hablando de otra cosa, dijo Rodríguez, debo prevenir á ustedes que las provincias van á quedar desguarnecidas hasta que entre bien el invierno y Marcó pierda el miedo de que San Martín pueda pasar la cordillera. Durante este tiempo tenemos, pues, gran facilidad para organizar montoneras en los campos y despertar el entusiasmo entre los nuestros, en todas las ciudades y aldeas. El invierno lo aprovecharemos en pequeñas escaramuzas, preparando el gran golpe para el vera. no, que será cuando San Martín se halle en dis posición de venir á Chile con su ejército. Ustedes tres marcharán en estos días á Quillota y Valparaíso, debiendo comunicarme, á mediados del mes próximo, cuanto hayan conseguido y las esperanzas que podemos abrigar por ese lado. Yo estaré aquí el día quince á más tardar. Ruperto: prepara los caballos y mi maleta.

—Vamos á comer antes, observó Lagunas; su-

pongo que usted querrá irse sin saludar antes á mi tío, quien me ha encargado lo lleve á la

-Tendré el mayor gusto, amigo mío. En verdad que ni me acordaba de que no he comido. Cuando uno trabaja con buen éxito, parece que la satisfacción del espíritu satisface el estómago. Comeré aquí para poder viajar toda la noche. Oye, Ruperto, ¿qué es de Antonia? ¿querrá quedarse en Santiago ó nos acompañará al sur?

-No creo que se quede aquí, señor, porque ya ha perdido la esperanza de obtener noticias de mi

teniente Monterreal.

Tampoco he podido yo saber nada. Debe andar con Freire: no habrá podido desembarcarse en Chile, y ha pasado para el norte. Dicen que la escuadrilla de Buenos Aires está en las aguas del Perú. Puede que más tarde obtengamos noticias. Preván á Antonia que se disponga pronto si quiere salir con nosotros esta noche.

Poco después pasaron todos al comedor, en donde encontraron al dueño de la casa y á una jovencita hija de él, la misma que en la noche del salteo cayó desmayada á la aparición de los bandidos, y cuya hermosura había despertado la admiración del Chato.

Sentáronse á la mesa después de los cumplidos de estilo, y la conversación rodó sobre las cuestiones palpitantes de la época: la dominación es-

pañola y las esperanzas de destruirla.

Rodríguez, que en todo se fijaba, notó que La-gunas, el sobrino del dueño de casa, cuya edad según hemos dicho, no pasaría de diecisiete años, se manifestaba excesivamente atento con su prima, cuyo lado se había apresurado á ocupar al sentarse á la mesa.

Hablando de política, se pasó á tratar, como era muy del caso, de los proyectos de Rodríguez y particularmente de su viaje al sur con el objeto de entenderse con los bandidos.

Esto despertó grandemente la atención del due-

ño de casa.

- Esos bandidos, dijo, son los que capitanea un tal Neira?
- -Precisamente, ese es el nombre que le he oí-do al capitán San Bruno, dijo Rodríguez.

-¡Usted piensa verse con ese bandido?

-Tal creo.

-3i es así, le ruego á usted que tenga la bondad de darle recado de mi parte.

-: Cómo? es usted amigo de él?

-Un poco, dijo el anciano sonriéndose, lo he tenido de visita en mi casa.

Rodríguez comprendió de qué se trataba.

-Hola, hola! dijo. ¡Por ventura le ha hecho á usted algun mal?

El dueño de casa contó entonces punto por pun-to cuanto había pasado la loche del salteo.

Rodríguez le escuchó atentemente, y al fin dijo: -Pues usted me va á hacer el servicio de darme una carta de introducción para él, sin hacer alusión alguna á lo que ha pasado. Yo me encargo de hacerlo arrepentirse y restituirle á usted la suma que le ha usurpado.

El anciano asintió, manifestándose verdaderamente agradecido de las buenas intenciones de Rodriguez, aunque dudando mucho del resultado que

se prometia.

Al levantarse de la mesa, Rodríguez manifestó sus deseos de ponerse pronto en marcha, y una hora después, á eso de las oraciones, salió acompañado de Ruperto y de Antonia. Todos con sus respectivos disfraces.

are trans and a free of the contract of the contract and may del caso de los proventes de Redeleues v portion to more than a like at an educament of the

and all again the house is to our of least and the

tat Neire con.

A to the ob mainer he tou se formit a

N. L. 418 95 opins belst se fomilie-

in the other

The light of the supplementary remains the form and the state of

pay enlared ten permission schemes a walk had altered the water panaralis arroad near assertable

Landren on control of the control of

van remiene e seas parimede län sisjares impus unalimone, et mens de aquelon que ma precelan re filment de tes de ponerse et virje.

softra al e sessag o moid le separate l'ante-enides pol meto sta POSADA de retonoid la cha en a ses l'entre sidames e mun es l'entre les sesses de les politics de l'annu est l'entre se present de l'annu est parties sesses de l'annu de l'annu est l'annu

thereas curtiones realise becomes el lector Chagres ha sido muchos años y aún es hoy un

punto de parada entre Curicó y Talca.

En aquellos años en que aún no se habían esta-blecido las dilijencias, los viajeros de á caballo en-contraban ahí un lugar en que pasar las horas de sol al mismo tiempo que satisfacían las necesidades del estómago.

Quien iba de Talça á Curicó ó vice-versa, no necesitaba de otra cosa: pues siempre se cuidaba de salir por la mañana de cualquiera de los dos puntos, para llegar en la tarde al otro.

Verdad es que los caminos eran muy malos, y cuando las cabalgaduras no eran de aguante, se corría el peligro de ser sorprendido por las tinie-blas antes de llegar al término del viaje, lo cual era peligroso en aquel tiempo de convulsiones po-líticas, y por consiguiente de desmoralización y vandalaje.

De aquí era que sólo aquellos que no emprendían su viaje de madrugada, ó desconfiaban de la bondad de los cascos de sus caballos, podían resolverse à pernectar en Chagres, para seguir al otro día su camino.

Algún especulador mediano, de aquellos que husmean una buena situación, tomó en cuenta todas estas circunstancias, allá por el siglo pasado, y se resolvió á sacar partido de los viajeros impre-meditados, es decir, de aquellos que no preveían

su itinerario ántes de ponerse en viaje.

Y como no debían ser abundantes las pesetas del tal especulador, levantó allí un edificio de material lijero, que es como si dijéramos de barro y totora; al cual le puso por muestra: Cena, pejerreyes y cama, letrero que si bien se prestaba á la crítica de los filósofos de convento, que eran los sabios de aquel tiempo, era muy razonable para el posa-dero, puesto que hacía pagar los pejereyes aparte de la cena.

Muchas cuestiones podría hacernos el lector acerca de la procedencia de los pejerreyes, y de qué artículos constituían la cena: aunque preguntas serían éstas más propias de un viajero hambriento que llegara á la posada, que no de un lec-

ter que debe contentarse con lo que le cuentan.

Mas, para tratar de satisfacer curiosidades de tanta importancia, elejiremos un momento oportuno: el del arribo de un viajero preguntón á la posada, du otra const mues summere un cato ob act

Eso si que nuestra escena debe pasar en Marzo de 1816, lo cual da á entender que subsistía aún

por esos años la famosa hosteríal es a fall av

Cónstale al autor este hecho, como asimismo la circunstancia de haber cambiado repetidas veces de propietario, hasta venir á parar á manos de un forastero del lugar, hombre de unos cuarenta años, rechoncho, fornido, pero de semblante alegre, propio para el oficio.

Llamábase Lorenzo, y traía una hija que en nada se le parecería, pues él era excesivamente ñato y de toscas facciones, miéntras ella ofrecía un tipo acabado de perfección y gracia.

Sólo tenía de común con él su jénio alegre y decider, y su nombre, pues se llamaba Lo-

renza.

Por lo demás, el nuevo posadero había pagado la casa en buena moneda y sin regatear, y aún se había dado prisa à montarla en mejor pie: las paredes habían recibido una buena mano de cal, el mezón una raspadura de cuchillo, y hasta la cocina, su repuesto de ollas y sartenes.

Pero la principal atención del posadero se habia fijado en una pequeña pieza destinada á los huéspedes pudientes, que es como decir á los que pagaban largo y se daban trazas de tener repleta

la bolsa.

Aquel cuarto recibió una completa transformación tanto en su menaje como en su estructura,
pues de haber tenido una sola puerta, pasó á tener dos, quedando comunicada con otra del lado;
sin contar dos ventanas que se le abrieron hácia
un hermoso huerto de duraznos, las cuales, quizá
por falta de rejas apropiadas, fueron guarnecidas
con unos barrotes de fierro más á propósito para
una prisión que para una casa de campo. Si bien
es cierto que aquello podía pasar por una procaucaución contra los ladrones.

Pero la innovación más importante de todas, y que no hemos mencionado con preferencia porque no atañía á la posada, fué la construcción de una pequeña casa de madera, aislada, ó mejor diremos, alejada del resto del edificio.

En ella se instaló Lorenza, la hermosa hija del posadero, cuya afición á las aves y á las flores transformó pronto aquella humilde morada en un pequeño edén tapizado de albahacas, rasos y cla-

veles, y animado por el canto de una multitud de tordos, zorzales, jilgueros y canarios. Un palomar á un lado de la casita, provisto de tres ó cuatro parejas de enamorados pichones, y un estanque, ó más bien uu charco de agua cristalina en que nadaban dos patos de vistosos co-lores, seguidos de una bandada de polluelos amarillos y vivaraches, completaban los inocentes en-cantos de aquella rústica vivienda.

El viajero preguntón á que nos hemos referido, era un clérigo montado en un robusto caballo a....án y cubierto por un sombrero negro de enormes alas que se cimbraban á cada paso, como si les hubieran impuesto la tarea de saludar á todos

los árboles del camino.

La circunstancia de venir solo el tal clérigo podría hacernos dudar de que bajo sus hábitos y famoso sombrero se ocultara nuestro atrevido insurjente Manuel Rodríguez: pero aquellos dos lunares que daban á su fisonomía un aspecto extraño y socarrón, nos lo habría delatado à primera vista.

¡Por qué iba Rodríguez sin Ruperto y sin Antonia, y porqué iba á Chagres, cuardo para ir á Cumpeo, asiento de los bandidos, pudo haber tomado un camino más recto al salir de Molina, costeando el río Claro hasta el cerro de Tlaruñes y vol-

viendo unas pocas leguas á la derecha?

Vamos á explicarlo.

Chagres dista igualmente de Talca y de Molina. Rodríguez quería tomar lenguas acerca de los bandidos ántes de abocárseles: no habiendo obtenido en Molina lo que deseaba, despachó para Talca á Ruperto y Antonia á fin de que averiguaran cada uno por su lado cuanto pudiesen, y regresaran en seguida á Chagres, punto de reunión para emprender su marcha á las cerranías de Cumped.

De Chagres se va también á Cumpeo, aunque

por mal camino, que en aquel tiempo no era más que el lecho de un arroyo, pequeño afluente del Claro que se forma en las mencionadas cerranías.

Tenemos, pues, que Rodríguez había elejido bien el camino; y que. con arreglo á sus planes, salía de la esfera de los viajeros á quienes sólo su imprevisión obligaba á hospedarse en la refaccionada hostería de los pejerreyes.

No eran menos de las cuatro de la tarde, y el posadero sesteaba en un banco del meson, á cuyos pies jugueteaban un gato y un perrillo en la me-

jor armonía del mundo.

Rodríguez detuvo su caballo delante de la puerta y prorrumpió en un «¡Hola!» enérjico, tan ajeno de su piadoso traje, que hizo saltar al posade-ro en su banco, disparar al gato como un cohete, y ladrar al perrillo con todo el vigor de su diminuto cuerpo.

-¡Qué hay? preguntó el posadero incorporándose y frunciendo los ojos para poder mirar al viaje-ro contra la brillante luz del sol que inundaba el camino.

-; Hay posada para dos?

-Sí, señor, dijo el huésped quitándose el sombrero al ver el traje de Rodríguez.

—Para mi caballo y mi persona, repuso éste. —Pejerreyes hay para los dos, dijo riéndose el huesped; pero no tengo una cama bastante decente para el compañero de su merced.

-¡Por vida mia! me gusta un hombre de buen humor y que sabe contestar á tiempo.

Al decir esto, Rodríguez se apeó y puso las riendas del alazán en manos del posadero, el cual se apresuró á lievarlo á la pesebrera, mientras aquel echaba una mirada al interior de la casa, como hombre que gusta de conocer el terreno que

- Qué preciosa habitación tiene usted ahi! le dijo al posadero cuando volvió; jes para los huéspedes?
 - -Nó, señor: es el cuarto de mi hija. -¡Oigan! tiene usted una hija. Bueno! -¡Le parece á usted muy bien esto?

-¡Cómo nó! siempre es bueno tener algo propio.

Pero muy bien sabrá su merced que de quien

menos son las hijas es de su padre.

-Tiene usted razón; lo digo con mi experiencia de confesor.

-Además, Dios le da muelas á quien no tiene quijadas.

- Por qué dice usted eso? preguntó Rodrí-

-Porque cuando no existe la madre, mal se pueden cuidar las hijas.

-¡Hola! usted es viudo, entonces. -Para servir á su merced, señor.

-Eso no, porque yo no necesito que usted sea viudo para estar mejor servido; por el contrario, la cocina se resentirá de la falta de su mujer.

-Tengo un buen cocinero, señor, dijo el hués-

ped con muestras de orgullo.

-Eso es bueno, y me hace usted acordarme de

que aún no he comido.

Mientras hablaban, Rodríguez había entrado con el posadero al mesón y sentándose en una banca, pues no había otra clase de asientos,

-; Qué tiene usted que darme? preguntó.

-Por el momento, nada, pues ya hemos comido; pero en un instante se puede hacer algo.

El posadero se asomó al patio y gritó:

—Francisco! Francisco!

En seguida, volviéndose à Rodríguez, dijo:

-El mismo cocinero nos dirá qué puede hacer por de pronto. Ha venido usted á una hora en que

no acostumbramos tener nada hecho. Además, aquí sólo estamos obligados á tener cena. ¡No ha leido usted el rótulo de afuera?

---Cena y pejerreyes, dijo Rodríguez; lo cual quiere decir que éstos no deben hacer falta á ninguna hora.

—Ya veremos modo de satisfacer á usted, dijo el posadero guiñando un ojo con aire de compla-cencia, pero con una expresión que no podía menos de convertirse en grotesca por la absoluta au-sencia de naríces de que adolecía su cara.

El cocinero apareció en la puerta, y Rodríguez

en cuanto lo vió, dijo para sí:

-Tate! yo conozco esta cara. Este es aquel hombre á quien le cambié en Aconcagua un pasaporte por dos caballos. Se llamaba... ¡Qué demo-nios! yo siempre he tenido buena memoria... Pero como esto fué despues de la batalla de Rancagua y ya hace un año y medio... Este hombre estuvo en la cárcel cuando Ricardo estaba preso con Amelia y Teresa... Justamente y ya me acuerdo que 61 mismo me contó que su prisión sólo la motivaba aquel endiablado pasaporte, pues creían que él sabria mi paradero... Pobre hombre...; Ah!... Romero... Este es el apellido .. Pero estoy seguro de que no se llamba Francisco.

Todas estas reflexiones las hacía Rodriguez mientras el hnésped se consultaba en voz baja con

el cocinero.

-Hay pejerreyes, señor, dijo al fin el huéspod; pero no están muy frescos; valía más que aguardara usted hasta la noche, pues à las oraciones ha de venir pescador. El río no está muy cerca, y sólo hacemos provisión día por medio.

—; De qué río son los pejerey s? —Del Claro, señor. Por lo prento puede usted tomar un caldillo de huevos, cordero, asado y albondiguillas á la Marcó.

-Gaspita! albondiguillas à la Marcó! Eso debe ser una gran cosa! Y creo que no le tomarán de nuevo á mi caballo, que ha sido comensal de Su Excelencia. ¡Vamos! me decido por las albondiguillas de Marcó.

-A la Marcó, señor, observó el posadero.

—De Marcó ó á la de Marcó tanto día, pues creo que un monosílabo más ó menos no las hará cambiar de sabor, dijo Rodríguez alegremente.

El cocinero, que se había mantenido impasible durante este diálogo, se retiró en silencio una vez que vió aceptadas las propuestas del huésped.

-¿Y cómo han venido á parar aquí esas famosas albondiguillas de Su Excelencia? preguntó Rodríguez. Supongo que no las pescarán en el Claro.

—¡Que no, señor! dijo el huésped con aire de escrupulo. Es la receta la que nos ha llegado.
 —Ah! ah! la receta! Su Excelencia tiene una

—Ah! ah! la receta! Su Excelencia tiene una receta para fabricar albondiguillas; ¡pues está bueno!

Y Rodríguez se echó á reir con natural expan-

SIOU.

El posadero tomó asiento enteramente compla-

cido de la alegría de su huésped.

—El caso es, dijo, que mi cocinero; que es hombre que entiende el oficio y que mantiene buenas relaciones con el cocinero de palacio, se ha proporcionado algunas recetas que harían la fortuna de cualquier hotelero de Santiago.

Bueno! yo haré saber á Su Excelencia la fama que han tomado sus albondiguillas, y lo decidiré á que haga publicar en La Gaceta las confecciones de su cocina. Esto le atraerá partidarios.

No le parece á usted?

—¿Su merced es amigo del Excelentísimo señor Presidente? preguntó el huésped llevándose la mano á la cabeza en actitud de descubrirse, como si se hubiera elvidado de que estaba sin sombrero. Rodríguez comprendió la ficción.

-Este es insurjente, pensó, y trata de disimular sus opiniones con un exajerado respeto al Gobierno.

Y luego dijo!

-Soy tan su amigo, que el caballo en que vengo me lo ha regalado él para mi viaje.

El huésped se inclinó saludando à Rodriguez

con muestras de admiración.

—¡Ah! exclamó; por eso le oí decir á su merced que su caballo no desconocería llas albondiguillas.

-Precisamente; y ya ve usted que tengo ra-

zón.

-¿Y qué es del señor capitán ban Bruno? preguntó el posadero.

-Hola! ¿conoce usted al bueno del capitán?

-Si, señor; he recibido algunos servicios de él, y no puedo menos de informarme de su salud ca-

da vez que se presenta oportunidad.

El posadero hablaba con el tono más injenuo; pero Rodríguez sabía adivinar una intentión en las más sutiles inflexiones de la voz y en el más cándido aire de buena fé.

—San Bruno, pensó, no es hombre que presta servicios: indudablemente le ha jugado á éste una mala pasada. Bueno será saber á qué atenerse:

quien poco pregunta mucho averigua.

—Veo frecuentemente á ese gaznápiro, dijo; pero como nos odiamos tanto, jamás me ocupo de él. Extraño que le haya prestado á usted un servicio: es un mal hombre.

El huésped hizo un jesto de duda, y preguntó:

—¡Cómo es que siendo su merced tan amigo del
señor Presidente, aborrece tanto á su mejor servidor?

-¡Quite usted allá! Verdad es que Su Excelenpia se ha dejado engañar por él hasta hace poco pero ahora el brazo derecho de mi amigo Marcó soy yo: y sólo esperamos tener buenas pruebas de los crímenes de ese pillastrón para ajusticiarlo.

-¡Qué dice usted! exclamó el posadero estupe-

facto. ¿Conque así están las cosas?

-;Como usted lo oye!

-Pues entonces voy á hablarle á usted francamente.

Rodríguez se dijo:

-¡Anda con Dios! se tragó el anzuelo!

—No siempre es bueno confiar las cosas al primero que llega, continuó el posadero; y más tratándose de personas que pueden hacerle mal á uno. Pero ahora no hay peligro en hablar la verdad, diré á su verced que el servicio que le debo á San Bruzo es el asesinato de mi madre.

- Diantres! pues ahí es nade! ¿Y cómo ha sido

eso?

—No hay para qué contarlo: pero día llegará en que ajustemos cuentas. Ese endiablado hombre tiene muchos enemigos, y sin ir más lejos, mi cocinero podría contarle á usted lindas cosas de él.

-Pero nada gano yo con que se me diga simplemente: «San Bruno ha hecho esto ó el otro». Para hacer algo contra él necesitaria tener prue-

bas.

El cocinero entró á ese tiempo con las viandas

que se le habían pedido.

Una vez arreglado el servicio y habiéndose puesto Rodríguez á comer, el huésped llamó aparte al cocinero, y estuvieron conferenciando largo rato en voz baja.

Al fin volvió diciendo:

Es inútil que le contemos nada á su merced. Vale más dejar las cosas como están.

Rodríguez se encojió de hombros, afectando la

mayor indiferencia.

Como ustedes quieran, dijo.

En seguida agregó:

—No son malas las tales albondiguillas. ¿De qué se hacen?

De lengua y sesos de cordero; todo bien picado y revuelto con un batido de huevos y harina. Ya vo usted que no tiene por qué ser malo. Eso se sazona y condimenta bien, como su merced habrá notado.

—Sí, el sazón es excelente. Mas, ahora que estoy comiendo tan bien y con tanto apetito, ¿qué me dice usted de mi caballo? ¿está bien atendido, ¿come tan bien como su amo?

—¡Oh! sí, señor! no tenga usted la menor duda. Buena alfalfa y paja con afrecho, lo cual vale tan o para él, como los pejerreyes y las albondi-

guillas á la Marcó, para su merced.

-iY á qué hora llegan los dichosos pejerre-

yes?

—A eso de las oraciones ó á la noche. Pruebe su merced ese vinito, que no es malo. Yo le habría servido *chicha*; pero aún no está buena: las uvas no maduran bien todavía.

Rodríguez se echó al cuerpo un vaso de vino, y

parándose de la mesa, dijo:

-Voy á dar un paseo por la arboleda.

Había visto que el posadero había adoptado cierta reserva desde su conferencia con Romero, y no quiso manifestar interés alguno en prolongar su conversación con él. Per el contrario; ya había dicho bastante para llamar la atención sobre su persona, y confiaba en que al fin le habían de buscar la boca para tratar de los mismos asuntos ó de otros que él dirijiría con maña á lo que más le conviniera.

Además, pensaba pasar en la posada unos dos ó tres días, y en todo este tiempo había mueño que averiguar. No había, pues, por que apresurarse,

y era mejor dejar venir las cosas.

En ninguna parte mejor que en la posada po-dría optener datos importantes acerca de los bandidos de Cumpeo; mas, fiel á su prudencia habitual, no había querido mover una palabra sobre el asunto.

-¡Piensa usted irse mañana temprano? le preguntó el posadero á tiempo que se levantaba de

-Es probable, dijo Rodríguez. Talvez no muy de mañana: soy poco madrugador... Y salió del mesón. area option half out more

trainer of the March, care at a relative

subside to see and the second of the second of the Success of the replacement are such a careful tall o para of count ton referrages by the athonore-

The gas Bore Heren los dilleges significant

-A esc de das oraceoces é sus acome. Prants



bela servida, elicting pero actor ad testa Burane Ind

esto sel men adaroyah annian al matemani ma ?

er riserios decrepación mad ada las se acedanes! Ledrerus centify dorde trices another burkets in

what sop ofth noneous is his still and and

and second out to go to par three and even average ORS OF SER OF CAPITULO XII

what the gate entertains

state and the ends deliacor mide con les ples princi-LA CAMA PELIGROSA ish saffre to obaday odsat once of our other of

establicas el trob al agua con grom cuido

Conforming each reflection, so acered. Rodelener

he structured as deturn come a contemplar las fin-Apenas había andado Rodríguez algunos pasos, cuando el posadero le dijo:

—Por aquel lado va usted bien á la arboleda.

Y le señaló un sendero que se apartaba bastante del punto en que se hallaba la casita de madera.

Rodríguez se dijo:

-Algún interés tiene éste en que no me acerque á aquel lado.

Y la curiosidad lo indujo á contradecir. Sacó su breviario de la manga y dijo:

-Mi objeto es ir á rezar el oficio, y de paso, habría querido ver las flores y las avecillas. Eso edifica y encanta a la vez.

El huésped miró hacia la casita, y haciendo un

jesto de displicencia, dijo:

-Tome usted per donde quiera. Pero procure no hacer ruide cerca de la casita: mi hija está indispuesta y podría incomodarla.

-Está bien, contestó Rodríguez abriendo el breviario y alejándose pausadamente com oengolfado en su lectura

A medida que avanzaba, se decía:

-Ahi hay gato encerrade.

Y sin levantar la cabeza, devoraba con los ojos

la pintoresca habitación.

Pero ésta se hallaba herméticamente cerrada, y Rodríguez temió, desde luego, quedar burlado en su curiosidad.

—Bien sabido tendrá el socarrón, dijo, que nada avanzaré con venir aquí, y por eso no se ha opuesto; pero yo me daré mis trazas: cuando uno quiere sorprender algo, no hay más que hacer lo contrario de lo que le recomiendan.

Conforme á esta reflexión, se acercó Rodríguez á la casita tratando de hacer ruido con los pies y tropezando en los guijarros que encontraba al paso.

Un pato que se encontraba echado á orillas del

estanque, se tiró al agua con gran ruido.

Rodríguez se detuvo como á contemplar las flores, y echó á hurtadillas una mirada hacia la puerta del mesón.

El posadero permanecía parado ahí mismo, y mi-

raba con indiferencia á todos lados.

-¡Bueno! dijo Rodríguez, me observas.

Pero como la distancia era grande, no tuvo cuidado de que se hubiera apercibido del traqueteo del pato en el agua.

Echó una ojeada á las aves y continuó su camino.

Apenas había dado algunos pasos, cuando sintió en la casita un débil ruido y vió abrirse un ventanillo por el lado del fondo, es decir, por la parte opuesta al edificio de la posada.

El huésped no podía ver lo que sucedía; pero sí

divisaba á Rodríguez.

Hallábase éste á orillas del estanque, y se detuvo en actitud de mirar los patos, pero con la vista torcida hacia el ventanillo. Entonces vió aparecer la cara de una joven con un dedo en los labios, como para recomendarle el silencio ó la prudencia.

-¡Amelia! murmuró Rodríguez en cuanto la vió. La joven le hizo señas de que aguardara, y se

apartó del ventanillo.

Rodríguez permaneció inmóvil.

—¡Me habrá conocido? pensó. Pero no... es imposible: ella solo me vió en la cárcel: su amor á Ricardo y sus celos con Teresa la tenían demasiado preocupada para que se fijara mucho en mí. Además, este traje cambia completamente mi aspecto.

La joven volvió á presentarse en el ventanillo, y habiéndose cerciorado de que Rodríguez estaba aun ahí tiró afuera un pequeño objeto blanco que

fué á caer á dos pasos de él.

Nuestro joven habría querido cojerlo al instante, pero el posadero estaba en su puesto, y era muy probable que no perdiera uno solo de sus movimientos.

Volvió, pues á finjirse contraído á la lectura del breviario, al mismo tiempo que sacaba un pañuelo y hacía que se sonaba.

En seguida se echó á andar, y al guardarse el pañuelo en la manga, lo dejó caer sobre el objeto

lanzado por Amelia.

Se inclinó entonces á recojerlo sin apartar la vista del breviario, y siguió adelante llevando en la mano el pañuelo y el objeto desconocido envuelto en él.

Había tomado un sendero que atravesaba la finca de un lado á otro, conduciendo al camino que el huésped le había indicado primero.

En cuanto éste lo vió tomar esa dirección, dejó

su puesto y caminó también hacia la arboleda.

Precisamente se iban á encontrar en donde se cruzaban los dos caminos.

-Ha sospechado, pensó Rodríguez; y como la

cosa parece muy delicada, será bueno desvanecer las sospechas.

El posadero se acercaba sin despintarle la vista.

Rodríguez tomó entónces con las dos manos el breviario, teniendo siempre el pañuelo en ellas, y con la limpieza de un prestidijitador, pasó el objeto de una mano á la otra é hizo de modo que se deslizara por sí solo en el interior de la manga. No había hecho el más leve movimiento que pudiera denunciar su acción.

Cuando se hallaba el posadero á menes de diez pasos de distancia, levantó Rodríguez los ojos co-

mo sorprendido, y dijo:

-Ah! ah! usted también viene a dar su pa-

-Ayer dejé tendidos unos lazos para dar su paseo.

Al decir esto el posadero, se le iba la vista al pañuelo que Rodríguez tenía en las manos.

Pero éste, con la mayor naturalidad, sacudió con él la orla de la sotana, tomándolo de la punta para que se viera que no había nada oculto, y al fin lo guardó en la manga.

El huésped pareció tranquilizarse, y signió su camino, pero no sin lanzar una rápida mirada á la casita cuando llegó á un punto desde donde se po-

día ver el ventanillo.

Todo estaba cerrado y no había indicio alguno de lo que había sucedido.

Rodríguez se alegró de quedar solo, y se metió

por entre los árboles alejándose del posadero.

A medida que andaba, habiéndose asegurado de que nadie podía observarlo, sacó de su manga el objeto oculto, y lo examinó. Era un papel enrollado en un devanador de madera.

Rodríguez extendió el papel y leyó:

«Si es posible, pase usted la noche en la arbole da

[Cuidado con acostarse en la cama ó con manifes-

tar desconfianza! Rompa este papel».

-Diablos! exclamo Rodríguez con inquietud; si habré caído en manos de algún vampiro. El no acostarse en la cama es muy sencillo; y parece que ahí está todo el peligro. Lo que no m acomoda es aquello de pasar la noche en la rboleda; pero, según se ve, esto no es indispensable... Pero reflexionemos. Según se ve la cosa es seria y merece pensarse. Lo extraño es que si hay peligro en pasar la noche aqui, no me diga esta joven: «váyase usted»... pero irme, sería dar á entender por lo claro que álguien me ha advertido el peligro, y ese álguien no podría ser otro que ella. Además, eso sería manifestar desconfianza; y se me recomienda todo lo contrario. Pero no discurramos en vano: lo principal está en prever el peligro que me amenaza; en descubrirlo para conjurarlo. El mejor partido será observarlo todo y andar vivo. Me encuentro en buen terreno, puesto que estoy sobre aviso.

Discurriendo así, Rodríguez volvió por donde

había ido.

Para llegar al mesón tuvo que pasar por las caballerizas, y notó que no estaba allí su alazán.

Esto lo hizo entrar más en cuidado.

Romero estaba en la puerta de la cocina.

-¿Donde han puesto mi caballo? le pregunto Rodríguez.

El cocinero se encojió de hombros como diciendo «Qué sé yo».

-¡Aún no ha vuelto el posadero?

El hombre contestó con otro movimiento, indi-

cando con la cara hacia la arboleda.

-Vamos, pensó Rodríguez, parece que este hombre se ha tragado la lengua ó la ha hecho albondiguillas.

A los pocos momentos apareció el posadero á

lo lejos. Traía dos perdices que aleteaban vivamente en sus manos.

-Era cierto lo de los lazos, pensó Rodríguez.

Y volviendo á mirar nuevamente á la cocina, vió á Romero empinarse una botella con toda tranquilidad.

-Francisco! gritó á ese tiempo el posadero, á

medida que se acercaba.

El hembre siguió bebiendo, y en seguida, con gran parsimonia, se enjugó la boca con la manga de la camisa, le puso un corcho á la botella y salió al patio paso entre paso.

-Toma, Francisco, dijo el posadero. Ve qué

par de perdices tan hermosas.

El cocinero fué por ellas, y las tomó sin decir palabra.

Al tiempo de dárselas, el huésped lo miró á la

cara y le dijo: de colo de co

-Vamos! temprano has principiado hoy. Romero se volvió á la cocina sin responder.

- -¿Qué me dice usted de mi caballo? preguntó Rodríguez al posadero. He interrogado á este hombre, pero parece que ha hecho profesión de no hablar.
- -Es así cuendo bebe, dijo el huésped sonriéndose. El mismo ha llevado el alazán al potrero Le dí esa orden porque uste dijo que no se iría de madrugada; y como el tiempo está bueno y la alfalfa mejor, he creído que no le vendría mal á su caballo un poco de huelga.

No había qué objetar à esto; pero Rodríguez se

dijo:

- Esto es cortarle á uno la retirada.

En seguida preguntó:

- Ha hecho usted guardar la montura?

Precisamen e. Aquí no tenga usted cuidado de que nada se le pierda: todo queda en lugar seguro. La montura y el freno con todas sus riendas están en el mismo cuarto que va usted á ocupar, que es aquál

Y señaló el extremo derecho deledificio.

-Es el más aseado, continuó, y tiene vista á la arboleda. Si quiere usted verlo, no tiene más que empujar la puerta. Sería bueno que usted mismo se guardara la llave.

El huésped entró al mesón y se puso á jugar con el perrillo, que le salió al encuentro dando

saltos de alegría.

Todo esto era tan natural, que no había en qué

fundar sospecha alguna.

Rodríguez fué á su cuarto con el objeto de examinarlo minuciosamente.

Lo primero que vió fué su montura, puesta con

todo esmero en un caballete de manera.

El menaje de la pieza era sencillo y verdaderamente aseado: algunas sillas de paja muy nuevas y bien pintadas; una mesa, un lavatorio y una percha, todo barnizado, y por último una cama bastante grande, también de madera, y de una forma que en cualquier circunstancia habría despertado la curiosidad de Rodríguez. Era más bien un cajón boca abajo, con algunos agregados que figuraban la cabecera y los pies.

Rodríguez se acercó y tentó por varias partes: el colchon era mullido, y la ropa no dejaba que

desear.

Trató de mover de su lugar aquella especie de cajón, y no pudo.

-Es muy pesado, dijo, ó está adherido al pavi-

mento.

Convencido de la inutilidad de sus pesquisas, dirijió su atención á otras cosas. Abrió una de las ventanas que daban al huerto, y notó el espesor de los fierros que la guarnecían.

-Este cuarto, pensó, podría servir de prisión

en un caso dado.

En seguida se fijó en que había otra puerta que

debía servir de comunicación con la pieza vecina. Se hallaba cerrada, y las hojas se abrían bacia afuera.

Rodríguez se cercioró de que estaba con llave; pero también vió que no había medio de asegurarla por su lado.

-Aunque yo tenga la llave de la otra puerta, dijo, quedo vendido por ésta.

Se acordó entonces de que tenía pistolas en las pistoleras de su montura, y le pareció conveniente cerciorarse de que estaban ahí.

Las encontró en su lugar y vió que las cargas y

cebas se hallaban intactas.

Tuvo tentación de llevar consigo esas armas, pero reflexionó que eran muy grandes.

—¡Qué diablos! dijo. Estaremos á lo que venga.

named num ab w seeparm of madein a de ann format me on analoutes of complement but in desperted is outleting to Rocklywas this may been muching

material appropriate a tentral appropriate propries completely as you have 1 violations are a different

Salió, echó llave y se dirijió al mesón. Principiaba á oscurecer.

and print the court of the court of the



BIZZIOTECĂ NACIONAL

turing arrong to conden terms than the forms of

de ou con con solar as all se sauge es ca mbe.

Proversing a denting it and on right actual values of a control of the control of

when the on our or water a low-

CAPITULO XIII

Werlad oning technic subject short come being ochor if at we had sen meden authorise if indeed

LAS TRES CRUCES ... The hadnester v rate thruces the american section

Cuando Rodríguez entró en el mesón, halló al posadero sentado delante de un barrilito y rodeado de botellas.

Las ten an portein de als pero erela que era eta el

-¿Está usted embotellando vino? le preguntó. -Sí, señor: es un vinito de Chillán, que ahora probará usted en la cena. ¿Qué le ha parecido su cuarto?

-Muy bien. ¿De dónde ha sacado usted esa ca-ma de construcción tan rara?

El huésped se sonrió.

Authoriten el

—¡Qué quiere usted! dijo; cada uno se aviene como puede. He sacado partido de un cajón en que traje varios efectos de Santiago. Entre echar al fuego las tablas ó darle el destino que usted ha visto, me parece que no había que trepidar. Te-

nía aquí un carpintero bastante hábil... ¡No en-

cuentra su merced que está muy decente eso?

—Si... para el campo no está malo.

—Pues ya ve usted, he economizado unos veinte ó treinta pesos. Trazas quiere la guerra, como dicen.

- —¿Aún no han llegado los pejerreyes?
 —No tardarán mucho. Como hay luna, el pescador no se apura en llegar antes de que se obs-
- -Verdad que la luna saldrá ahora como á las ocho. Y si yo hubiera hecho acuerdo, habría preferido continuar mi viaje esta noche.

El posaderó miró a Rodríguez con aire de ex-

trafieza.

- -¡No teme su merced á la banda de Neira? preguntó.
- -¡Neira?... Ah! ese es un capitán de salteadores ...

-Precisamente; y muy famoso. Me admira que

no sepa su merced ...

-Sí, tengo noticias de él; pero creía que era al sur de Talca donde hacía sus correrías.

-Por todas partes, señor.

-Pero á mí, ¿por qué me habrían de hacer na-

cer nada? Yo no llevo gran cosa.

—¿Y el alazán y la montura? y algún dinero que tendrá su merced en los bolsillos, porque no es posible que el que viaja deje de llevar algo.

-Psch! pase por lo del caballo y montura, pero no quisiera tener mi estómago como mis bolsi-

llos.

-Así dicen todos, repuso riéndese el pesadero.

- -Por lo que se puede temer un encuentro con salteadores, es porque no se contentan con despojarlo á uno.
- -Así es: por lo jeneral, matan. Pero he oido

decir que al capitán Neira no le gusta maltratar á nadie.

-Sí, eh? pues es raro. No es entonces tan malo

como lo pintan.

-Dicen que es un buen hombre, que sólo ha tomado ese oficio á causa de un crimen que se vió obligado á cometer. El era ovejero de Cumpeo. Es muy curiosa su historia.

-¿Cumpeo es una hacienda?... -Sí, señor; no muy lejos de aquí; á pocas horas

de camino hacia la cordillera.

-Mientras hablaban, el posadero había encendido vela para continuar llenando sus botellas, y como á este tiempo diera fin á su tarea, se levantó y llamó al cocinero.

Apareció éste con su tranquilidad ordinaria. La expresión de sus ojos hínchados y rubicundos, no dejaba duda acerca de su embriaguez, pero sus piernas no vacilaban.

-Tapa esas botellas y ponlas en la armazón, le dijo el posadero. Cuando concluyas eso, te daré

tu segunda ración de aguardiente.

Romero obedeció en silencio, poniéndose á la

obra con seguridad y destreza.

El huésped se acercó á Rodríguez y le dijo en voz baja:

-Este hombre sirve mejor cuando está borracho, que cuando bneno.

-Pero si usted le da más aguardiente, no va á

poder servirnos la cena.

-Pierda su merced cuidado: no pasando de cier-

to grado, hace las cosas primorosamente. El posadero encendió otra vela, que puso en el

mesón, y se sentó frente á Rodríguez.

-¿Me iba usted á contar la historia de ese ca-

pitán Neira? dijo éste.

-En algo nos hemos de entretener mientras llega el pescador.

-A mi me gustan mucho los cuentos de saltea-dores. Me decía usted que Neira era ovejero de

—Sí, señor, desde muy niño. Puede decirse que se crió pastoreando ganado. A mí me han contado esto personas que lo han conocido desde que nació: nada menos que su padrino de bautismo, que era un hombre formal é incapaz de mentir.

—Ah! entonces debe ueted estar bien informado.

mado.

-Por supuesto.

-¿Y qué decía el bueno del padrino?
-Co as muy curiosas. Decía que unos leñadores habían encontrado, en cierta ocasión, un niño de habían encontrado, en cierta ocasión, un niño de poco más de un año, tirado en un camino y sin más abrigo que un jirón de manta y algunos trapos. Recojiéronlo y lleváronlo á las casas de Cumpeo, en donde fué criado por un capataz que se apellidaba Neira, quien lo hizo bautizar dándole el nombre de José Miguel y adoptándolo por hijo. Pero el niño era díscolo, y á medida que crecía fué haciéndose insoportable, hasta que la mujer del capataz se vió en el caso de echarlo á la calle á pesar de los ruegos de su marido. Tenía entonces el niño unos cinco años, y se agregó á los muchachos que pastoreaban el ganado de la hacienda. El mayordomo de ésta le hizo dar ración, como á los demás, y así continuó el muchacho por mucho tiempo, durmiendo en los corrales ó en cualquier rincón, sin que nadie se preocupara de él. No encuentra usted raro esto?

—Ciertamente, es singular, dijo Rodríguez co-

-Ciertamente, es singular, dijo Rodríguez co-menzando á tomar interés en la sencilla narración

del posadero.

—Cuando aquel niño llegó á tener diez ó doce años, principió á cundir la fama de la extraordina-ria fuerza de que se hallaba dotado. No había en la hacienda muchacho de dieciocho ó veinte años

que no hubiera tenido ocasión de probar sus punos, pues era camor ista como ninguno, y por quíta allá esas pajas, la emprendía contra cualquiera sin consideración á edad ni á corpulencia. Llegó, pues, á hacerse verdaderamente temible, y ninguno de sus camaradas osaba contradecirle en lo más mínimo.

-Me gusta el José Miguel, observó Rodríguez. Con tales antecedentes, no hay duda que habrá

salido un mozo de provecho.

-Va usted á verlo, señor. La hacienda pasó por aquel tiempo á manos de un arrendatario que tenía varios hijos. Neira estaría ya de dieciséis años; y encantado el nuevo amo de su pujanza, lo tomó bajo su protección: de zagal pasó á rabadán, que es como decir, quedó á cargo del ganado menor de la hacienda, con buen salario y buena ración. Además, el arrendatario gustaba de que los días de fiesta sus hijos salieran á dar un paseo á caballo, y José Miguel tenía el encargo de velar por ellos. Para esto se le dió un regular caballo y una mala montura. No se quiso más el muchacho para considerarse muy feliz: lo único que le morpara considerarse muy feliz: lo único que le mortificaba era el tener que aprender á leer y escribir, obligación que le impuso el arrendatario, y á la cual le fué preciso ceñirse, so pena de perder la protección que le dispensaba. Su maestro era el mismo que tenían los hijos del amo, y todas las noches lo tomaba bajo su férula. Pero cosa rara, aquel mancebo de tan perversa índole, que no guardaba paz con nadie, era una seda con su maestro y un fiel exclavo con los hijos del arrendatario: respetaba á aquél é idolatraba á éstos. De ahí en fuera, no había más ley para él que su propia fuerza: quien se la hacía se la pagaba. Hízose, además, un excelente jinete, y un enlazador sin además, un excelente jinete, y un enlazador sin sin rival. Las pruebas de fuerza que de él se contaban eran infinitas, y las de certeza en el lazo

increíbles. Lo de enlazar un animal por sobre una tapia era cosa vulgar para él, como también lo era el sostener á pie un toro enlazado. Buen pulso, buen puño y buenas caderas. Insigne en el manejo del cuchillo; pero jamás lo usaba sin verse obligado á ello. Hasta shora dicen que aborrece hacer uso de él cuando no es absolutamente necesario.

Esa es una buena recomendación, observó Rodríguez. Quiere decir que ese hombre, á pesar de sus rapiñas, tiene un buen corazón y es susceptible de enmienda. Vamos á ver qué crimen es ese de que usted ha hablado Porque supongo que ya nos acercamos á lo más intererante.

-Tiene su merced razón; á eso iba. Es el caso...

Un momento; shí tenemos al pescador.

En efecto, oyéronse las pisadas de un caballo que se detenía en el camino á la puerta de la posada.

-Francisco, dijo el huésped; vé á recibir el pes-

cado.

El cocinero, que ya se hallaba al fin de su tarea, pues sólo le quedaban dos botellas por tapar, salió al encuentro del recién llegado, al cual se le oyó esta pregunta.

-¿Está ocupado el Chato?

-Con un clérigo, contestó Romero lacónicamente.

-Bueno! tenemos alojado! dijo el pescador con un tono que alarmó á Rodríguez.

El huésped se sonrió cándidamente.

—Se alegra, dijo, de saber que hay un alojado, porque presume que ha de haber consumo de pejerreyes.

-¡Es de cuenta de él ese negocio? preguntó

Rodríguez maliciosamente.

-Lo hacemos en medias, contestó el posadero con naturalidad.

Romero volvió con algunas sartas de hermosos

peces, cuyas plateadas escamas brillaron pintorescamente al recibir la luz de la vela.

-A la cocina con ellos, dijo el huésped; y vé á abrir la puerta grande para que el pescador éntre

su caballo.

-¡Hola! pensó Rodríguez; ese hombre duerme aquí y se alegra de encontrar un alojado. Si será un cómplicel

El posadero no continuaba su narración por prestar oído á lo que pasaba afuera, sin duda para cerciorarse de que se ejecutaban sus órdenes.

De ahí á poco entró al meson el pescador.

Era un hombre alto, bien formado, pero de mal semblante y de mirada esquiva.

Su traje tenía de notable: lo ancho de su sombrero de paja, lo largo de su manta, cuyas puntas casi barrían el suelo, y lo enorme de las rodajas de sus espuelas, con las cuales formaba un gran Marchael at 1 estrépito al andar.

Buenas noches, dijo el hombre quitándose el sombrero y sentándose lejos de Rodríguez, al mismo tiempo que fijaba en él una mirada de reo-

jo nada tranquilizadora

Cómo ha ido, mi buen Lagartija? preguntó el posadero.

-Así, así. Los pejerreyes vienen buenos; pero la

bolsa vacía. ¿Qué se hace por acá?

-Ya lo ves: dándole conversación al señor cura, para entretenerle la velada.

El pescador se encojió de hombros. A ese tiempo entró el cocinero.

- Cuántas botellas quedan sin tapar? preguntó el huésped.

-Dos.

-Déjalas así; pueden servirnos para la cena. Toma del armazón tu botella de aguardiente y véte á cocinar pronto los pejerreyes y demás viandas.

En seguida se volvió el huésped á Rodriguez diciendo:

-Continuemos nuestra historia.

El pescador apoyó la cara en las manos y los codos en las rodillas, y se puso á escuchar mirando siempre de reojo á Rodríguez y al posadero.

—Tres años, dijo éste, pasaron en Cumpeo los hijos del arrendatario. Su padre los mandó en se-

guida á Santiago á continuar sus estudios. Neira quedó solo, y ya no tuvo la mortificación de la escuela: pero había aprendido á leer, escribir y no sé qué otras cosas. El arrendatario le había prometido hacerlo mayordomo para cuando se retirara de su servicio el que entonces desempeñaba ese cargo. Entretanto, seguía de rabadán, ganaba buen salario y vivía en las casas de la hacienda. Tenía veinte años, era un mozo bien plantado y gozaba de buena reputación entre las chicas de los labradores. Su fama de valiente y esforzado podía mucho en el ánimo de ellas, y se habría considerado feliz la que hubiera logrado prenderlo en sus redes. Sólo una entre todas dejaba de preocuparse de él y aun lo miraba con cierto desdén á pesar de su humilde posición, pues era hermana de un zagal de los mismos rebaños de la hacien-da. Verdad que la chica era bella, pero el principal motivo de su engreímiento era el haber reci-bido algunos chicoleos del hijo mayor del arren-datario. Mas, como jeneralmente sucede que siempre apetecemos aquellos que más dificultades presenta, ahí tiene su merced que Neira se encaprichó por la muchacha, y no hubo sacrificio que no hizo por agradarla. Como he dicho, la chica era bonita, y no faltaban rivales que disputaran la palma, aunque sin mejor éxito. Pero Neira quiso descartarse de estorbos, y por vía de lección, tomó un día por los cabellos á dos galanes y les dió cabeza con cabeza, dejándolos en el acto privados de sentido. Esto bastó para que el campo quedara el libre; pero no por eso avanzó un ápice el audaz enamorado en el corazón de su prenda. Parece que el hijo mayor del arrendatario había hecho á ésta ciertas promesas de matrimonio; y la pobre joven, en su vanidad, tuvo la candidez de alimentar por espacio de cuatro años tan fútiles esperanzas. Quizás era éste el plazo que aquel se habría fijado para dar cumplimiento á su promesa, ó talvez se aburrió ella de tanto esperar, ó la constancia de Neira hizo al fin mella en su corazón, por aquello de que el agua, que cae gota á zón, por aquello de que el agua que cae gota á gota acaba por horadar la piedra más madura; el hecho es que al cabo de cuatro años consintió la desdeñosa zagala en dar su mano al rendido mozo, que ya por entonces había pasado á ejercer las funciones de sotamayordomo de la hacienda. Fijóse día para la boda, é hiciéronse los preparativos con más rango del que corresponde á un pobre, pues Neira hasido siempre fastuoso y amigo de echar la casa por la ventana. Ya todo estaba listo y el deseado día se acercaba, cuando he aquí que, con permiso de su merced, el diablo, que mete en todo su cola, quiso que tan á destiempo llegaran á la hacienda los hijos del administrador. Neira estaba completamente ignorante de cuanto había pasado entre su amada y el mayor de los caballeritos, como él les decía; y como era natural, se apresuró á darles parte de su proyectado enlace, y aún tuvo á honra el llevarlos á casa de su novia para que la conocieran y recibir delante de ella sus parabienes. El sota estaba envánecido cen su conquista y quería lucirla. Nada le halagó más que las especiales atenciones que dispensó á la niña el mayor de los caballeritos, y llegó al colmo su satisfacción cuando éste manifestó que á toda costa quería ser el padrino de la boda. En vano se le observó que ya había compromiso en el mayordomo, quien recibiría como unagravio aquella sustitución. El se encargó de allanarlo tedo, y dijo que para contentar al desechado padrino le regalaría una yunta de bueyes y una yegua corredora
que era todo su delirio. Hizo además postergar la
boda por algunos días, á fin de darse el tiempo
necesario para preparar los regalos que quería hacer á sus ahijados. Neira no cabía en sí de gozo,
y aunque era grande su impaciencia por adquirir
pronto la completa posesión de su bella prometida, consintió en cuanto exijían los pérfidos designios del jeneroso caballerito. Pues para ahorrar
inútiles detalles, diré á su merced que todo aquello era una perfidia; que en los días siguientes, con
el pretesto de consultar á la ahijada el color de
ciertas telas que debían encargarse á Talca, tuvo
el pretendido padrino frecuentes conferencias secretas con ella, y que al fin, la noche anterior á
la de las bodas, desaparecieron ambos, sin dejar el
menor vestijio de la dirección que tomaran.

-¿Como no? interrumpió aquí el pescador, el cual había estado escuchando con tanto sosiego que Rodríguez lo llegó á creer dormido. Había vestijio, desde que yo pude indicar el camino por

donde se habian ido.

-¡Qué gracia! Tú eres lagartija!

—Entonces no lo era: nadie me daba este sobrenombre, y ni aun querían creer que yo podía seguir las huellas de un hombre con sólo darme uno de sus zapates.

-Oigan! exclamó Rodríguez |con que usted tie-

ne ese arte!

-Me he criado con un gaucho arjentino que descubría rastros viejos de más de un mes.

-Pero eso es increíble.

-Dificililla es la cosa, dijo el huesped; pero La gartija ha dado pruebas de su habilidad.

-Y en aquella ocasión el arrendatario no quiso

dar un zapato de su hijo, observó el pescador.

—Pero le dárían á usted los de la novia.

—Sí, señor, y sólo demoré tres horas en hallar la primera huella. Le avisé entónces á Neira, y seguimos el rastro hasta el río Claro. Allí no nos quedó duda de que los fujitivos habían tomado para la cordillera. Ya no había necesidad de seguir rastreando, y Neira continuó solo, á mata caballos, el camino indicado, que era el de la laguna de Mondaca.

El pescador calló, como para dejar que el posa-

—Neira no volvió más á las casas de Cumpeo, dijo éste. Pero sí se tuvo noticia de que, pasada la cuesta de las Animas, en otra cuesta que hay antes de la laguna Mondaca, había tres cadáveres colgados de un árbol. Los otros hijos del administrador fueron á reconocerlos, y por los vestidos, vinieron en cuenta de que eran los dos enamorados y un vaquero de la hacienda. Sepultaron los cadáveres allí mismo y plantaron tres cruces que hicieron con las ramas del árbol en que habían sido ahorcados. Desde entonces la cuesta se ha llamado de las Tres Cruces.

A este tiempo entró Romero tambaleándose, y dijo con voz estropajosa:

-Ya está la cena.

-Voy yo mismo á servirla, repuso el posadero. Este hombre está más borracho que otras noches, y podría caerse con los platos.

El huesped salió con el cocinero.

Rodríguez habría querido dirijirle la palabra al pescador; pero éste se levantó también de su asiento y salió en pos de los otros. De ahí á poco volvíó el huésped sólo, trayendo

De ahí á poco volvió el huésped sólo, trayendo en una bandeja el servicio y las viandas de la cena.

Puso todo en la mesa; le arregló su cubierto á Rodríguez, trajo vino y él se retiró al extremo opuesto.

-¿No cena usted? le preguntó el joven.

Más tarde, señor; ceno con el pescador.
 Pero también podría él venir á hacernos com-

pañía. No me gusta cenar sólo.

-Lagartija es tan esquivo, que no querrrá por nada venir á la mesa. Además, nuestra costumbre es cenar solos.

-¡Vaya, pues! dijo Rodríguez atacando un hermoso pejerrey envuelto en una dorada capa de fritura. ¿Y al fin, qué fué de Neira?

El huésped se sentó.

-Sólo se tuvieron noticias de él, dijo, á los dos meses de aquella catástrofe. El hombre se agregó á una partida de bandoleros que tenía su asiento en las cerranías de los Nitches, y habiendo averi-guado en ese tiempo que el administrador de Cum-peo y todos sus hijos habían sido sabedores de los pro yectos del raptor, se propuso aplicar á to-dos el correspondiente castigo. Fácil le fué inducir al capitán á ayudarle en sus proyectos, y toda la banda cayó sobre las casas de Cumpeo cuando menos se lo esperaban los moradores de ellas. Sin embargo, el administrador con sus hijos, mayor-domos y criados hicieron una resistencia tan tenaz, que, desconcertado el capitán de la banda, dió el grito de volver caras, á tiempo que Neira lograba derribar una puerta por donde hubieran podido penetrar á las habitaciones. El éxito habría sido seguro sin aquel grito tan extemporáneo. Los bandidos se desbandaron en todas direcciones; menos unos pocos que huyeron con el capitán. Neira se puso furioso, y siguió tras éste por espacio de una legna.

-Eres un cobarde! le gritó abriéndose paso por entre los bandidos hasta ponerse frente á él. No

sirves para capitán!

Desenvainó éste al punto su machete sin decir palab ra, y cargó sobre Neira tirándole feroces cu-chilla das que él paró con singular destreza a pesar de la obscuridad. Los machetes chispeaban á cada golpe, y se veía que Neira sólo se mantenía á la defensiva. Pasado el calor de los primeros golpes, dijo éste:

-Yo no ocupo mi puñal en los cobardes.

Y dando un último quite, descargó su puño izquierdo en la cabeza del capitán. No fué necesario más: el hombre cayó de espaldas sobre las ancas del caballo y de ahí 10dó al suelo como un cuerpo muerto.

-Quienquiera vengar al cobarde, gritó Neira,

salga al frente.

Los bandoleros, que se habían mantenido en expectativa, exclamaron:

-Bien hecho está. ¡Viva mi capitán Neira!

Y desde entonces quedó el antiguo ovejero de Cumpeo á la cabeza de la banda.



CAPITULO XIV

LA TRAMPA

La desconfianza es un rasgo esencial de la astucia, y á haber sido personificados estas dotes del espíritu en la fábula pagana, es seguro que la filosofía mitolójica nos habría dado entre ellas la relación de madre á hija.

El que es astuto, es necesariamente desconfiado, como el que carece de malicia es jeneralmente cré-

dulo.

Rodríguez poseía en alto grado aquellas dos cualidades, que cualidades son la astucia y la desconfianza, puesto que constituyen una perfección de la intelijencia.

La salida del pescador y su permanencia fuera del mesón dieron, pues, mucho que pensar al joven, y se apresuró á concluir la cena para irse á su

cuarto.

-Lleve usted luz, le dijo el huesped, poniéndo le una palmatoria enla mano.

Rodríguez le dió las buenas noches y salió.

Al atravesar el patio rejistró á todos lados con sus miradas y vió en la cocina al pescador calentándose al fuego, mientras Romero, sentado en el suelo y con la cabeza baja, refunfuñaba frases inintelijibles, en el último grado de su embria-

guez.

-Vamos! pensó el joven, en verdad que llego á confundirme. Todo lo que observo es tan inocente, que á no ser por el anuncio de Amelia, me acostaría tan tranquilo como si estuviera eutre santos. El huésped ó el Chato, como le dicen, me parece un buen hombre: nada he sorprendido que indique doblez en su conducta. La embriaguez de Romero no es finjida; y por consiguiente, el único de quien puede desconfiarse es de ese pescador, que más bien que lagartija, yo lo llamaría lagarto, porque ciertamente, el hombre me inspira recelos. Mas, por otra parte, su conducta no tiene nada de extraño...

Haciendo Rodríguez estas reflexiones, llegó á

su cuarto, abrió la puerta y entró:

-Veamos las pistolas, dijo poniendo la palma-

toria en la mesa.

Abrió las pistoleras, y vió que todo estaba tal como lo había dejado. En lo demás del cuarto no había indicio alguno de que álguien hubiera entrado durante su ausencia.

Volvió á rejistrar la cama para ver si descubría algo que corroborara sus sospechas, ó más bien las que le sujería jel billete de Amelia; pero no

halló nada de particular.

Se paseó entonces algún rato reflexionando si debería irse á la arboleda, como se le recomendaba; lo cual era practicable, pues el patio estaba á obscuras; pero le pareció una cobardía, y además, él tenía curiosidad de conocer qué peligro le amenazaba, de saber por qué no debía acostarse en aquella cama; de cuya extraña figura había dado el huésped una explicación tan natural.

Pasado un cuarto de hora, oyó el joven un débil ruido en el patio.

Apagó entonces la vela, entreabrió apenas la

puerta, y se puso en observación.

No tardó en descubrir la causa de aquel ruido: la luna estaba en todo su esplendor, y pudo ver á Romero que, habiendo salido de la cocina, caminaba á lo largo de la pared afirmándose en ella para no caerse. A cada paso que daba, se detenía, y con la cabeza inclinada, como si no tuviera fuerzas para enderezarla, profería entre dientes largas frases en que Rodríguez sólo pudo alcanzar á percibir la palabra clérigo.

-Parece que yo soy su pesadilla, pensó el joven. Es, pues, indudable que los otros se preocupan de mí, y han hablado algo que bulle en la

cabeza de éste.

Romero siguió avanzando hacia la pieza de Ro-dríguez, sin apartarse de la pared; más á los pocos pasos que dió, sus piernas no pudieron sostenerlo y cayó de bruces.

Estúvose un largo reto--refunfuñando, y al fin, su inintelijible monólogo fué reemplazado por ás-

peros y sonoros ronquidos.

—¿Qué harán el pescador y el huésped? pensó
Redríguez. Tengo que averiguarlo: iré al mesón so pretexto de avisarles que este hombre se ha quedado dormido en el patio.

Por precaución, tomó el joven una pistola, que

escondió bajo la sotana, y salió del cuarto.

Como su propósito era sorprender desprevenidos á los dos hombres, anduvo en puntillas hasta la puerta del mesón y escuchó.

El huésped hablaba á media voz con el pescador; pero como la puerta no estaba del todo ce-

rrada, podía oirse cuanto decían.

-Es cosa convenida con Romero, exponía el Chato en tono de objection. Y él mismo haopis

de parecer que nadie mejor que el capitán puede sacar un buen partido del clérigo.

—¡Qué capitán será ese? pensó Rodríguez. ¿Si

será el mismo Neira?

- -Son pamplinas esas, replicó el pescador. ¿Qué ganaríamos con que ese clérigo se encargara de denunciar los crímenes de San Bruno? Supongamos que ajusticiaran al capitán y que lo ahorcaran ó lo fusilaran, ¿quedarías tú tan satisfecho como si lográramos nosotros aprisionarlo y castigarlo por nuestras propias manos? Acuérdate que es el asesino de tu madre y nuestro más feroz perseguidor. Nunca es más probable que ahora su venida á estos parajes, pues Tejeros le ha llevado la noticia de que ha descubierto nuestras guaridas; y él mismo ha dicho que su capitán sólo esperaba eso para venir en persona á escarmentarnos. Tenemos, pues, casi la seguridad de apoderarnos de San Bruno y de muchos otros talaveras. ¿Por qué, pues, recurrir á otros medios y despreciar lo que se nos viene á las manos?
- -Yo no digo que recurramos á otros medios. Todo se puede hacer: llevar á cabo el lazo que hemos preparado á los talaveras, sin perjuicio de ver el partido que podamos sacar del clérigo. Un personaje que está en tanta intimidad con el Presidente, es una buena presa para el capitán, y creo que no debemos hacer nada sin consultarnos

con él.

-No seas zonzo, hombre. Ya sabes lo que es el capitán: nos quedaríamos á la luna de Valencia, sin alazán, sin montura y sin lo que pueda traer el clérigo en sus carteras. En fin, yo tomo el negocio por mi cuenta, pues á mí me corresponde por turno.

-Pero, hombre...

-No me digas más; estoy resuelto. Voy á tantear si se ha acostado...

-Reflexiona que es un clérigo. Te aseguro que yo no me atrevería...

Rodríguez oyó que se movían de sus asientos, y

se apresuró á retirarse.

Al pasar junto á Romero, se detuvo de improviso, como asaltado de un súbito pensamiento.

-¡Diablos! dij ; qué idea! soberbia ocurrencia!

Y tomando en brazos á Romero, que seguía profundamente dormido, lo llevó á su cuarto y lo echó sobre la cama.

En seguida cerró la puerta con llave, sacó á tientas la otra pistola de la montura, y se retiró á un rincón del cuarto, en donde se puso en expectativa, con el oído atento al menor ruido.

No habrían pasado diez minutos, cuando se sintieron leves pisadas que se acercaron á la puerta

de junto á la cama.

En seguida un débil murmullo que apenas se apercibía.

Pasaron otros dos minutos de profunda quietud.

Rodríguez no respiraba.

De súbito, un estrepitoso ruido semejante al de un mueble que se desarma, rompió aquel azaroso silencio.

Casi instantáneamente se oyó el golpe sordo de un cuerpo blando y pesado que cae en una profun-didad, y un quejido ronco que al punto fué sofocado por una puerta que se cierra.

-¡Alma al cielo! dijo el pescador en voz alta, y Rodríguez oyó descorrer un cerrojo en la puerta

del fondo.

-Van á entrar, pensó.

Y se dispuso á montar sus pistolas.

Al mismo tiempo se dejaron oir unos golpes lejanos.

—¡Ya están ahí! dijo la voz del posadero. El chirrido del cerrojo cesó al punto.

-Lo dejaremos para mas tarde, repuse el pescador.

Alejáronse entonces los dos cambiando algunas

frases que Rodríguez no alcanzó á percibir.

Cuando estuvo seguro de que no podrían oirlo, dejó las pistolas, sacó del bolsillo avíos de encender y dió luz á la vela.

Cosa extraña: la cama estaba intacta; sólo Ro-

mero había desaparecido.

-¡Pobre hombre! murmuró el jóven; con ésta, son dos veces que me sirve de salvación.

Y con aquella volubilidad propia de su jenio tra-

vieso.

—¡Qué diablos! exclamó encojiéndose de hombros. Cada uno con su destino. Más le vale haber muerto, si había de estar destinado á sufrir percances por causa mía.

Haciendo estas reflexiones, empujó la puerta de junto á la cama y vió que había quedado con el

cerrojo descorrido.

La abrió y franqueó el umbral sin trepidar.

Hallose en una pieza desmantelada, en que sólo había algunos barriles y un gran rollo de cordeles.

Al lado de la puerta, y precisamente en la parte que daba á la cabecera de la cama, había una gran barra de hierro clavada en la pared.

Rodríguez, que todo lo examinaba con gran

cuidado, se acercó á ella y trató de moverla.

Tenía la pared una abertura en cuya parte superior penetraba la barra, y Rodríguez vió que ésta

cedía fàcilmente apoyándose en ella.

Hízola pues bajar hasta la extremidad de la abertura y al punto sintió producirse en el cuarto vecino el mismo ruido que había precedido á la desaparición de Romero.

Fué entónces á ver la cama, y encontró que toda la parte superior, junto con el colchón y los cobertores, se había hundido de un lado quedando

pendiente del otro.

El interior de aquel gran cajón era un hoyo

profundo cuya sima no se alcanzaba á distin-

guir.

Cuando el joven se inclinaba dirijiendo la luz hácia abajo y poniendo la mano á guisa de reflec-tor, oyó en el patio un tropel de muchos caballos que pasaban para el huerto.

Estuvo escuchando un instante, y como temiera ser sorprendido, volvió al lugar en que estaba la barra y la hizo jugar hacia arriba

Cuando pasó nuevamente á su cuarto, encontró

la cama armada.

-Es injenioso, murmuró cerrando la puerta de comunicación con el cuarto vecino y dirijiéndose á la del corredor.

Con grandes precauciones para no hacer ruido, dió vuelta á la llave, entreabrió una hoja, y se puso á observar lo que pasaba en el patio. Cuatro hombres á caballo se desmontaban á ese

tiempo junto á la casita de madera.

El huésped y el pescador estaban con ellos. La puerta de la casita se abrió, y apareció Amelia con una lamparilla en la mano.

Hizo un amistoso saludo de cabeza á los que

llegaban y se apartó para darles paso.

Todos ent aron, menos el pescador que se volvió á la cocina, y la puerta volvió á cerrarse, quedan-do atados los caballos á los arbustos inmedia-

—Confieso que esto es incomprensible, se decía Rodríguez. Vamos por partes: Amelia no está aquí contra su voluntad, puesto que recibe á esos hombres cariñosamente... Nó: bien podría haberse obligada á hacerse á amable... Pero si ella deseara salir de aquí, ó se viera en peligro, ¿por qué al escribirme previniéndome contra estos hombres, no me dice nada de su situación?... He aquí, pues, un misterio que es preciso descifrar. Ahora, por lo que hace á estos recién llegados, casi estoy por creer que entre ellos se halla el famoso Neira. Desde luego, no me cabe duda acerca del interés que tienen el huésped y el pescador en que ellos no sepan lo que han hecho ó creído hacer conmigo. Esto es una ventaja para mí: por este lado puedo sacar un gran partido... Pero antes de todo, es preciso tratar de salir de dudas: veremos qué es lo que pasa en la casita.

Tomada esta resolución, Rodríguez se puso las dos pistolas al cinto, bajo la sotana; apagó la vela y salió al patio, dejando entornada la puerta

del cuarto.

El pescador estaba en la cocina, y se oía el chirrido de la grasa en la sartén: debía estar haciendo los oficios de Romero.

Extract harmon made in the late of

the contract of the contract o



Logical adolesias as charles the new

the reason of huseparts of postudor on the class bal outs non time area ciation so it so utall on

er processore a caubult on title ou to an occount of

the elections of client battle in second appeared in the through at a particular of the particular to the

POR ESECUTE IT RESTRICTED

CAPITULO XV

EL CAPELLAN DE LA BANDA

Rodríguez atravesó el patio sin ser visto y rodeó hasta llegar á la casita por el lado del huerto.

El ventanillo estaba cerrado; pero se oía perfectamente cuanto se hablaba dentro.

-¡Ha montado usted á caballo, señorita? pre-

guntaba una voz de hombre.

-Había pensado hacerlo en la tarde, contestó Amelia; pero llegó un viajero, y por temor de ser vista...

— Hay entonces en la posada algún pasajero? preguntó la misma voz que antes había hablado.
— No, capitán. Se fué ya, contestó el huésped.

Sólo pasó á comer.

Rodríguez se dijo:

-Capitán! Este es Neira.

-Me pareció ver un clérigo, repuso Amelia: alcancé á divisar un bulto negro...

-Sí, era un clérigo...

-¿Y por quá no se hospedó? preguntó la voz del capitán.

-Iba muy precisado: tenía que hallarse en Tal-

ca antes de amanecer.

-iY no temía viajar de noche?

-Yo le hice presente que era peligroso el camino; pero él contestó que la luna estaba tan clara...

—Hum! de mucho le habría servido la luna si la partida del teniente Fierabrás no hubiera tenido que irse esta mañana á los Nitches.

Otra voz de hombre que por primera vez habla-

ba, preguntó:

-¿Es allá, capitán, donde se va á hacer la caza de talaveras?

-Allá y en las serranías de Cumpeo.

-¿Vendrá San Bruno? preguntó Amelia.

Es probable. El sarjento Tejeros me dijo que el capitán de talaveras sólo esperaba tener buenos datos para ponerse en camino.

-Habló usted con él!

-Cabal.

-¡Dios mío! ¿y no tuvo ninguna sospecha de

que era usted mismo el que...?

-¡Sospecha? ¡Por qué podía sospechar de un hombre que buscaba su protección para recobrar una partida de caballos que el mismo Neira le había robado?

—¡Muy bien! pensó Rodríguez. He aquí un hombre de injenio. Ya lo comprendo todo. Este es Neira, y se la ha jugado lindamente á Tejeros. Qué diantres! si yo hubiera sabido tal, no habría estorbado la venida de los talaveras... Pero qué hacer. No soy adivino, y ya no tiene remedio.

-Tejeros ha quedado de venir á buscarme aquí, prosiguió el capitán, para que yo lo guíe por las

serranías de Cumpeo.

-No se olvide usted, señor Neira, dijo Amelia, de lo que me ha prometido

-¡Sobre qué? Le he prometido á usted tantas COSAS ...

-Y bien pocas ha cumplido ¿no es verdad?

Amelia terminó su frase con una alegre carca-

Rodríguez ovó al mismo tiempo unos pasos que se acercaban á la casita por el lado opuesto; y luego la voz del pescador que decía:

-Aqui están los pejerreyes.

-Sentémonos á la mesa, dijo Neira. Venga un trago de vino en primer lugar. ¡Y qué es de Romero? por qué no ha venido él á servir la cena?

-Está como una uva, dijo el huésped. -; Siempre aficionado al aguardiente?

-Cada día más.

-Pobre hombre! concluirá por matarse.

Mientras se hablaba esto, Rodríguez había oído varios movimientos y sonido de cristales y cubiertos.

-Buenos están los pejerreyes, observó Neira. Lagartija cocina tan bien como Romero. Pero voy á tener que enviarlo á Santiago, á casa del herrador, y será preciso prevenirle á Romero que se abstenga de beber durante su ausencia.

-Yo cuidaré de no darle aguardiente, dijo el

posadero.

-Conque, vamos á ver, señorita, ¿cuál es la promesa que usted me cobra? Dice que son pocas las que he cumplido... pero usted ya ha visto que he hecho cuanto ha sido posible...

-Menos en lo de mandar á Mendoza.

-Eso no. Yo estoy dispuesto á kacer cuanto usted me pida con tal que no contribuya á separarnos, a de de a de a de

-Pero tampoco ha hecho usted nada por averi-

guar el paradero de Ruperto.

—Tampoco me gusta eso. ¿Para qué quiere usted al tal Ruperto? No tiene usted bastante para su servicio con todos nosotros?

-Pero ese hombre talvez habrá tenido que su-

frir á causa de mi fuga...

-A nadie le falta que sufrir en esta vida. Yo también sufro por causa de usted, y veo que usted no se preocupa en lo más mínimo por eso. Qué diablos! paciencia y barajar. ¡Vamos! un trago to-

dos á la salud de la ingrata Amelia!

-Qué tal! pensó Rodríguez. Nuestro bandido está derritiéndose por la joven; y por lo visto, es esta la causa de la especie de prisión en que la tiene. Muy bien! ya tenemos el punto vulnerable de este famoso Aquiles: en caso de peligro, no ten-dría más que descubrirme á Amelia para que ella se pusiera de mi parte.

-En fin, ¿me dirá usted cuál es esa promesa que no debo olvidar? preguntó Neira.

-La de que San Bruno me pertenece si

á caer en manos de usted.

-Cómo nó! Ya está dicho eso y lo cumpliré. Pero ya sabe usted la condición...

-; Cuál?

- -La de no dejarlo en libertad por ningún moti-
- -Eso no se necesita decirlo. ¡Quién más que yo desea su castigo!
- -Pero las mujeres son tan blandas de corazón! -Por eso es que me he ablandado á los ruégos de usted! dijo Amelia riéndose.

-Ah picarilla! te burlas de mí! No lo harías s

yo procediera como el capitán Bruno!

-¡Bah! ¡querría uated igualarse á él con tan bajos procederes? repuso la joven con voz seria. No diga usted tal ni por bufonada, si no quiere que mi amistad se cambie en un profundo aborrecimiento. Acuérdese usted que San Bruno se me hizo odioso, sólo á consecuencia de su brutal conducta.

-Vamos, vamos; ya la tenemos de mal humor; no hablemos más de esto. Yo quiero que usted esté contenta, alegre como siempre. Una cosa no más exijo. ¿Me la concederá usted?

-Con tal que no sea la misma exijencia de

siempre...

-Digame usted: ¿en cambio del capitán San

Bruno, me concederá us'ed su amor?

-Una vez que usted me entregue al capitán, es muy posible que el reconocimiento... la gratitud...

---Oh! lo mismo de siempre!

-Le prometo à usted poner cuanto esté de mi

—Si usted quiere poner cuanto esté de su parte, debe consentir en casarse conmigo. Eso me basta; y

yo me encargo de hacerme amar de usted.

-No, y no. y no! dijo Amelia en tono de niño consentido. Ya le he dicho á usted que para casarme es preciso que me sienta enamorada de usted.

- ¡Qué esperanzas!

-Deme usted al capitán San Bruno y verá que

sus esperanzas no son perdidas.

—Palabras y palabras; pero nunca una seguridad. Está bien. No quiero insistir. Pero el día que tenga á ese hombre, yo le pondré á usted mis condiciones antes de entregárselo.

-¿Qué piensa usted hacer con ese soldadote?

preguntó el Chato.

Ese es mi secreto, respondió Amelia.

Y pasando un instante, dijo:

-Capitán Neira!

-Preciosa mía, respondió el capitán, que parecía un tanto animado con el licor.

-Lo desafío á us ed á un tiro al blanco.

---Hola! ¿quiere usted tomar desquite de su derrota al puñal?

---Mi derrota al puñal no me avergüenza puesto

que el dia antes lo pinché à usted al florete.

---¡El florete! qué valen esos pinchazos de alfi-

—;Bueno! ya me verá usted ensartar al capitán San Bruno como á este chorizo. Entonces le preguntaré á usted si el florete vale más que mi trinchador.

-Mañana tiraremos al blanco; pero algo hemos

de apostar.

-Si; usted pone un caballo contra...

--- Contra un abrazo.

--- Dale!

---Ah! cuándo será el día que yo estreche en mis brazos esa cintura de mimbre.

--- ¡Mimbre? ¡Qué es mimbre? preguntó Ame-

lia.

--- Unas varillas de que hacen canastos, contestó el Chato.

--- Muy bien! mi cintura sirve para hacer canas-

tos.

---Sí; dijo Neira en tono dramático: el canastillo en que caen las hojas que se desprenden de mi corazón!

---Bravo, bravísimo! gritaron todos, sobresaliendo

la voz de Amelia.

--- Cómo se conoce que el hombre ha aprendido á leer y escribir, dijo el huésped.

Rodríguez se dijo:

--- A río revuelto ganancia de pescadores. Este es

el momento oportuno.

Y rodeando la casita, pasó el dintel de la puerta y se presentó con el manteo terciado y la mano extendida en actitud de bendecir á la reunión y diciendo con voz arrogante:

-¡Pax domini sit semper vobiscum, y un vaso de

vino al héroe de las Tres Cruces.

Todos los bandidos se pararon. Neira ántes que ninguno; pero al ver el jesto y la expresión chocarrera de Rodríguez, no pudieron menos de prorrumpir en una estrepitosa carcajada.

Sólo el Chato y el pescador permanecieron

asombrados, presa de un estupor que Rodríguez comprendió en las miradas que cruzaron uno con otro.

-¿Quién es usted? preguntó Neira, recobrando su seriedad.

-El capellán de la banda de Cumpeo, dijo Rodriguez afectando una prosopopeya que hizo sonreir nuevamente al capitán.

Y acto continuo, sin ceremonia alguna, se acercó á la mesa, llenó un vaso de vino, y levantán-

dolo en alto, exclamó:

-Porque las hojas del corazón del valiente capitán sean la mistura odorífera que embriague de amor á la dueña del canastillo de mimbres.

Los bandidos se miraron unos á otros, sin ber que hacer; mas Neira, en un rapto de expansión, preducido por el licor y en parte por el chiste que Rodríguez daba á sus palabras.

-¡Bebamos! exclamó. ¡Viva el capellán de la banda de Cumpeo! El bendecirá mi matrimo-

nio!

-Alto! interrumpió Amelia; nadie beba sin feber de qué matrimonio se trata.

-Del nuestro! gritó Neira.

-Me alegro de llegar tan á tiempo, repuso Ro-

driguez. Bebamos?

-Bebamos, dijo Amelia; pero nada de matrimonio. Bebamos, y que el señor nos explique su presencia aqui.

Al decir esto dirijió una mirada particular á Ro-

driguez.

El Chato y el pescador estaban mudos de terror y no apartaban la vista del joven, pintándose en sus semblantes una expresión de súplica tan lastimosa, que provocaba la risa de éste.

Vaciados los vasos, todos se sentaron, incluso

Rodríguez, que tomó una silla sin cumplimiento alguno y la acercó á la mesa.

-Mi presencia aquí, dijo sonriéndose; es muy digna de admiración. Que lo digan estos señores.

E indicó al Chato y al pescador, cuya palidez denunciaba el terror de que se hallaban poseí-

dos.

-Me habían dicho ustedes que el señor se ha-

bía ido, dijo Neira mirándolos con severidad.

-Era natural que dijeran eso, se apresuró á decir Rodríguez. Todo ha sido un plan fraguado por ellos...

E hizo una reticencia de algunos segundos.

Los dos hombres, con el rostro contraído por el terror, dirijeron á él sus ojos suplicantes.

-A instigación mía, concluyó Rodríguez.

-; A instigación de usted? preguntó Neira admirado.

-Sí, capitán, á instigación mía: y va usted á

conveni: en que he obrado bien.

El Chato y el pescador comprendieron que Rodríguez había accedido á sus súplicas, y se tran-

quilizaron un tanto.

—Imajínese usted, capitán, que yo tenía interés en ver á usted, á quien conocía de nombre, pero quería conocer personalmente antes de tener una entrevista. Manifesté mis intenciones á nuestro huésped y la importancia de la misión que me trae aquí; y en seguida lo induje á ayudarme en en esta sorpresa, que no podrá menos de ser agradable para usted en cuanto sepa que vengo de parte del jeneral San Martín para ofrecerle á usted cuantos recursos necesite en cambio de ciertos servicios.

Neira se encojió de hombros sin penetrarse aún

bien de las intenciones de Rodríguez.

-¿Viene usted de Mendoza? preguntô Ame-

-Justamente, y he pasado por Santiago, endonde he preparado algo de provecho. Y dirijió una mirada significativa á Neira.

-Los talaveras no vendrán, continuó Rodríguez; es inútil que los esperen.

-¿Cómo sabe usted eso? preguntó el capitán.
-Soy amigo de Su Excelencia, dijo Rodríguez.
Y en prueba de ello, aquí tienen ustedes.

Sacó eutonces un legajo de papeles, y puso un

pliego en manos de Neira.

Leyó este en voz baja su contenido, que era la autorización para tratar con los bandidos y ofrecerles á nombre del mismo Marcó la seguridad de no ser molestados si se ceñían á las instrucciones que Rodríguez les diera.

--- Cuáles son esas instrucciones? preguntó el

capitán.

-En dos palabras: hostilizar á los españoles y protej r á los insurjentes.

Neira meditó un instante, con el ceño frun-

cido.

- -No comprendo, dijo al fin. El presidente quiere que hagamos la guerra á los españoles, es decir á él mismo?
- El querría lo contrario; pero yo he reflexionado que no habría en esto ventaba ninguna para u tedes, puesto que los insurjentes no tienen nada que poderles quitar: y como yo tengo amplias facultades para dar mis instrucciones, y quiero el bien de ustedes...
- —Ah! ah! es usted el que está interesado en favor de los insurjentes! Pero no puedo comprender: decía usted que venía de parte del jeneral San Martín, y trae ustad órdenes del presidente de Chile...
- -Eso quiero decir que poseo la confianza de ambos jefes. ¿Quiere usted ser amigo del jeneral San Martín, cuyos propósitos en favor del triunfo de los insurjentes son harto conocidos?

-¿Què ganaría yo con eso?

-Sus bandas se convertirían en montoneras patriotas, y usted sería el comandante de ellas, lo cual vale mil veces más que ser capitán de bandidos. Además vendría á engrosar sus filas una multitud de insurjentes y se hallaría usted á la cabeza de un verdadero ejército. Houra y provecho. En vez de asaltar casas y transcuntes, asalturía usted ciudades y tesorerías del gobierno. ¿Qué tal?

Y levantando Rod íguez su vaso, concluyó diri-

jiéndose á los concurrentes:

-Veamos: ¿por quiéa quieren ustedes beber, por el capitán de la banda de Cumpeo ó por el comandante de las guerrillas patriotas del Maule?

Neira permaneció impasible, y ninguno de sus hombres se movió. Solo sí, tedas las miradas se dirijieron á él como para consultar su voluntad.

Rodríguez se volvió al Chato haciéndole un jesto de amenaza tan expresivo y acentuado, que éste se paró al instante resueltamente, y dijo con enerjía:

-Bebo por mi comandante Neira!

El pescador lo imitó repitiendo las mismas palabras.

Pero sus voces fueron las únicas que se alzaron Nadie habló ni se movió.

Rodríguez se mordió los labios.

-Pues bien, dijo; si de esta manera se recibe la jenerosa oferta que vengo á hacer de mi amistad y de mi protección, nada hay hablado y volvemos á ser lo que éramos ántes: el capitán Neira, un bandido, y yo... el privado de Su Excelencia. Antes de ocho días estos campos se cubrirán de soldados, y nadie podrá viajar sin pasaporte del gobierno. Neira hizo una sonrisa de desprecio, y al fin

dijo:

- Se olvida usted de que se halla en mi poder?
-Lo dudo, repuso Rodríguez con una sonrisa tan despreciativa como la de Neira. Y aunque así

fuera; esto no mejoraría la situación de ustedes.

Neira se paró diciendo:

-Acabo de nombrar á usted capellán de la banda; y lo será.

E hizo una seña á sus hombres, los cuales se

levantaron al punto, en actitud amenazadora.

Sólo el Chato y el pescador se mantuvieron inmóviles.

Rodríguez retrocedió hasta la pared, con las ma-nos bajo el manteo, listo á sacar sus pistolas.

Las hostilidades estaban á punto de romperse,

cuando el Chato gritó:

-Una palabra! Confieso que las propuestas del señor cura son seductoras para mí: estoy, sin em-bargo, á las órdenes de mi capitán. Más, querría que ántes de arrojarnos á un acto de violencia; discutiéramos con calma el partido que debemos adoptar.

Rodríguez comprendió que el Chato, no atre-viéndose á declararse en su contra ni tampoco á desagradar á Neira, buscaba un medio de conciliar las cosas.

Amelia, sin saber qué partido adoptar, se mantenía á la expectativa, aunque Rodríguez leía en su semblante el deseo de intervenir en favor de él.

-Todo esto no es más que una comedia, dijo Neira. Se nos quiere tender un lazo, y el cebo es esa comandancia que con tanta liberalidad me ofrece este señor.

-: Es eso entonces lo que motiva la reserva de

usted? preguntó Rodríguez.

-No necesito de nadie para ser lo que yo quiera, dijo Neira con terquedad.

Apenas había hablado, cuando se oyeron recios

golpes en la puerta de la posada.

—¡Quién podrá ser á esta hora? dijo el Chato, y

al mismo tiempo hizo una seña al pescador para que saliera á informarse.

-Si son huéspedes, continuó, bien venidos sean.

Los pejerreyes de Lagartija tendrán consumo.

Al decír esto aparentaba una calma que en realidad no tenía, pues sus ojos estaban pendientes de lo que pasaba entre el clérigo y el capián.



CAPITULO XVI

CAPELLAN Y COMANDANTE

Tras un momento de silencio en que Neira pare-ció recojerse dentro de sí mismo para tomar una

una decisión definitiva. Rodríguez dijo:

--- Nadie obliga á usted ni pretende obligarlo á nada. Me he limitado á hacer una propuesta y á indicar las desventajas que le traería á usted su negativa á aceptarla. Si pada de lo que he dicho obra en el ánimo de usted, me retiro y queda todo concluido.

—Se retirará usted cuando ya lo permita. Soy capitán de bandidos, y por consiguiente debo sacar partido de la situación. Usted es para mí una buena presa, puesto que es amigo del presidente de Chile y del je eral San Martín: con ambos negociaré su rescate Entretanto, deponga usted ese aire de fiereza con que trata de hacérsenos el poderoso y resignese con su suerte si no quiere obligarnos á violencias que empeorarían su situación.

Neira pronunció estas palabras tranquilamente y con un acento que no dejaba lugar á dudas acerca de la firmeza de su resolución.

El pescador entró á ese tiempo diciendo:

-Dos viajeros piden hospedaje.

-- ¿Qué clase de jente es? preguntó el Chato. --- Un campesino y un indio araucano. Los he dejado en el corredor.

---Llévalos al número tres, ordenó el Chato.

- Bueno! peusó Rodríguez. El negocio se compone. Vale más ceder ahora, para desquitarse después.

En seguida dijo el capitán:

--- Es usted dueño de hacer lo que le parezca. Me engañé al creer que usted se prestaría á obrar de acuerdo conmigo, y me he entregado á usted zonzamente: soy, pues, su prisionero ¡Qué diablos! no siempre salen las cosas al paladar de uno.

--- Conduzcan á este señor á su cuarto, ordenó

Neira.

El Chato se paró á cumplir esta orden,

-- Tú, nó, se apresuró á decir el capitán. Vayan ustedes dos.

Y se dirijió á dos de los que habíau llegado con él á la posada.

El Chato se encejió de hombros.

--- Me devuelve usted ese papel? preguntó Rodríguez señalando la autorización de Marcó, que aún conservaba Neira en las manos.

--- Después veremor; váyase usted a su cuarto. Rodríguez salió fijando en Amelia una mirada de intelijencia.

--- Tráiganme la llave del cuarto, dijo Neira á

los hombres que acompañaban á Rodríguez.

Al salir éste al patio, divisó á Ruperto y á Antonia que conducidos por el pescador, entraban á unos de los cuartos de la posada.

Rodríguez llegó al suyo y entró sin decir pala-Los hombres cerraron por fuera, quitaron la lla-

ve de la cerradura y se alejaron.

El joven se quitó al punto el manteo y la sotana, quedando en traje de paisano; y con las pistolas al cinto, pasó al cuarto vecino, con ánimo de tantear las puertas que comunicaban á éste con el resto del edificio.

Mas aún no había andado tres pasos, cuando sintió que alguien se acercaba; y apenas tuvo tiempo para esconderse tras un barril.

El pescador entró con una luz en la mano; miró á todos lados, atravesó el cuarto apresuradamente, y corrió á la puerta que daba al cuarto de Rodríguez.

Llevaba un puñal en la mano.

-Este hombre tiene intenciones de matarme para asegurar el secreto de la trampa, se dijo Rodriguez.

El pescador se paró en la puerta, y Rodríguez lo vió volver la cara á todos lados con gran admi-

ración.

Se apartaba ya del dintel, cuando Rodríguez se enderezó tras el barril, con una pistola en cada mano.

--- Si das un grito, mueres! le dijo apuntándole al pecho. Deja la vela y el puñal en el suelo y entra á ese cuarto.

El hombre obedeció mudo de terror.

Siguió Rodríguez tras él, y parado en el umbral de la puerta, le pregantó:

---; Qué venías á hacer aquí?

--- A obligar á usted á que me jurara no descubrir el secreto de la trampa.

---; Nada más? No venías á matarme?

--- No podía hacer semejante cosa sin orden de mi capitán.

--- A quién temías que revelara yo este secreto?

El hombre titubeó, y al fin dijo:

--- A todos.

--- Principalmente al capitán, no es verdad?

El pescador no contestó.

--- Pues bien, dijo Rodríguez, vas á quedar encerrado aquí y con la trampa abierta. Si llamas, tú mismo te acusas, si no, yo vendré á sacarte sin que nadie aperciba lo que ha pasado, ni la exis-

tencia de la trampa.

Dicho esto, Rodríguez cerró la puerta, corrió el cerrojo; movió la palanca que hacía descubrir la trampa, temó la vela y el puñal del pescador, y se fué á la puerta por doade este había venido.

Daba á un cuarto más grande que los otros,

ocupado por unas diez ó doce camas.

-Aquí deben pasar la noche los bandidos, pen-

só Rodríguez.

Y siguió hasta otra puerta que estaba á medio abrir y por entre cuyas hojas se veía el patio iluminado por los pálidos rayos de la luna.

Dejó entonces la vela, y salió llevando las pistolas al cinto y el puñal del pescador en la

mano.

Una vez en el patio, siguió á lo largo de las paredes hasta el cuarto en que habían hospedado á Ruperto y Antonia.

La puerta estaba cercada y golpeó recatada-

mente.

-¿Quién es? preguntaron de adentro.

-Rodríguez, contestó el joven.

Y apenas le abrierou, entró diciendo:

-Malo va el negocio.

Ruperto y Antonia se quedaron sorprendidos al ver á Rodríguez sin sotana y armado de puñal y pistolas.

-Estamos en la boca del lobo, continuó el jove i con animación. Neira está aquí.

-Neira! el capitán de salteadores!

-Ni más, ni menos.

-Bueno! dijo Antonia ¿no es á él al que bus-

—Justamente, y ya he hablado con él. Pero el caso es que el hombre es menos tratable de lo que yo creia, y no he obtenido nada. Sin embargo,

todavía me queda la esperanza de poderlo obli-

- Por fuerza? preguntó Ruperto.
-Por fuerza ó por maña. Si yo pudiera spoderarme de él ; pero es dificil: está con cinco hombres Ah! me elvidaba decir á ustedes que Amelia está en su poder.

-¡La señorita Amelia! exclaman Ruperto y

Antonia.

---Si, y tengo entendido que no se halla aquí por su voluntad. Solo sé que Neira está enamora. do de ella.. Si pudiéramos quitársela, ya lo obligaríamos á ser más tratable Pero es posible proceder con tiento. No sé lo que piensan hacer les bandidos. Ellos creen que me tienen preso. Una de dos, ó piensan dormir aquí, ó irse y llevarma consigo. En el primer caso, nos aprovecharemos de su sueño para temat nuestro partido; en el segundo, la cosa va a ser seria. y tendremos zalagarda. Lo que debemos hacer desde luego es tratar de sorprender sus proyectos. Tomen sus armas y siganme.

Euperto descolgó un puñal de la cabecera de su cama, y Antonia tomó una barra de hierro de unas

tres cuartas de largo.

Salieron cerraron la puerta, y Rodríguez guió

hacia la casita.

Serían como las dos de la mañana. La luna estaha á los dos tercios de su carrera.

Mientres andaban. Antonia preguntó á Rodrí-

guez en voz baja:

--- Sahe la señorita Amelia quién es usted?

--- No he tenido la oportunidad de descubrirme à ella sola, y no he querido hi cerlo delante de los

bandidos sin estar seguro de ellos.

Cuando llegaron cerca de la casita, todo estaba tranquilo: los caballos permanecian atados cerca de la puerta, y en el interior se cía cl murmullo de arias voces.

El joven rodeó por el lado del ventanillo y se puso á escuchar con el oído pegado á las tablas. Ruperto y Antonia quedaron á dos pasos de él.

-El Chato es muy imprevisor, muy lijero de cascos, decía Neira; apenas oye una idea, ya se enamora de ella sin tomar en cuenta los resulta-dos. Estoy por quitarle la posada: puede perder-nos con sus imprudencias. ¿A qué ha venido eso de entrar en avenencias con ese clérigo sin prevenirme antes?

-Tiene usted razón, capitán, para reprenderme. El cura me manifestó sus proyectos, y en verdad, la idea de ver á usted con el título de comandante de un ejército, me sedujo, y accedí al empeño de dejarlo presentarse solo aquí.

A mí me parece que las propuestas del clérigo son aceptables, dijo la voz de Amelia.
Pero peligrosas; ya lo he dicho, repuso Neira.

-Una simple sospechano es bastante para negar-

se á todo, objetó la joven.

-Esto quiere decir, señorita, que á usted le gustaria mucho el verme de comandante.

-Sí, muchísimo. Pelear en favor de los patrio-

tas! Oh! yo pelearía al lado de usted!

-Todo eso se puede hacer sin confiar en las promesas del clérigo, dijo otra voz.

-Cabal, contestó Neira. Ese señor me inspira recelos: ni aún parece clérigo en sus maneras; parece más bien un expía.

.-Si es amigo del Presidente, como él dice, se

puede sacar un buen rescate, observó otro.

-Y talvez traiga papeles de importancia: ese pliego que ueted tiene, lo sacó de entre varios que se guardo en seguida.

-Así es, dijo Neira. Bueno será pedirle esos papeles. Vaya usted: teniente Valdes, y le dice... Aunque no... se negará á entregarlos. Íré yo mis-mo. Son como las dos de la mañana. Nos acosta-

remos á las cuatro, para dormir hasta las doce y prepararnos en seguida para la noche: ya saben ustedes que la jente ha de estar lista antes de las ocho.

-La Providencia no está lejos, dijo el Chato, y

á las once que lleguemos allá...

-Es buena hora; todos estarán durmiendo, concluyó otro.

-Voy, pues, á verme con el clérigo, dijo

Neira.

-¡Quiere usted que lo acompañe? preguntó el

-No; iré yo solo: si se insolenta, lo despanzu-

Dejóse oir el ruido de los pasos del capitán; y en seguida, el de la puerta al abrirla.

—Malo! pensó Rodríguez; no contaba yo con

esto.

Y acercándose á Ruperto y Antonia, les dijo:

-Neira va á buscarme á mi cuarto: y al descu-brir que lo he burlado, es seguro que llamará á su jente y se armará una marimorena de todos los diablos, en que tocaremos la peor parte. Vale más que nos anticipemos á entrarle el resuello tomándolo á solas. Ĵuguemos el todo por el todo. Adelante.

Salieron de detrás de la casita, y vieron á Neira alejarse en dirección á los edificios de la posada.

-Con tiento! dijo Rodríguez. Sigamos por la

sombra, no sea que se vuelva y nos divise. Neira caminaba tranquilamente, envuelto en una gruesa manta y con el sombrero calado hasta los

ojos.

-Deteniéndolo en el patio, pensó Rodríguez, por muy lejos que estemos de la casita, bastaría que él diera un solo grito para que ocurrieran todos en su auxilio. Vale más dejarlo entrar al puarto... Es el mejor medio.

Formando estos cálculos, seguía el joven la pared lateral del patio, para evitar los rayos de la luna.

Neira llevaba unos cincuenta pasos de delantera y se hallaba á poca distancia del edificio.

Rodríguez se volvió á Ruperto y le dió algunas

instrucciones en voz baja y una pistola. Oyóse en seguida el ruido que hacía Neira al abrir la puerta; y luego, apenas lo vieron entrar, atravesaron el patio á todo correr.

Llegó Rodríguez en puntillas á la puerta, y por entre las hojas, divisó á Neira parado en la mitad

del cuarto.

No se detuvo el joven á observar lo que pasa-ba: sacó la otra pissola del cinto, y entró con ella en una mano y el puñal en la otra.

-Capitán Neira, dijo tranquilamente.

Volvióse éste como picado de una víbora, y dió un salto atrás echando mano á su puñal al encontrarse al frente de un hombre armado.

-¿Quién eres? preguntó con voz estentórea. Rodríguez se había quitado los lunares, y esto, junto con el cambio de traje, le dabá un aspecto enteramente distinto.

- —Soy el clérigo, dijo sonriéndose. Ha acertado usted al dudar de mi traje; pero no soy un espía como usted ha dicho, ni trato de hacer nada en contra de usted. Sólo quiero que hablemos como buenos amigos.
- —¿A qué llama usted hablar como buenos ami-gos? preguntó Neira con acritud. Jamás tolero que nadie me amenace.
- -Yo no amenazo: vengo armado por precaución. Usted ha despreciado mis amistosas ofertas y me ha hecho aprisionar creyéndose el más fuerte. Sólo trato pues, de dese gañar á usted; no soy el más débil: mi jente queda afuera.

Y Rodrígu z se apartó de la puerta, que había quedado á medio abrir, apareciendo Ruperto en primer término, armado también de pistolas y pufial, y más atrás la cabeza de Antonia, que asomaba por sobre el hombro de aquél. mostrando la barra de fierro, semejante al cañón de un fusil.

En la disposición en que se hallaban, Neira de-

bía creer que había más jente tras ellos.

—Hola! hola! exclamó el bandido fuera de sí. Con que esta es una sorpresa?

-Sólo para que nos entendamos.

-No me entiendo yo así, gritó Neira: es cierto que eres un espía, puesto que has ido á sorprender mis palabras. ¡Túcrees intimidarme! Ah! Neira no conoce el miedo!

Y volviéndose al pescador, que se había mantenido parado junto á la cama durante toda esta

escena,

—¡A ellos, Lagartija! gritó con toda la fuerza de sus pulmones, como para que su voz fuera oída á mucha distancia.

Al mismo tiempo, con maravillosa destreza, se echa la manta al brazo izquierdo y tira a Rodrí-

guez una cuchillada.

El joven no pierde un punto la serenidad, sin embargo de que no había creído que las cosas pudieran llegar hasta ese extremo.

Aún persiste en creer que puede dominar la

situación.

Esquiva de un salto el golpe del puñal; levanta la pistola amartillada á la altura de la cabeza de Neira, y exclama:

-Ah! quieres morir!

Neira no mira nada; nada lo contiene; las ame-

nazas lo exasperan.

Ciego de furor, se precipita nuevamente sobre Rodríguez y le tira otra cuchillada, que éste apenas tiene tiempo de parar con el cañón de la pistola. Una súbita detonación contesta al golpe del acero: el puñal ha dado en el gatillo, y el tiro sale, pero sin ofender á nadie.

Rodríguez arroja aquella arma inútil; pasa el pufial de la izquierda á la diestra, y entra en lucha

con el ardor de una fiera acosada.

El arma de Neira, veloz como un rayo, amaga por todos lados sin dar un punto de tregua; pero á cada movimiento encuentra el puñal de Rodríguez que lo contiene como guiado por un májico instinto ó por una arte diabólico.

Los choques se suceden con admirable precisión; se creerían que obedecen á un juego sistemático. Rodríguez despliega á los ojos de Neira una ajildad que lo deslumbra, lo fatiga y lo confunde.

Mas ni uno ni otro se hieren: Neira porque no

puede; Rodríguez porque no amaga.



CAPITULO XVII

OMANDANTE Y CAPELLAN

Entretanto el pescador, que al grito del capitán había intentado venirse sobre Ruperto, se vió contenido por la pistola de éste y una exclamación de amenaza que lo hizo quedarse clavado en su puesto.

La detonación de la pistola de Rodríguez llevó la alarma á los compañeros de Neira, y en cuanto Ruperto los sintió venir, dió un paso atrás; le di-

jo á Antonia:

-Guarda la puerta.

-Y se alejó precipitadamente en dirección al cuarto en que lo habían hospedado.

Llegando á la puerta, disparó su pistola.

Aquello era un plan rápidamente concebido y y que al instante dió los resultados que Ruperto se esperaba.

Los bandidos, guiados por aquella segunda detonación, se dirijieron á ese cuarto, en vez de se-

guir hasta el de Rodríguez.

Ruperto se encerró por dentro; aseguró bien la puerta, y comenzó á dar fuertes golpes y á vociferar como en la exaltación de una terrible lucha.

El objeto era dar tiempo á Rodríguez para concluir con Neira. Ruperto no dudaba de este resultado, pues había visto al joven expedirse con sorprendente destreza en los primeros tiros que

cruzó con el capitán.

Al retirarse Ruperto del cuarto de Rodríguez, se produjo otra peripecia: el pescador salvó de un salto la distancia que lo separaba de la puerta y quiso salir tras él, presumiendo que trataba de escabullir el bulto á los demás bandidos que acudían.

Mas, apenas salvó el umbral, cuando Antonia, que se había hecho un lado para dar paso á Ruperto, le descargó en la cabeza su pesada barra de hierro.

El pescador rodó por el suelo sin exhalar un

jemido.

Todo esto había pasado con una rapidez indescriptible, y Rodríguez se encontraba aún en sus primeras evoluciones delante del capitán.

Esgrimía éste el puñal sin sujeción á reglas,

pero con singular destreza.

Sabido es que la jente de nuestro pueblo posee; como por instinto, el arte de esgrimir maravillosa-

mente aquella arma.

Neira sobresalía en su manejo, pues jamás había encontrado un contendor digno de él: su ojo certero y la pujanza de su puño le daban una superioridad incontrastable.

Sin embargo, aquella vez se sentía contenido, más bien diremos dominado por la ajilidad de su

adversario.

Rodríguez era un tirador experto al arma blanca, y enteramente dueño de sí mismo; burlaba los tiros mejor combinados por Neira, irritándolo con sus ájiles movimientos, saltos inesperados y vertijinosas evoluciones de su puñal.

En varias ocaciones lo tocó con la empuñadura

para mostrarle que habría podido herirlo.

Empero, viendo que éste por nada cejaba y se enfurecía de su propia impotencia, quiso tentar nuevamente el camino de la persuasión.

-Capitán Neira, le dijo, ya usted ve que no

quiero hacerle dano. Conferenciemos.

-Mátame si puedes! gritó el bandido en el col-

mo de la exasperación.

Era la primera vez en su vida que encontraba un hombre capaz de resistir á su indómita fiereza,

y el furor lo cegaba.

—Calma, capitán, le decía Rodríguez; reflexione usted en que soy un amigo, en que se equivoca en juzgarme mal... ¡Cuidado con sus costillas!... ¡Ve usted? Ahí hab ía podido perder mi puñal hasta el mango. Descanse usted un rato y hablemos. No bien concluía el joven de decir estas pala-

No bien concluía el joven de decir estas palabras, cuando se precipitaron dos hombres al cuar-

to, puñal en mano.

Verlos Rodríguez, dar un salto, derribar la mesa en que estaba la vela y ganar un ángulo del cuarto, fué todo uno.

Desgraciadamente, la vela rodó por el suelo sin

apagarse.

Uno de los hombres la levantó, mientras el otro,

á una con Neira, se fué sobre Rodríguez.

La lucha se trabó nuevamente y con más ardor. Pero Rodríguez no cedía un punto: por el contrario, á los primeros tiros aplicó un golpe de plano en la cabeza del segundo agresor, obligándolo á ser más mesurado en sus ataques.

El de la vela creyó necesario su auxilio: dejóla en el suelo y acudió por otro lado espiando el

momento de amagar.

Rodríguez vió ya el peligro serio, y se puso á herir de punta y de filo.

-¡No lo maten! Es don Manuel Rodríguez!

Era Amelia la que así hablaba é intervenía con tanta oportunidad en el momento en que el com-

bate amenazaba hacerse sangriento.

La joven salió de la casita á poco de haberla dejado sola los bandidos, y aún no anduvo diez pasos, cuando Antonia, que ya había dado buena cuenta del pescador, llegó á su encuentro diciéndole azoradamente:

-Señorita, señor ta Amelia!

—¡Qué hay? qué sucede? quién eres? preguntó ésta cada vez más alarmada, pues había oído los dos disparos, y le sorprendía la aparición de aquella figura de araucano con voz mujeril.

-Soy Antonia, señorita, soy la criada de...

—¡De la casa de Ricardo Monterreal! arrebató Amelia llena de entusiasmo. ¡Tú aquí! ¿cómo es esto?

-Antes de todo, salvemos al señor Rodrí-

-¡Rodríguez! don Manuel Rodríguez! cómo! dón-

de está!

-Allá, en aquel cuarto; batiéndose con el capitán de los bandidos.

-¡Ah! es el clérigo! -El mismo, señorita.

-¡Dios mío! exclamó la joven.

Y echó á correr seguida de Antonia.

Ya hemos visto cómo á su llegada se encontró con que no sólo era Neira el que se batía con Rodríguez, pues durante la ausencia de Antonia habían acudido dos hombres en auxilio del capitán.

Cuando Ruperto disparó su pistola para llamar á otro punto la atención de los bandidos, corrieron éstos á donde habían sentido la detonación, pero á la mitad del camino, dos de ellos, los que iban más atrás, cambiando súbitamente de parecer, se dirijieron al cuarto de Rodríguez.

De esta manera sólo tres de ellos, entre los cua-

les se contaba el huésped, llegaron á la puerta

del cuarto de Ruperto.

Los gritos de éste y la infernal batahola de gol-pes que hacía adentro, los alarmó grandemente; y desde luego se figuraron, sin detenerse á hacer reflexión alguna, que el capitán se hallaba ahí, y por consiguiente, su vida corría peligro.

-¡Abajo la puerta! exclamó el Chato, al encon-

trarla cerrada.

Y todos tres, con gran ardor, se pusieron á de-

Menudeaban ellos las embestidas y empellones á las hojas fuertemente atrancadas, y Ruperto des-de adentro menudeaba por su parte las interjec-ciones en diferentes tonos y volcaba los muebles con un estrépito cada vez más atronador.

De pronto el Chato, cansado de sus inútiles es-

fuerzos, gritó:

-¡A una, muchachos!

Ruperto oyó esta voz, y aprovechando justamente el momento en que tomaban campo para dar la suprema embestida, quitó con gran presteza la tranca más sólida de la puerta y se hizo á un lado.

Nada más bien previsto: los tres hombres cayeron sobre la puerta con todo el impetu de su fuerzas, y no encontrando en ella la resistencia que esperaban, fueron á dar al medio del cuarto, estrel'andose en los muebles y rodando por el suelo en medio de una completa obscuridad.

Listo Ruperto á lo que debía suceder, ganó al pento la puerta y la cerró por fuera dándole do-ble vuelta á la llave.

No había podido darse cuenta del número de sus agresores, y preocupado solamente de la suer-te de Rodríguez, corrió al cuarto de él, sin tomar ni siquiera aliento para desahogarse de la risa que le causaba aquel lance tan bien jugado.

Era justamente el momento un que Amelia ponia fin al combate pronunciando el nombre de Manuel Rodríguez, cuando Ruperto se apareció en la puerta puñal en mano y con el semblante lleno de

risa a pesar de lo serio de la circunstancias.

El nombre de Rodríguez debía causar sensación en el ánimo del capitán, pues Amelia había habla-do repetidas veces de èl, pintándolo como uno de los insurjentes más audaces y contando sus hazañas con tal entusiasmo, que el mismo Neira que-daba encantado de oirlas y muchas veces había dicho:

-Tendría gusto en conocer á ese valiente joven. Así pues, pasado el primer momento de estupor, en que el capitán fijó los ojos con profundo asombro en su adversario, una expresión indefinible de complacencia animó su rostro, y arrojando el pu-ñal que tenía en su diestra, la tendió á Rodríguez y dijo:

-¡Ya debía haberlo conocido!

Tocóle al joven admirarse del buen efecto que producía su nombre, y apenas supo corresponder á la efusión con que Neira le estrechó la mano.

El nombre de Ruperto, pronunciado á la sazón por Antonia al verlo presentarse en la puerta, di-rijió á él la atención de los concurrentes.

No era tampoco un nombre desconocido para Neira el del asistente de Maruri, que tanto había hecho por salvar á Amelia del poder de San Bruno.

La historia del ataúd estaba palpitante, y cuantos la sabían no podían ménos de formarse una alta idea del autor de aquel atrevido rasgo de astucia.

Ruperto se adelantó á corresponder con un saludo las demostraciones amistosas del capitán, y como aún no pudiera contener los impulsos de risa que le acometían.

-Perdóneme usted, señor capitán, dijo; acabo de hacer una escapada milagrosa, y no puedo me-

nos de reirme...

-¡Vamos! exclamó Neira alegremente. ¡Ha metido usted á alguna otra persona en un ataúd?

-¡Se han metido ellos, señor capitán! dijo Ruperto dando rienda suelta á sus deseos de reir.

—Pero ¿quiénes son ellos? son de los míos? preguntó Neira alarmado. Aquí no veo más que dos. ¿Dónde están los otros?

-¿Me perdonará usted, señor capitán? Le aseguro desde luego que yo nada les he hecho: sólo les

he cerrado la puerta por fuera...

-¡Ah! ¿los ha sorprendido usted en el cuarto de la señorita Amelia, y los ha encerrado? Bueno! pa-

ra que otra vez sean más despiertos!

Y notando el capitán por primera vez la presencia de Antonia, que se hallaba á espaldas de Amelia,

-¿Quièn es este hombre? preguntó.
-Es un compañero mío, dijo Ruperto.

-¿Pero cómo es que ustedes han venido tan á tiempo...?

—Ambos son mis acólitos, dijo Rodríguez; ya usted ha visto como me ayudan en mis misas.
 —Con tan buen capellán y tan buenos acólitos,

—Con tan buen capellán y tan buenos acólitos, seré yo también un buen comandante.

-¿Luego usted acepta ahora mis propuestas?

—No hay que decirlo, pues lo que faltaba era que yo tuviera seguridades para poder confiarme de usted. Nuestro arreglo será ahora fácil. No puede haber discordia entre comandante y capeilán.

CAPITULO XVIII

VIVA MI C MANDANTE!!

Después de estrecharse nuevamente las manos, Rodríguez y Neira con gran cordialidad, dijo el último.

—Ahora debemos principiar por poner en conocimiento de mis tenientes la nueva de nuestra alianza. Será pues preciso que el valiente Ruperto me conceda la libertad de ellos. ¿No son sus prisioneros?

-¡Ay, señor capitán! no seré yo el que me atreva á abrirles la puerta. Diré á usted la verdad: no es en el cuarto de la señorita Amelia donde están encerrados, sino en el que yo me hospedo.

-En el número tres, dijo uno de los bandi-

dos.

-¿Υ cómo diablos los ha llevado usted allá?

preguntó Neira.

Ruperto dió mil excusas antes de resolverse á contar cuanto había pasado.

No necesitamos decir que su relación excitó la risa de todos los circunstantes. El mismo Neira fué el que más celebró las ocurrencias de Ruperto, y se desternillaba de la risa haciendo comentarios sobre las magulladuras que se habrían hecho sus hombres al entrar en pelotón al cuarto rodando por el suelo y dándose contra los muebles.

—Dejémoslos ahí en castigo, decía, para que otra vez sean menos bobos. Vea usted cómo ese Chato, que se tiene por tan avisado, ha encon ra-

do ahora quien le ponga las peras á cuatro.

A ese tiempo, el ruido de varios hombres que llegaban en tropel á la puerta, interrumpió las risas del capitán.

-¡Dónde está el bribón! gritó el Chato precipi-

tándose con sus dos compañeros al cuarto.

—Calma! calma! exclamó Neira, saliéndoles al encuentro. Aquí no hay ningún bribón; sino unos

amigos míos. ¿A quién buscan ustedes?

El Chato quedó desconcertado al ver en tan buena armonía con el capitán á esos tres desconocidos, Rodríguez, Ruperto y Antonia, y acordándose de que el pescador había dicho que uno de los alojados en el número tres era un araucano, se fijó particularmente en la última, y dijo en tono de amenaza:

-Buscamos á un diablo de hombre, á un endemoniado que, si no es ahora, en otra ocasión me pagará la que nos ha hecho.

—¡Hola! ¿qué les han hecho? preguntó Neira con aire de inocencia.

El Chato percibió algo de malicioso en el tono

de la pregunta, y exclamó furioso:

—¡Muy bien, mi capitán! usted permite que se rían de nosotros, y les ayuda en sus gracias! Por mi abuela! que á no ser usted...! Pero ¿dónde está Lagartija? él conoce á los alojados del número tres.

Y despuès de mirar á todos los que allí estaban, agregó:

-¡Donde se habrà metido! ¡Ninguno de ustedes

lo ha visto?

-¡Ah! exclamó uno de los que lo acompañaban, alla afuera he tropezado con un hombre tendido en el suelo.

El Chato salió al momento con el que acababa

de hablar.

-Señorita Amelia! dijo Antonia al oído de la joven, favorezcame usted; d gale al capitán que me perdone: ese hombre que está tendido...

-¿Tú lo has muerto?

-No, señorita; sólo le he dado un coscorrón con

mi espanta-moscas.

Y Antonia mostró la barra de hierro, que era su arma favorita, bautizada de tiempo atras con tan modesto nombre.

El Chato y sus compañeros entraron en peso al pescador, que no daba señales de vida y cuya ensangrentada cabeza denotaba lo que valía un coscorrón del espanta-moscas de Antonia.

-¡Quién ha puesto á este hombre en ese estado?

pregunto Neira.

—Una mujer, dijo Amelia. —¡Una mujer! Luego ha sido usted, pues no conozco otra que sea capas de arremeter contra un hombre como Lagartija.

-Pues hay otra más esforzada que yo y que ha mandado al otro mundo más talaveras que todos

ustedes juntos.

-Ah! ya sé de quien habla usted: es de aquella criada de una familia de Rancagua que emigró á Mendoza; la que ayudó al señor Rodríguez en varios lances . Pero á qué viene el acordarse de ella? ó es que se encuentra en la posada y ha si-

-Precisamente: aguí la tiene usted.

Y señaló á Antonia, que no hallaba qué partido

tomar, en la persuasión de que Neira recibiría muy mal la noticia de su nueva hazaña.

Pero el capitán, muy lejos de enfadarse, sólo

dijo:

-¡Diablo! pues no usa mal disfraz la moza! y cómo se conoce que no se pára en pelillos! ¿Por qué anda con ese traje?

-Qué quiere usted! dijo Rodríguez; si los tala-veras la descubrieran, la harían descuartizar viva.

-Pues señor capellán, doy á usted los parabienes: con tales acólitos, hasta yo cantaría misa.

Durante este cambio de frases, los bandidos habían estado examinando la herida del pescador, y el Chato declaró que no era de gravedad y que el aturdimiento del golpe pasaría pronto.

Mas no por esto dejaba de lanzar furibundas miradas á Antonia y á Ruperto, como para darles á entender que las cosas no quedarían así.

Informado el capitán del estado del pescador,

dijo:

-El ha sido el pato de la boda, pero bien merecido le está por simplón: yo no sé á qué vino á meterse á este cuarto; lo encontré aquí en lugar del señor Rodríguez, y no pudo explicarme el motivo... ¡Ah, señor capellán! usted ha jugado con mis jentes como si fueran títeres. En fin, vamos á tomar unos tragos: quiero beber á la salud del primer hombre que me ha hecho cara y ha sabido ponerme en aprieto con su puñal. Dejen á Lagartija que duerma su aturdimiento en aquella cama .. ¡Hombre! ¿qué le ha sucedido á la cama? ¿por qué se ha desvencijado?

Ninguno de los concurrentes había tenido ocasión de notar el estado de la cama, á causa de las mil peripecias que habían mantenido distraída la atención de todos. Además, aquélla se hallaba en el ángulo más apartado del cuarto, y la luz de la única vela que lo iluminaba, no permitía distin-

guir claramente los objetos.

El Chato se alarmó sobremanera al oir la última exclamación del capitán; y Rodríguez, que había estado observando las demostraciones de encono que éste había manifestado contra Ruperto y Antonia, se sonrió con secreta alegría al verlo metido en nuevos apuros.

Como el capitán no ob uviera contestación alguna á su pregunta y notara el embarazo del Chato, se apoderó de la vela y fué á examinar la

-¡Un hoyo! exclamó con gran sorpresa ¿qué

significa esto?

-Yo sé más que usted, comandante, se apresuró á decir Rodríguez Yo puedo explicar á usted lo que eso significa.

Neira volvió sus ojos admirados á Rodríguez.

-Eso es una trampa, continuó éste, para pescar bonitamente al incauto que se acueste en la cama.

-Pero hombre! yo suelo dormir aquí!... Rodríguez no pudo reprimir un movimiento de admiración: instantáneamente sospechó que la trampa no solo estaría destinada á los viajeros, sino talvez al mismo Neira, cuyo puesto ambicionaría el Chato.

Tal sería pues la causa principal de la turbación

El joven estaba tentado á decirlo todo; pero lo contuvo la actitud suplicante del bandido y el pensamiento de que con su induljenc'a comprome-tía la fidelidad de un hombre cuyos servicios podían serle necesarios.

-Esa trampa, dijo, estaba destinada para el

capitán San Bauno.

-¿Cómo lo sabe usted? preguntó Neira. -El huésped ha hecho en mí, desde el primer momento, la confianza que usted me ha negado hasta que ha sabido mi nombre.

El capitán se volvió al Chato preguntándole con seriedad:

-¿Con qué derecho te preparabas á disponer de

la vida de San Bruno?

El hato se había repuesto de su turbación al oir la salida que Rodríguez le sujería, y pudo con-

testar con seguridad:

-Mi capitán, usted sabe que San Bruno me debe la vida de mi madre. Además, esa trampa no es para matar sino para aprisionar: el hoyo tendrá unas cinco varas de hondura.

—Sin embargo, repuso Neira endulzando la voz, no me gusta que mis subalternos obren sin mi voluntad; y en otras circunstancias, no dejería pasar

esta filta sin castigo.

—Perfectamente! exclamó Rodríguez. Ahora solo debemos ocuparnos de la nueva organización que debe darse á la banda, previo el brindis á que me ha invitado el comandante. Pero antes de todo, quiero que el huésped reconozca por amigos á mis dos acólitos y no les guarde rencor por lo que ha pasado.

-¡Cou toda mi alma! exclamó el Chato lleno de

júbilo.

Y abrazó á Ruperto y Antonia con demostracio-

nes del mayor aprecio.

En seguida, como viera que Rodríguez y Neira se disponían á salir tomados del brazo, gritó con entusiasmo:

-¡Viva el comandante insurjente! Viva el cape-

llán de las guerrillas patriotas!

Todos los bandidos, junto con Ruperto y Antonia, repitieron estas aclamaciones con gran júbilo, y se dirijieron á la casita en pos de Rodríguez, Neira y Amelia.

Sólo el pescador quedó tendido en el suelo durmiendo su aturdimiento, como había dicho Neira, y haciéndole compañía Romero, que también

dormía cinco varas más abajo, no menos aturdido

por el licor y por el golpe de la caída. Rodríguez había quedado fuera de cuidado en cuanto á éste, y se guardó para dar á saber al Chato lo ocurrido, en cuanto se lo permitieran las circunstancias.

En la casita se pasó una gran parte de la noche bebiendo, charlando y haciendo mil proyectos.

Rodríguez departía con Neira acordando las bases de su alianza y dándole á saber los elementos con que uno y otro contaban para sus futuras em-

presas.

No necesitamos decir que el joven hacía valer principalmente las promesas de San Martín para auxiliarlo con armas, dinero y cuanto fuera necesario. Sólo acerca de su influencia con Marcó hizo algunas reservas, previendo que no debía confiar demasiado en la rectitud de un bandido.

Amelia, entretanto, se hacía leguas contando á Ruperto y Antonia sus sufrimientos, despues de haberlos acosado á preguntas, á la una acerca de Ricardo y su familia, y al otro sobre el capitán

Maruti.

En medio de todas sus conversaciones, Rodríguez tenía una idea fija que bullía incesantemente en su cerebro, era la de encontrar un medio de averiguar pronto si Amelia estaba retenida en poder de Neira contra su voluntad.

La joven le habría prestado un gran servicio, quizá le había salvado la vida poniéndolo en guardia contra las asechanzas del Chato y del pesc dor.

Era, pues, preciso tratar de recompensarla.

Después de mucho cavilar, sin dejar por esto de atender á las pláticas de Neira, aprovechó un momento en que Amelia, habiendo cesado de hablar con Antonia y Ruperto, prestaba oidos á la conversación jeneral, y dijo en voz bastante alta para que sus palabras no pasaran desapercibidas:

—Mi más importante proyecto es el de asegu-

rar la amistad del Presidente: así lograríamos, no sólo apoderaraos de San Bruno y de cuantos nos incomodan, sino disponer á nuestro antojo en las cosas de gobierno y trabajar impunemente por el triunfo de nuestra causa, de tal modo que en seis u ocho meses se halle todo tan bien preparado, que el ejército de San Martín no tenga que disparar un solo tiro para entrar á Santiago.

-Eso es mucho pedir, dijo el Chato.

-Será mucho pedir, pero es hacedero, repuso Rodriguez.

-¿Cree usted poderlo conseguir? preguntó

Rodríguez se dió tiemppo para contestar, y al

-La dificultad está en encontrar una joven bastante linda, bastante aguda y bastante valerosa para que se preste á desempeñar un papel que tiene sus puntos de arriesgado.

-¡Qué papel es ese? preguntó Amelia con un interes que alarmó visiblemente á Neira.

-El de seductora. Se trata de enamorar al Presidente Marcó, de dominarlo, de enloquecerlo hasta poder jugar con él como el gato con un ratón.

- Será hombre que se deje enamorar? preguntó

Neira.

—Pish! hizo Rodríguez. Cuando yo lo digo, es porque bien sabido me lo tengo. Marcó es un po-bre hombre que no ve más allá de sus narices y que sólo piensa en acicalarse v perfumarse para parecer bien. La mujer que sepa manejarlo, sacará un gran partido de su carácter afemeninado y vanidoso.

-Lastima grande es, dijo Amelia, que se necesiten requisitos que yo no tengo...
-¡Oh! usted! exclamo Rodríguez: una joyen co-

mo usted sobrepujaría mis esperanzas!

-No hay duda, observó Neira, que la señorita Amelia no dejaría que desear en el desempeño de tan delicado encargo; pero tiene otros motivos que le impiden separarse de aquí. Rodríguez notó que el capitán, al pronunciarse

Rodríguez notó que el capitán, al pronunciarse sus últimas palabras, lanzó á la joven una mirada

imperativa.

Por toda contestación, bajó ésta los ojos afec-

tando una semisonrisa de complacencia.

Rodríguez meditó un instante, para buscar un medio de hacer que las cosas se aclararan. Ya estaba lanzada la primera palabra, y él no era hombre que se quedara á medio camino.

— Cuando me presenté á ustedes hace poco, dijo á Neira con aire de injenuidad, habló usted de su matrimonio con la señorita Amelia. Será, pues, ése

el impedimento á que usted se refiere...

 Justamente! exclamó el capitán, como asaltado de una nueva idea. Sería preciso que nos casaramos

antes de que ella se apartara de aquí.

Amelia soltó una expansiva carcajada, y luego, con una expresión picaresca y altamente graciosa á causa de los hoyitos que se pronunciaban en sus mejillas, dijo:

- ¡Teme el comandante que la ausencia destruya

el amor que me ha inspirado?

Neira adoptó un continente serio, como si las palabras de la joven encerraran una burla que lo desazonara.

Rodríguez lo comprendió todo y se apresuró á

intervenir.

-Hay un medio que todo lo cencilia, dijo sin abandonar su aire de buena fe. Perderíamos un tiempo precioso si hubiéramos de esperar á que se efectuara el matrimonio para ponernos en acción. Vale más postergarlo, dándose ambos mutuas seguridades...

-¡Quién confía en promesas de mujeres! inte-

rrumpió Neira.

Eso es según como se promete, y según quién afianza el cumplimiento de la promesa. Yo creo que la señorita Amelia no se negaría á entrar en un convenio formal, que pudiera tranquilizar á usted... mediando ciertas condiciones... Ademas, esta no sería una separación absoluta: yo voy á darle á usted un pasaporte firmado por el Presidente, con el cual podrá viajar por donde quiera, y entrar y salir libremente de Santiago. La señorita Amelia se instalará en alguna casa de la capital, y usted podrá verla cuando quiera.

-No es lo mismo verla allá que tenerla á mi

lado, observó sentenciosamente el capitán.

-¿Qué dice usted á esto, señorita? preguntó Rodríguez al ver que la joven se limitaba á escuchar cuanto se decía, sin manifestar opinión alguna.

—Hablaré francamente, contestó ella, pero en la intelijencia de que el señor comandante no tendrá á mal el que restablezca la verdad de las cosas.

Rodríguez se volvió á Neira haciéndole un jes-

to de intelijencia que equivalía á decir:

Déjelá que hable, y cuente usted conmigo.
 Diga usted lo que quiera, dijo el capitán á la joven con entera tranquilidad.

—Pues bien. repuso Amelia, disponiéndose á hablar y notando al mismo tiempo una expresiva mirada de Rodríguez.

Tenía éste el arte especial de dar á sus jestos, á sus miradas y á sus más insignificantes ademanes una admirable elocuencia, y Amelia comprendió al punto que Rodríguez se había penetrado de todo y quería que fuera prudente, para poder sacar algún partido de Neira.

-Es el caso, dijo la joven calculando sus palabras, que yo hasta hoy á nada me he comprometido, porque, á decir verdad, me disgustaba la idea de poder llegar á ser la esposa de un capitán de bandidos, por más que su reputación de valiente y jeneroso lo rodeara de algunos atracti-

Rodríguez hizo un movimiento de aprobación para alentar á la joven, significándole así que iba

por un buen camino.

-Ahora cambia la situación, continuó Amelia; el señor Neira será comandante de una partida de insurjentes y va á pelear por la independencia de nuestra patria. Los triunfos que obtenga le darán un hermoso prestijio; logrará hacer olvidar lo que ha sido, y antes de mucho, me podré considerar honrada con su mano. Ahora poco me exijía que le diera mi palabra de ser su esposa el día que él me entregara al capitán San Bruno, y yo dije que no me comprometía á nada. Hablaba entonces con el capitán de la banda de Cumpeo. Con el comandante insurjente es otra cosa; acepto su propuesta y juro no faltar á mi compromiso.

-Y vo respondo de su cumplimiento, dijo Rodríguez, obligándome á traer nuevamente á esta joven á poder del comandante, si se niega ella á aceptar su mano el día que él cumpla su oferta de

apoderarse del capitán de talaveras.

Neira se estuvo meditando largo rato antes de responder. Conocíase que no le bastaban las aseveraciones de Rodríguez, y buscaba algo que

colocara en mejor terreno.

Amelia y Rodriguez estaban pendientes de su resolución: Neira no era hombre de dejarse cojer fácilmente en un lazo, y temían que pusiera algunas condiciones inaceptables.

El resultado de sus cavilaciones fué que al fin

dijo:

-Denme papel, pluma y tinta. Amelia se paró inmediatamente y trajo lo que el capitán pedía.

-Tenga la bondad de escribir, le dijo éste á Ro-

driguez.

Tomó el joven la pluma, y Neira dictó:

«Señor don José Miguel Neira.-Cumpeo.

«Estimado amigo:

«Conforme á nuestro convenio, usted organizará una montonera insurjente para hostilizar á los españoles, mientras yo, con mi difraz de clérigo y bajo el nombre de...»

El capitán abrió el pliego que poco antes le había entregado Rodríguez, y después de pasar la vista por él, continuó dictando:

«...bajo el nombre de Jerónimo Pimentel, trataré de engañar al Presidente Marcó y sacar las ventajas posibles para el triunfo de nuestra causa.

«Tengo el gusto de saludarlo y repetirme de us-

ted, su más afectísimo amigo».

-¿Quiere usted firmar? preguntó Neira.

-Indudablemente, dijo Rodríguez.

Y estampó su firma al pie.

—Ahora le toca á la señorita Amelia, agregó el capitán.

-¿También debo yo escribir?

-Lo que abunda no daña.

Amelia tomó la pluma y Neira dictó:

«Amado José Miguel:

«Sòle por obedecer á las instancias de don Manuel Rodríguez, consiento en ir á Santiago: sabes que te amo y que seré tuya toda mi vida. No temas, pues, por mí: haré el papel de enamorada de Marcó, pero no consentiré jamás que ni aún me toque la extremidad de los dedos.

«Cumple tu promesa de aprisionar á San Bruno, y acto continuo me tendrás á tu lado para ser tu esposa.

Te idolatra tu fiel

Amelia»

La joven firmó sin titubear, y dijo:

-Desconfianza por desconfianza. Ni el señor Rodríguez ni yo entregaremos á usted estas cartas, sino en el momento de partir.

-Muy bien, dijo Neira; iba á indicar eso

mismo.

Y luego agregó:

-Creo que no hay motivo para ofenderse por mis exijencias. Así quedamos todos .iguales. Si yo cometo alguna infidelidad, pierdo todo derecho á exijir el cumplimiento de lo pactado; y en el caso de falta por parte de ustedes, mi venganza principiará por el envío de esas dos cartas al Presidente Marcó, sin contar con que no tendré otro anhelo mientras viva que el de escarmentar al que me haya engañado.

-Muy bien, dijo Rodríguez; ni yo me contenta-ré, en caso de que se me engañe, con el desquite estipulado, sino que perseguiré á muerte al co-mandante y á los que le hayan ayudado en su mal

proceder. He dicho.

-Estamos de acuerdo, repuso Neira. Bebames por mi prometida.

—Bebo por ella y por el buen éxito en nues-tras empresas, dijo Rodríguez.

-Yo, agregó Amelia, bebo por el escarmiento de los talaveras y particularmente del capitán San Bruno.

-Con permiso del señor comandante, dijo Ruperto, y con perdón del señor Rodríguez, bebo porque estos señores, y señaló al Chato y sus compañeros, no me guarden rencor por el lance de esta noche, y porque cuando carguen à una sobre les españoles, no se vayan en seco, como les ha pasado con la malaventurada puerta de mi cuarto.

—Si me dan permiso para hablar, dijo Antonia, beberé porque ese señor á quien llaman Lagartija sane luego del coscorrón que en mala hora me ví obligada á aplicarle, y porque mi espanta-moscas pueda sacudir pronto su pereza en los espinazos de los talaveras.

-Amén, concluyó el Chato; yo brindo por mi comandante y pido un ¡viva! para él.
-¡Viva mi comandante! exclamaron todos concurrrentes.

war vog a sabasta satisf ability stal but any to be-

La continuación de esta novela lleva por título:

er tendas, del attedantes bodes secoles, si

LOS FAVORITOS DE MARCÓ DEL PONT

-17 C - In no may assume at the one not

